ARCHIVOS DEL ESPACIO 5

EL PLANETA MINÚSCULO



CIENCIA FICCIÓN DURA

BRANDON Q. MORRIS

EL PLANETA MINÚSCULO

Ciencia ficción dura

Archivos del espacio
Libro 5

BRANDON Q. MORRIS

Traducido por
TOMAS IBARRA CERVANTES



Índice

Lo que ha sucedido hasta ahora
El Planeta Minúsculo
Al calor de la hoguera
La guía definitiva de las estrellas de neutrones

Lo que ha sucedido hasta ahora

El Majestic Draght, la nave espacial Grosnop, ha vuelto a abandonar el sistema solar. Marchenko se ha despedido de su alter ego mortal en la Tierra y ha conseguido extraer una base de datos de la Corporación RB en la que figuran los destinos de otras sondas Messenger.

El Draght llega al planeta GJ 1061 d, donde descubre los enormes restos de una nave espacial estrellada. Es mucho más grande que la cápsula Messenger que Marchenko esperaba. Un equipo de exploración investiga el lugar y se encuentra no solo con una nueva y fascinante especie, sino también con otra Eva, que es sorda, y un nuevo Adán que lucha por su vida.

La especie alienígena es menos agresiva de lo esperado. De hecho, Eva entabla amistad con uno de ellos, a quien llama Peech. Sin embargo, parece claro que estos seres no pueden ser los constructores de la gigantesca nave. Probablemente subieron a bordo como polizones. Pero ¿quiénes son los seres inteligentes que la construyeron? ¿Es la misma civilización, los llamados Constructores, que legaron el motor de materia oscura a los Grosnops?

Esto reviste especial interés para la Omnisciencia, la inteligencia que controla el Draght (que ahora aparece con frecuencia en forma

humana como Cosima Liva), ya que fue secuestrada de Encélado, la luna de Saturno, por los Constructores hace eones y empleada para controlar el motor de materia oscura. Así que, si tiene progenitores, los encontrará entre los Constructores, y la gigantesca nave espacial en GJ 1061 d es la primera pista real sobre su paradero en mucho tiempo.

EL PLANETA HELADO

Sin embargo, la búsqueda se ve interrumpida inicialmente porque un desconocido lleva a cabo violentos ataques contra la nave. La destrucción aumenta cada vez más. Al principio, parece como si un alienígena relacionado con la nueva amiga de Eva, Peech, hubiera llevado a cabo los ataques. Se localiza a un ejemplar adulto, pero se le encuentra muerto.

Sin embargo, el examen revela que no pudo ser el perpetrador. El responsable es otro Marchenko, que acompañó a Adán y Eva a GJ 1061 d y se llama «Chenko». Sus restos fueron encontrados y llevados al Draght sin que nadie se diera cuenta de que la conciencia seguía viva. Eva se enfrenta a su padre. Él admite haber intentado hacerse con el control del Draght porque quiere que ella y Adán lleguen a la Tierra lo antes posible y evitarles largos desvíos.

Eva, Peech y la Omnisciencia frustran este plan. Al mismo tiempo, la Omnisciencia decide volar a una super-Tierra cercana, ya que la nave se ha quedado sin materiales de reparación: Kapteyn b. El planeta no solo tiene una gravedad mayor que la Tierra, sino que también está cubierto de hielo. La Omnisciencia espera encontrar las materias primas necesarias bajo la capa de hielo.

Sin embargo, tras el aterrizaje, todos los implicados deben lidiar con las condiciones inhóspitas. La fauna, de cuya existencia no tenían ni idea, también desempeña un papel muy importante. Eva casi cae en un profundo conducto cuando una especie de hongo volcánico entra en erupción allí, y es llevada a la madriguera de otra criatura para ser devorada. La primera en acudir al rescate es la

joven alienígena llamada Peech y, finalmente, la Grosnop, Ranaka, con quien Eva ha entablado amistad.

Al final de El planeta helado, Chenko parece haber entrado en razón: ahora supervisa los trabajos de reparación del Dragh t para que la nave pueda zarpar de nuevo lo antes posible.

EL PLANETA COMPARTIDO

En la tercera parte, el Majestic Dragh t ha obtenido suficiente hierro para las reparaciones y continúa su viaje. El destino es ahora el sistema estelar doble 2M1510. La Omnisciencia sospecha que hay rastros de los Constructores aquí, ya que considera que las órbitas de las dos enanas marrones son antinaturales y han sido creadas tecnológicamente. Los Grosnops, bajo el mando del comandante Gronolf, quieren utilizar el legado de los Constructores para hacer avanzar su civilización.

La tripulación hiberna para acortar el tiempo de viaje, mientras que la Omnisciencia (en forma humana) y la conciencia de Marchenko permanecen activas. Poco antes de entrar en hibernación, Ranaka le confiesa a Eva que le gustaría asociarse con ella. Eva ya había tenido una reunión similar con Ragnor y acepta conocer mejor a ambos.

Marchenko y la Omnisciencia descubren que el objeto central (un asteroide) en el centro del sistema se activó poco después de que el Dragh t partiera del planeta helado, lo que sugiere que una entidad alienígena esperaba su llegada. Por lo tanto, Marchenko propone separar físicamente el motor de la nave para eludir el control remoto del enemigo.

Al llegar a 2M1510, la tripulación lanza varias expediciones para explorar los planetas y el objeto central en busca de recursos y tecnología de los Constructores.

La tripulación de Ragnor explora 2M1510 A b («Infierno Húmedo»). El guardián del conocimiento Miknor señala que las muestras de suelo revelan una fuerte periodicidad: según esto, la biosfera es arrasada cada diez años aproximadamente por un evento

catastrófico a escala planetaria (presumiblemente un incendio), lo que hace imposible que los Grosnops construyan aquí una civilización permanente. La tripulación se mete en problemas en una cueva cuando un río invierte su curso. Más tarde, Marchenko se entera de que se ha perdido el contacto con la tripulación de Ragnor.

Marchenko participa en la expedición a 2M1510 B b («Mundo Fractal»). La tripulación descubre estructuras de tipo fractal («triángulos tercios») tanto en la biosfera como en la roca. El análisis de las capas revela una secuencia sistemática de estados ordenados (fractales) y desordenados (amorfos). Presumiblemente, el objeto central está calentando deliberadamente este planeta para influir en los procesos geológicos.

Tras perder el contacto con la tripulación de Ragnor y el Dragh t, Chenko se pone en contacto con Marchenko. Este le pregunta por los nanofabricantes que este tiene en su poder, los cuales utilizó para sus actos de sabotaje. Chenko ofrece a Marchenko todos sus nanofabricantes si pueden reunirse en órbita alrededor del objeto central para salvar a Eva y Adán. Adán y Chenko lanzan un transbordador hacia el planeta A b para buscar a la tripulación de Ragnor. Siguen pistas que indican un cambio de sentido de la corriente del río. Adán se lesiona en una cueva y Chenko le ayuda.

Mientras tanto, Gronolf, Eva y la Omnisciencia ponen en marcha el plan para desacoplar el motor y provocar deliberadamente que el Dragh t colisione con el objeto central para abrir una entrada en la estructura. Eva y Peech entran en el objeto a través de la abertura. Eva descubre que los pasillos siguen un patrón fractal conocido como curva de Hilbert, que llena el espacio de forma óptima. Peech ayuda a Eva a atravesar los distintos pisos perforando agujeros con su saliva ácida. En el proceso, Eva se despoja de su ropa protectora.

Eva, Gronolf y la Omnisciencia se encuentran en un centro de control, donde la Omnisciencia descubre que las estructuras almacenan datos, divididos en acciones rojas (modificables) y recuerdos verdes (fijos). La Omnisciencia desencadena involuntariamente una acción masiva que provoca temblores (aproximadamente 3 g de aceleración) y destruye el transbordador del Dragh t.

Marchenko y Chenko llegan al objeto y se encuentran con Gronolf llevando a Eva inconsciente. Gronolf rescata a la Omnisciencia, y Chenko lleva a Eva a un lugar seguro.

El núcleo de materia oscura finalmente se vuelve a conectar al Draght. La Omnisciencia explica que los planetas de 2M1510 servían como almacenamiento de datos redundante, en la que la biosfera actúa como copia de seguridad de los datos del cuerpo central. Las catástrofes servían para borrar regularmente estas copias de seguridad.

Adán contrae una tos que resulta no ser inofensiva. Ranaka busca a Chenko y Marchenko, ya que los guardianes de la salud necesitan nanofabricantes para ayudar a Adán. La Omnisciencia planea perseguir el objeto central.

EL PLANETA MUERTO

La trama del cuarto libro está marcada por una lucha desesperada contra una plaga tecnológica y la búsqueda de los misteriosos Constructores en el sistema de la enana blanca Wolf 489, llamada reverentemente Tridente por los Grosnops.

Al comienzo de la novela, una misteriosa infección se propaga a bordo del Majestic Draght, afectando tanto a humanos como a Grosnops. La tos de Adán es mucho más que eso. El patógeno, al que la Omnisciencia se refiere como un «hongo» consiste en estructuras de engranajes poligonales microscópicas y matemáticamente precisas que infectan y endurecen el material orgánico. El estado de Adán y Ragnor, cuyos centros cognitivos están envueltos en líneas negroides, es particularmente crítico. Dado que no hay cura, el comandante Gronolf ordena que casi toda la tripulación entre en criosueño para frenar la propagación y conservar recursos.

Mientras tanto, la nave sigue al objeto central (un asteroide perteneciente a los Constructores) que la tripulación ya había investigado en El Planeta compartido. Durante el viaje de varios años, solo unos pocos permanecen activos: la Omnisciencia (en

forma de Cosima Liva), el robot Chenko y la alienígena Peech, que vigila en secreto a la durmiente Eva. Existe cierta desconfianza entre Chenko y la Omnisciencia; Chenko teme que la IA esté manipulando datos para perseguir su propio objetivo: la búsqueda de sus progenitores, los Constructores. Para mantener su independencia, Chenko construye en secreto su propio detector de ondas gravitacionales, que utiliza para rastrear el objeto central.

El viaje se convierte en una guerra de desgaste de varios años contra la infección, que ahora también está atacando los sistemas de la nave. Chenko debe, en primer lugar, separar físicamente los sectores infectados del Draght del resto de la nave para evitar que el hongo se propague a los sistemas de soporte vital y de navegación. Al mismo tiempo, Peech demuestra ser una cazadora instintiva. Equipada con dispositivos de puntería construidos por Chenko, utiliza su saliva corrosiva para destruir las mutaciones móviles del hongo (gusanos taladradores cristalinos) en las granjas hidropónicas.

Finalmente, la Omnisciencia reprograma los nanofabricantes restantes para erigir barreras protectoras alrededor de los cerebros de Adán y Ragnor. Sin embargo, el éxito de esta medida es dudoso.

No obstante, la guerra interna es un éxito, gracias a que la Omnisciencia, Chenko y Peech han unido fuerzas, a pesar de que apenas hay un trío en el universo con tantas diferencias. El Majestic Draght sigue existiendo y, hasta ahora, nadie ha muerto a causa de la infección.

Finalmente, la nave llega a Wolf 489. La esperanza de la Omnisciencia de encontrar aquí a los Constructores y una cura se ve amargamente frustrada: el único planeta del sistema es un mundo muerto y calcinado, marcado por enormes grietas. El comandante Gronolf, enfrentado al fracaso de la misión tras despertar, quiere continuar el viaje hacia un mundo acuático habitable. Pero el tiempo se agota: el estado de Ragnor se está deteriorando drásticamente, y los navegantes descubren una anomalía gravitatoria en el sistema: un objeto invisible con la masa de dos soles.

La tripulación del Draght parece un grupo de náufragos en una balsa que se desintegra lentamente, llegando a una isla solitaria con la esperanza de ser rescatados, solo para descubrir que se trata de

un volcán extinto, mientras un gigante invisible acecha en la niebla frente a ellos. Buenas condiciones para el libro 5, ¿a que sí?

El Planeta Minúsculo



Nochebrillante/4139, Tridente



Eva acarició el cráneo desnudo y marrón de la alienígena. Peech había dispuesto sus largas extremidades de modo que su cabeza descansara a los pies de la cama de Eva. Parecía disfrutar de las caricias. El hueso liso estaba caliente. Cuando Eva presionó un poco más fuerte, notó una fina piel bajo sus dedos; probablemente protegía el cráneo del propio ácido.

Siguió acariciando a su amiga. ¡Cómo había crecido en los últimos meses! Ahora Peech tenía que agachar la cabeza para entrar en la habitación de Eva. La cama que Marchenko había construido hacía algún tiempo le quedaba demasiado pequeña.

Pero, de todos modos, Peech ya casi nunca dormía junto a ella. Parecía necesitar cada vez menos sueño. Cuando estaba despierta por la noche, exploraba la nave. Eva solía enterarse de encuentros insólitos al día siguiente; muchos Grosnops se asustaban, aunque conocieran a la alienígena. A estas alturas, Peech debía de conocer el Draght mejor que la mayoría de la tripulación.

Habría sido triste si Eva no se hubiera traído a la alienígena consigo en aquel entonces. Peech no podía hablar, pero había encontrado otras formas de expresarse. La mayoría de las veces, simplemente demostraba lo que tenía en mente. Pero también podía asentir o negar con la cabeza. A veces se agarraba el pliegue del estómago, que no tenía, abría la garganta como si estuviera

bostezando o movía sus brazos regordetes en un gesto defensivo. Al parecer, copiaba lo que le resultaba útil.

Sin embargo, nunca recurría a la violencia para lograr sus objetivos, a pesar de ser físicamente superior a todos los demás seres a bordo. ¿Acaso también había aprendido esto de los humanos o de los Grosnops? Eva recordaba a sus hermanos mayores: no habían sido excesivamente agresivos, pero no tenían ningún problema en usar sus armas naturales. Quizás fuera una cuestión de educación: a bordo, Peech debía de haber aprendido que la violencia no era admisible.

Otra cosa era cuando el peligro provenía del exterior. Eva había oído informes de cómo Peech, junto con Chenko y la Omnisciencia, había luchado contra la misteriosa enfermedad. No se habían escatimado esfuerzos.

Eva suspiró. Al final, todo había sido en vano. Ahora estaban atrapados en este sistema muerto, sin señales de una cura. Ni siquiera había nadie aquí a quien pudieran preguntarle al respecto. Probablemente el objeto central también había observado el fracaso y cambiado de rumbo.

Llamaron a la puerta. Peech dio un respingo y se retiró un poco más hacia el interior de la habitación, presumiblemente para no asustar al visitante.

Volvieron a llamar.

—Eva, ¿estás ahí?

Su tableta identificó la voz de Marchenko. Era un detalle por su parte venir a visitarla, por supuesto, pero ¿no le necesitaban en el cuartel general?

Peech siseó.

—Es Marchenko —susurró ella en silencio.

Peech volvió a sisear. ¿Qué le pasaba? ¿Algún tipo de premonición?

Un escalofrío recorrió su espalda.

—Eva, tengo que contarte algo —apareció en la tableta.

—Sí, pasa, por favor.

La puerta se abrió. Marchenko asomó la cabeza por la rendija. Asintió y entró.

Peech siseó.

—Todo va bien, Peech. Tenemos visita, Marchenko.

Peech pareció entender su mensaje silencioso, pero siseó de todos modos. Eva se volvió hacia ella. ¿Qué le pasaba?

—¿Qué pasa? —tecleó Eva.

—¿Puedo sentarme contigo? —preguntó Marchenko.

La estaba manteniendo en vilo. Ella asintió. La cama crujió cuando él se sentó. Marchenko miró hacia la puerta como si esperara más visitas. Eva miró la tableta. Ahora sentía verdadera curiosidad.

—Yo... Bueno, no es fácil contarte esto. Sobre todo, porque yo... Ya sabes, le conozco desde hace más tiempo que nadie aquí. Es...

Marchenko tragó saliva y apoyó la cabeza en las manos.

Eva sintió un nudo en la garganta y carraspeó.

—¿Qué? Por favor, solo dime lo que querías decirme —escribió.

—No es cuestión de querer. Chenko me pidió...

—¿Qué ha pasado, Marchenko?

Eva sintió que Peech le ponía la pata delantera en la espalda.

—Ha fallecido —repitió la tableta las palabras de Marchenko—. El hongo... los fabricantes no pudieron detenerlo. Ragnor ha muerto.

Nochebrillante/4139, Tridente



La cámara se desplazaba a baja altura sobre la llanura. Allí, esa sombra... podría ser un cañón. Gronolf detuvo la cámara justo encima de ella y desplazó la imagen hacia abajo. Lo único que veía era oscuridad. Cambió al modo infrarrojo y activó el sonar. En la pantalla apareció una formación que resplandecía en verde y se adentraba profundamente en la corteza del planeta. Sin embargo, la imagen infrarroja apenas mostraba rasgos distinguibles.

—La grieta está tan muerta como el resto del planeta —dijo la Omnisciencia, que estaba sentada a su lado en el sofá. Estaban en su despacho.

—¿Qué opinas, Marchenko? —preguntó Gronolf, mirando a su derecha, antes de recordar que Klator había llamado a Marchenko hacía unos minutos. Ojalá el guardián de la salud no tuviera malas noticias. Su racha de mala suerte ya se había prolongado demasiado —. Los polos —insistió—. Quizá allí tengamos una oportunidad.

La Omnisciencia asintió. Probablemente había analizado las imágenes innumerables veces en su memoria y no había encontrado nada. Pero no parecía molestarle que Gronolf se creyera más listo que ella.

Pero era cierto, como decía el refrán: ocho ojos ven más que cuatro. Aunque la Omnisciencia probablemente había visto las imágenes con innumerables ojos virtuales. No obstante, tal vez

había aplicado los criterios equivocados. No era fácil identificar rastros de vida anterior al observar un objeto que había sido prácticamente esterilizado con gas calentado a varios miles de grados.

La cámara empezó a moverse. Ascendió a capas más altas de la atmósfera, viajando a una velocidad tremenda. Gronolf pronto se dio cuenta de que se estaba acercando a uno de los polos, porque el suelo estaba cada vez más cubierto de hielo. El planeta estaba casi exactamente perpendicular a su órbita, por lo que en los polos reinaba un frío extremo de forma permanente. La escasa atmósfera que el planeta había podido retener yacía allí congelada en el suelo, formando una montaña de hasta cinco kilómetros de altura y casi cien de diámetro.

La pantalla mostraba ahora las laderas de esta elevación. Eran empinadas, aunque la imagen estuviera artificialmente exagerada. Sería casi imposible escalarlas. Gronolf se imaginó al pie de esta montaña de aire helado. Una pared de cinco mil metros de altura que se elevaba en un ángulo de unos cuarenta grados debía de ser un espectáculo impresionante.

Suspiró. En otras circunstancias, habría organizado una expedición de inmediato, incluso la habría dirigido. No estaba ni mucho menos cansado de ver planetas extraños. Pero en ese momento, estaban en una carrera contra el tiempo. El maldito hongo parecía estar ganando.

La cámara voló por la pendiente. El suelo estaba lleno de cráteres, probablemente porque los componentes individuales de la antigua atmósfera se habían convertido en gas a diferentes temperaturas. Gronolf dejó que la cámara se asomara a algunos agujeros, pero solo tenían unos pocos metros de profundidad.

En realidad, lo que le interesaba era el polo en sí. Si los antiguos habitantes se habían preparado para una emergencia, allí estarían las señales. El casquete polar proporcionaba protección natural, y construir un búnker profundo a lo largo del eje de rotación del planeta ofrecería ventajas de ingeniería.

Por lo tanto, hizo que la cámara volara más bajo a medida que se acercaba al centro. Además, encendió el radar y el sonar y, por

último, incluso el escáner de neutrones, lo que le permitía ver en las profundidades de la capa de hielo. Gronolf miró a la Omnisciencia. Ella no delató nada. Quizás ni siquiera estaba allí y solo había colocado su cuerpo junto al suyo para darle una sensación de camaradería.

Gronolf se frotó el estómago. Tenía hambre, nada menos. No había bebido nada desde que despertó del criosueño.

—Mira —dijo la Omnisciencia, como si se diera cuenta de que los pensamientos de Gronolf se habían distraído. El general se sobresaltó y miró la pantalla.

La cámara flotaba sobre el centro de la enorme montaña polar, y ninguno de los instrumentos detectaba estructuras en las profundidades. Gronolf aumentó la intensidad, pero la imagen permaneció inalterada.

—No hay estructuras subterráneas en Wolf 489 b —explicó la Omnisciencia—. Probablemente sus habitantes se marcharon antes de que el planeta quedara tan devastado.

—¿Cómo puedes decirlo con tanta frialdad? Fijamos el rumbo hacia este sistema por tu culpa. Hubiera preferido con mucho buscar un mundo acuático.

—Pero entonces habríamos perdido la oportunidad de encontrar a los Constructores.

—Ya la hemos perdido de todos modos. Al menos así habría podido dejar que la tripulación nadara en el mar. Quizá eso hubiera acabado con el hongo. ¡No puede haber una única manera de curar esta enfermedad!

Llamaron a la puerta y Gronolf se levantó de un salto.

—¿A dónde te vas con tanta prisa? —preguntó la Omnisciencia.

—Tengo que ir al cuartel general.

—Espera, Miknor está fuera. Le he hecho venir especialmente para ti.

Miknor era uno de los guardianes del conocimiento más renombrados a bordo del Dragh, y estaba especializado en astrofísica.

—Entonces, ¿por qué no le pides que entre?

La pantalla, que ocupaba toda una pared del despacho de la Omnisciencia, se volvió marrón. Miknor jugueteó con un teclado empotrado en la pared junto a ella.

—Un momento —dijo.

Gronolf se frotó el estómago. Todo esto estaba tardando demasiado. Tenía que llegar al cuartel general, o la tripulación se pondría inquieta. Alguien tenía que decidir qué hacer. La tripulación necesitaba un objetivo.

—Estará listo en un momento —dijo el guardián del conocimiento.

Gronolf se levantó de un salto.

—Lo siento, pero me necesitan en la sala de control.

La Omnisciencia también se levantó y le empujó de vuelta al sofá. A pesar de su forma humana, era sorprendentemente fuerte.

—Dale cinco minutos a Miknor.

Minutos, no microórbitas. ¡Con qué firmeza se había establecido la terminología humana! Gronolf nunca lo habría soñado en Sol Único.

Volvió a sentarse. La pantalla cambió rápidamente y se quedó completamente en negro. Poco a poco, aparecieron unos cuantos puntos. Gronolf reconoció la enana blanca en el centro, junto con el planeta en su órbita cercana.

—Llevamos mucho tiempo buscando —explicó Miknor—. Desde que nos despertamos del sueño criogénico.

Eso fue hace solo unos días.

—Se podría pensar que es solo un corto periodo de tiempo, pero cualquiera que esté familiarizado con el tema compartirá mi valoración.

En ese caso, Gronolf obviamente no estaba familiarizado con él. No importaba. Con suerte, Miknor tendría algo relevante que decir.

—El problema es que nos dimos cuenta de una cosa nada más llegar: debe de haber dos masas solares ocultas en este sistema.

La estrella y el planeta de la pantalla comenzaron a moverse. Dejaban tras de sí una estela dorada, que probablemente representaba su trayectoria. Parecía como si ambos cuerpos celestes estuvieran borrachos. La enana blanca realizaba una especie de danza, moviéndose por una trayectoria elíptica. El centro de gravedad de esta elipse cambiaba constantemente. La trayectoria del planeta era aún más caótica. A veces atravesaba el sistema a toda velocidad y otras veces realizaba movimientos en forma de bucle.

—Los movimientos del vídeo son simulados, basados en los datos de movimiento que hemos recopilado desde nuestra llegada —explicó el guardián del conocimiento—. No solo nos indican que hay una tercera masa oculta en este sistema, sino también dónde.

Miknor pulsó un botón y apareció otro cuerpo dorado y resplandeciente. Las elipses a lo largo de las cuales se movía por el espacio complementaban maravillosamente las de la enana blanca.

—¿Entonces sabemos dónde está el objeto? —preguntó Gronolf.

—Al menos podemos calcularlo a partir de los datos de movimiento actuales.

—Entonces, ¿por qué no estamos ya de camino hacia allí? Acompáñame al cuartel general, Miknor, y dame todos los detalles. No hay tiempo que perder.

¿Por qué había organizado la Omnisciencia esta reunión en primer lugar? Debía de estar al tanto de los resultados de Miknor. El guardián del conocimiento no tenía la culpa del retraso; la culpa era de la Omnisciencia.

—No tan rápido, general Gronolf —dijo Miknor—. El problema es que no hemos detectado ningún objeto en la ubicación en cuestión. Sabemos que está ahí, pero nuestros instrumentos no lo muestran.

—Aún podríamos volar hasta allí. Quizá podamos verlo mejor de cerca.

—No conocemos su naturaleza. Podría ser peligroso. ¿Tal vez sea un agujero negro?

—¿No tendría que ser más pesado?

—Está bien informado, general. Pero eso solo se aplica a los agujeros negros estelares, creados por la explosión de una estrella.

Otros tipos podrían tener casi cualquier masa.

—Pero un agujero negro como ese solo es peligroso si cruzamos su horizonte de sucesos. Con una masa tan baja, debería ser bastante pequeño.

El guardián del conocimiento hizo una pausa. Parpadeó con aprecio con sus cuatro ojos.

—Así es. Hay una segunda razón por la que no nos dirigimos hacia el objeto desconocido: parece que el Dragh está cambiando su trayectoria hiperbólica actual debido a la gravedad del objeto, de modo que entraremos en una órbita más amplia a su alrededor.

—Esa cosa nos está atrayendo hacia ella —dedujo Gronolf.

—Eso suena un poco más dramático de lo que es; en cualquier caso, nos ahorra tener que usar combustible para acercarnos.

Se oyó un golpe en la puerta.

—¿Has invitado a alguien más? —preguntó Gronolf.

La Omnisciencia se levantó de un salto de su asiento y se quedó rígida como una columna de mármol. Luego, se relajó.

—Ranaka está ahí fuera. Trae malas noticias.

Nochebrillante/4139, Tridente



Eva echó a correr. El corazón le latía con fuerza. No, Marchenko tenía que estar equivocado. Era imposible que Ragnor... Casi sentía como si ella misma lo hubiera rescatado del océano de Sol binario tras su nacimiento, aunque nunca hubiera puesto un pie en ese planeta.

Giro a la derecha. Ahora a la izquierda. Subió la escalera. Eva corría sin pensar. Tenía la cabeza llena de imágenes que intentaba reprimir. Los patrones azul oscuro que se extendían por su piel. Los crecimientos en sus cuerpos, que Eva imaginaba como cáncer, aunque la Omnisciencia siempre hablaba de un hongo. ¿Por qué no habían ayudado los nanofabricantes?

Izquierda. Bajó las escaleras. Derecha. Recto por el pasillo. Corrió tan rápido que la única razón por la que no se cayó fue porque sus piernas aún eran lo suficientemente rápidas como para volver a situarse bajo su centro de gravedad. No habría podido esquivar nada en ese momento, y por suerte no tuvo que hacerlo. El proceso de despertar de la tripulación estaba lejos de haber terminado, por lo que aún había poco tráfico en los pasillos.

Empujó la hoja de la puerta. Un crujido. La puerta se abrió hacia afuera, aunque no estaba diseñada para ello.

—¡Lo siento! —gritó, y al instante siguiente, un Grosnop la detuvo. Eva forcejeó entre sus pesados brazos.

Buscó su tableta. Ahí estaba.

—Tengo que llegar hasta Ragnor. ¡Bájame! —escribió.

—Esta es la sala de recuperación. Los pacientes con hongos están en la sala médica —tradujo el dispositivo. El Grosnop la dejó en el suelo—. Sal por la puerta —siguió leyendo ella—, baja por el pasillo, gira a la izquierda en el primer cruce.

Eva no tuvo tiempo de dar las gracias. Abrió la puerta de un tirón empujándola rápidamente en la otra dirección, salió volando por el pasillo y giró a la izquierda, donde se topó con los brazos de Klator.



—¡Qué rápido! —dijo el guardián de la salud.

—Suéltame. ¡Tengo que llegar hasta él!

Le tendió la tableta a Klator.

—Espera. Eso no es posible ahora mismo —fue la respuesta. La sujetó con fuerza con sus brazos de carga y la arrastró por el pasillo. Llegaron a un pequeño despacho, donde metió a Eva y cerró rápidamente la puerta con llave.

—¿Qué es lo que no es posible? ¡Tengo que verle!

Eva dejó la tableta a un lado y aporreó la puerta. Si Chenko o Marchenko la oían, seguro que la ayudarían.

La tableta vibró. Klator había dicho algo.

—Eva, están examinando a Ragnor.

—¿Examinando? ¿Qué significa eso? ¡Está muerto!

—Sí. Eso nos da más oportunidades para examinarlo.

—¡Lo estáis disecando! Eso es inhumano.

Era una acusación sin sentido, y Eva lo sabía. Los Grosnops no eran humanos. Rara vez se comportaban como uno. Su ira se disipó lentamente, sustituida por el dolor.

—Marchenko también se mostró a favor —explicó Klator, y la tableta tradujo—. Quizá podamos aprender algo que ayude a los demás pacientes. También queremos recuperar los nanofabricantes restantes. Cuando el ciclo falla, les resulta cada vez más difícil volver a la superficie por sí mismos.

Los nanofabricantes, por supuesto. Otros pacientes. Ragnor no había sido el único afectado por el hongo.

—¿Cómo está Adán? —escribió ella.

Klator no respondió, solo giró la cabeza en círculos. No lo sabía con certeza.

—Puedo llevarte hasta él —apareció en la pantalla.

—Sí, por favor.

El guardián de la salud desbloqueó la puerta y se adelantó. Por un momento, Eva se planteó esquivarlo. Pero él tenía razón. Solo interferiría en el «examen».

Se detuvieron frente a una cápsula de hibernación cubierta con una sábana. Eva se sobresaltó. ¿Acaso Adán también...?

—No, no te preocupes. —Klator debió de darse cuenta de su sorpresa y le mostró su propia tableta—. Está vivo.

No dijo que estuviera «bien». Eva agradeció a Klator su honestidad.

—Por favor, colócate en el extremo de la cabecera —indicó Klator, señalando un lugar junto al contenedor con forma de ataúd.

¿Por qué? Era mucho más fácil evaluar el estado de salud de un paciente desde el extremo de los pies de la cámara. Pero accedió a la petición.

Klator bajó la sábana hasta la altura del pecho. ¡Realmente era Adán! ¡Y estaba despierto y sonriéndole! Eva puso la mano sobre el cristal y Adán presionó la suya contra él desde abajo.



—¿Por qué está despierto? —Eva empujó su tableta hacia Klator, que estaba tomando notas.

—Hemos descubierto que el cuerpo no puede combatir el hongo tan bien en el sueño criogénico como cuando está despierto.

—¿Y acabáis de daros cuenta?

—Eva, si hubiéramos despertado a los enfermos de inmediato, no habrían sobrevivido al vuelo a Tridente. Pero ahora que hemos llegado, podemos despertarlos.

Llegado, sí, pero ¿a dónde? Nadie parecía saberlo realmente.

—¿Puedo comunicarme con Adán?

—Solo mediante lenguaje de signos. No podemos meter nada en el contenedor, y no podemos dejar salir a Adán. Eso lo mataría.

—¿Lo sabe él?

—Por supuesto. Chenko se lo explicó con mensajes escritos.

Eva rebuscó en los compartimentos del borde del contenedor de hibernación. ¡Allí estaban las notas! Chenko las había escrito a mano. Eva las leyó una tras otra.

Buenos días, Adán. Soy yo, Chenko.

Te mostraré letras en la tableta, ordenadas por frecuencia. Cuando elijas una, cierra los ojos un momento. Así podremos formar frases, a las que luego responderé.

Exacto. Lo has hecho bien. No te preocupes por algún que otro error tipográfico. Entiendo lo que intentas decir.

Entiendo que te sorprenda estar despierto. Klator dice que así te recuperarás más rápido.

Por desgracia, tengo que pedirte que seas paciente. ¡Como si yo fuera la persona indicada para eso! Bueno, quizá sí lo sea. Aún no sabemos cómo curarte de forma permanente, y la situación actual no nos da precisamente motivos para la esperanza.

Alguien llamó a Klator, quien se dio la vuelta y le susurró algo a otro Grosnop. Eva cogió el siguiente trozo de papel.

Debes saber que haré todo, absolutamente todo, para curarte. Si hay una cura, la encontraré, y si hay una forma, también.

Es normal. Klator dice que también sentirás dolor. No puede desactivarlo como hizo durante el criosueño. Si empeora, debes decírmelo. Entonces tendremos que volver a ponerte en criosueño.

Lo siento, eso fue impreciso. Klator no puede reproducir tu voz mientras estás en el contenedor. Esta es la única forma en que podremos hablar.

No, dejarte salir por completo sería fatal. Perderíamos el control de los nanofabricantes. Lo siento.

La buena noticia es que todavía nadie ha muerto a causa del hongo.

Eva arrugó la nota y se dio la vuelta para que Adán no viera sus lágrimas. Alguien tendría que decírselo, pero no iba a ser ella.

Adán, estoy orgulloso de ser tu padre. Puedes contar conmigo.

Esa era la última hoja. Klator se la quitó y le acercó la tableta.

—Ragnor ha sido restaurado —decía como si nada.

Por un momento, la alegría brotó en su interior. ¡Restaurado! Pero Klator bajó la cabeza con tristeza y cerró los ojos. Con sus manos táctiles, la alejó del contenedor de Adán. Eva contuvo las lágrimas. Adán no debía verla así.

—¿Dónde está? —escribió en la tableta.

—Te llevaré allí en un momento. Pero creo que Adán quiere hablar contigo primero.



—Hola, her... —estaba escrito en la tableta. Eva añadió «mana» y se lo mostró a Adán. No necesitaba torturarse más si ella ya había entendido el significado.

Pero él negó con la cabeza y la obligó a empezar de nuevo.

—Por favor, déjame terminar —fue su siguiente frase.

Eva asintió, aunque no entendía cuál era el problema.

—De acuerdo —escribió ella en la tableta. ¿Por qué había usado Chenko notas en papel? Quizá se le había ocurrido la idea de usar una tableta más tarde.

—¿De verdad aún no ha muerto nadie a causa de la enfermedad?

Mientras formulaba la pregunta, Eva buscaba la respuesta correcta.

—¿Qué te hace pensar que Chenko podría no haber dicho la verdad?

—La expresión de tu cara cuando viste sus notas...

Eva tuvo que apartar la mirada, pero no pudo evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas. Se sonó la nariz.

—Eres buen observador. Ah, y siento haberte interrumpido.

—No pasa nada. Lo siento. Me gustaría darte un abrazo ahora mismo.

Eva se apoyó en el contenedor de cristal. Le goteaba la nariz. Adán estaba fuera de su alcance y, sin embargo, hacía mucho tiempo que no había estado tan cerca de ella.

—Lo compensaremos cuando te recuperes. ¿No vas a preguntar quién es?

—Ragnor. Probablemente fui yo quien lo contagió. Lo siento mucho. Le gustabas mucho, ¿sabes?

—¿Tú crees?

—Todo el mundo lo veía.

Eva tragó saliva. Sí, incluso la había invitado a salir. Aun así, no estaba segura de qué había visto él en ella. Temía que solo viera a la Eva que lo había salvado. Pero esa había sido una persona diferente. Ella misma, sin duda, no se habría atrevido a interferir en las costumbres de una especie alienígena físicamente superior a los humanos.

—Debe de haber visto a la Eva de Marchenko en mí —escribió.

—Creo que te vio y se dio cuenta de que te pareces a esa otra Eva.

—Pero soy completamente diferente.

—Oye, rescataste a un bebé alienígena de una cueva a pesar de que todo el mundo estaba en contra y pensaba que era peligroso.

Esa era una comparación interesante.

—¿Cómo está Peech?

—Oh, sin ella, habríamos perdido el Dragh hace mucho tiempo. Sin Chenko también, por cierto.

—Menos mal que lo has dicho. No creo que debamos seguir enfadados con él por querer apoderarse del Dragh en su momento. Ha cambiado de verdad.

Klator le dio un golpecito y señaló el reloj de la tableta. La conversación con Adán se estaba alargando.

—Klator me necesita —escribió—. Pero tienes razón. Si sobrevivimos a esto, deberíamos empezar de cero con Chenko.

Ragnor yacía sobre una brillante losa de acero. Le habían colocado un bloque de metal bajo la cabeza. Tenía los ojos cerrados. Eva nunca se había fijado en que tuviera unas pestañas tan largas. Solo recordaba al Grosnop con los ojos abiertos y una mirada curiosa.

La mayor parte de su cuerpo estaba cubierto con un paño blanco. Eva lo bajó un poco por los hombros de los brazos táctiles. Klator la detuvo.

—No es un espectáculo agradable —escribió en la tableta.

Eva negó con la cabeza y bajó la tela un poco más. La piel, normalmente verdosa y brillante, estaba gris y apagada. Pero no solo estaba reseca. Algo se había extendido por ella, creciendo hasta envolver casi por completo al Grosnop. Ragnor le parecía la presa de una araña gigante que tenía la intención de comérselo en algún momento.

—No lo toques —escribió Klator.

No tenía intención de hacerlo.

—Esta capa también está presente en Adán —escribió él—. Pero no tan extensamente. Sobre todo, Adán no respira a través de la piel como lo hace un Grosnop. Mientras el hongo no ataque sus pulmones, tu hermano sobrevivirá.

Sobrevivir... ¿merecía la pena si solo podía comunicarse con dificultad desde su cámara de hibernación?

—Tenemos que matar este hongo —escribió Eva.

Klator giró la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro.

—La Omnisciencia, Chenko y Peech lo intentaron, pero lo único que consiguieron fue una breve prórroga.

—Todo lo que vive es mortal. Incluso esta cosa.

—No debemos entenderlo como un humano o un Grosnop, porque no lo es. Matar a Ragnor probablemente no era su intención. Morirá por sí mismo tarde o temprano. Probablemente no estaba preparado para que su víctima respirara a través de su piel.

No estaba preparado... ¡el hongo era un maldito asesino! Pero Klator probablemente era demasiado científico.

—¿Qué quieres decir con que el hongo morirá por sí mismo tarde o temprano? ¿No muere automáticamente cuando muere su huésped?

—No —tecleó Klator rápidamente—. Seguimos observando actividad. El tejido está convirtiendo las células de Ragnor en sus propias células y extendiéndose.

Eva dio un paso atrás. ¿El maldito hongo estaba vivo mientras Ragnor estaba muerto? ¿Y los Grosnops lo estaban permitiendo?

—La cosa goza de perfecta salud, ¿y no hacéis nada al respecto? Un lanzallamas sin duda cambiaría las cosas.

—Eva, eso sería un terrible desperdicio. Ahora podemos realizar en este espécimen todos los experimentos a los que tuvimos que renunciar por consideración hacia Ragnor. ¡Esto podría conducir a un avance en el tratamiento! Este hongo no es nuestro enemigo mortal. Al igual que Ragnor, simplemente estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—¿Queréis realizar experimentos con su cadáver?

—¡Tenemos que hacerlo, Eva! Se lo debemos a Ragnor. Estoy convencido de que eso es exactamente lo que él habría querido.

Eva respiró hondo. Los Grosnops no eran humanos. También enviaban a sus crías a un viaje del que una parte de ellas no regresaba. Probablemente Ragnor se habría sentido muy decepcionado si no utilizaban su cuerpo para la investigación.

—Yo... sé que tú...

¿Cómo podría expresar esto sin ofender a Klator? Otro Grosnop entró en la habitación. Había traído unas diapositivas que parecían radiografías.

—Por favor, espera un momento, Eva —tecleó Klator y se volvió hacia su colega.

Los dos parecían estar hablando. Eva giró la tableta para que el micrófono pudiera oír mejor.

El dispositivo tradujo, pero al parecer no captó todos los matices.

—... Crecimiento identificado... dorsal... válvulas para tercer corazón... movimiento. ... Ritmo inusual... no se puede explicar... desintegración celular detenida... nunca observado... increíble...

—¿Qué le pasa a Ragnor? ¿Qué habéis descubierto? —escribió Eva.

Klator cogió la tableta. Entonces pareció cambiar de opinión.

—Eva, me temo que tengo que pedirte que nos dejes solos. Toknor, comprueba estos datos hasta que estemos seguros al cien por cien.

—Pero Klator, estamos seguros de que... —apareció en la tableta. Klator apagó el aparato. Eva echó un rápido vistazo al pliegue del estómago de Toknor, con la esperanza de poder leerlo, pero estaba cubierto por su mano de carga.

Nochebrillante/4139, Tridente



Marchenko estaba a punto de hincar el diente en su filete de dientes de carroña cuando las luces de la habitación se apagaron.

—¿Gronolf? —preguntó.

—¿Qué está pasando aquí? —exigió Gronolf.

Una luz de emergencia bañó de rojo la oscuridad. Marchenko solo podía distinguir siluetas. Gronolf, a su derecha, se había levantado de un salto. Chenko estaba sentado a su izquierda. «Mantén la calma, eso es». Marchenko asintió. A menudo reaccionaban de forma similar. A veces sentía como si Chenko fuera su hermano. Pero eran más que eso: eran clones, al menos en lo que a su conciencia se refería.

Numbark y Murnaka estaban sentados al otro lado. Murnaka, la esposa de Gronolf, había sacado un dispositivo y le había susurrado algo que él no entendió.

La Omnisciencia estaba desplomada sobre la mesa, con la cara sobre el plato. De vez en cuando le temblaba la mano. Nadie se había levantado para ayudarla; así era como se veía cuando la Omnisciencia abandonaba su cuerpo.

Su voz sonó de repente desde la pared.

—Nos ha alcanzado un fuerte pulso electromagnético.

—¿Hay daños? —preguntó Gronolf.

—Se han quemado algunos circuitos, por lo que el sistema automático ha apagado todo el sistema eléctrico.

—¿No es eso excesivo?

—Es por nuestra protección. Lo que está apagado no puede sufrir daños.

—¿De dónde vino el pulso? —preguntó Murnaka.

—¿Un ataque? —sugirió Gronolf.

—Lo estoy investigando ahora mismo. Al parecer, el efecto se produjo un poco antes en algunos sectores que en otros. El pulso nos atravesó a la velocidad de la luz, pero eso tiene un límite. Ya he determinado dónde nos alcanzó primero. Eso significa...

La Omnisciencia se quedó en silencio. Probablemente había iniciado una simulación exhaustiva. ¿Por qué seguía atrapada en esa forma humana? Marchenko había decidido, desde que despertó, que la próxima vez elegiría un cuerpo robótico. Así, en caso de emergencia, podría refugiarse en los sistemas informáticos del Draght como la Omnisciencia.

—Déjame adivinar —dijo Numbark—. Ese maldito objeto imposible de rastrear nos atacó.

—Pido disculpas —dijo la Omnisciencia—. La triangulación no es sencilla, así que primero tuve que encender algunos de los ordenadores apagados. Aconsejo no sacar conclusiones precipitadas.

—Si nos están atacando, no podemos dejar que se salgan con la suya —resolvió Gronolf—. De lo contrario, pensarán que somos débiles. Nadie negocia con los débiles.

El comandante estaba desempeñando su papel. Pero ¿tenía razón? ¿Se trataba de infundir respeto en alguien? Aún no sabían lo suficiente como para afirmarlo.

Murnaka golpeó la mesa con su mano de carga con tanta fuerza que esta vibró.

—Ya has oído lo que ha dicho la Omnisciencia.

—Que nos atacaron —dijo Gronolf.

—No, comandante. Eso es lo que afirmó Numbark —replicó la Omnisciencia.

—Especulé —corrigió Numbark.

—Entonces, ¿quién fue? Si nos daña, es un ataque. ¿Cuántas veces podemos sobrevivir a esos pulsos?

—Bueno, si nos alcanzaran diez pulsos de esos, sería un problema grave para la electrónica.

Así que les quedaban nueve impactos más.

—Entonces no fue un ataque —dijo Marchenko—. Si el enemigo hubiera visto que somos vulnerables a su arma y que podrían destruirnos con toda una serie de ataques de ese tipo, habríamos sufrido el siguiente impacto hace mucho tiempo.

—Marchenko tiene razón —dijo Murnaka—. Si quisieran matarnos, ya estaríamos muertos.

—Quizá necesiten recargar su arma primero —dijo Numbark.

Era un argumento válido, por supuesto. Un arma de radiación lo suficientemente potente como para dañar el Draght desde una gran distancia probablemente requeriría una gran cantidad de energía.

Gronolf corrió hacia la puerta.

—Eso llevará demasiado tiempo. Voy a dar la alarma. Tenemos que poder contraatacar lo antes posible. La tripulación está esperando una respuesta.

Gronolf era el comandante. Una vez que había tomado una decisión, era difícil disuadirlo.

La puerta se cerró de golpe tras Gronolf. Murnaka señaló el cuerpo de la Omnisciencia.

—Numbark, ¿puedes ayudarme?

Los dos Grosnops rodearon la mesa. Levantaron el torso de la Omnisciencia y Murnaka le limpió la cara con un paño. Luego, llevaron el cuerpo, con la silla y todo, a un rincón de la sala y lo dispusieron todo como si la Omnisciencia simplemente estuviera dormida.

Como si hubiera estado esperando este momento, volvió a hablar desde el interior de las paredes.

—He terminado la simulación —explicó—. Os la mostraré en la pared.

Se encendió una luz brillante, tan deslumbrante que Marchenko tuvo que taparse los ojos. La luz se apagó de nuevo. En su lugar, la pared detrás de la silla de la Omnisciencia se convirtió en una pantalla.

—Así pues, esta es nuestra órbita actual en el sistema Tridente.

Era como si la Omnisciencia lo estuviera explicando mientras descansaba en la silla.

Marchenko vio la trayectoria que seguía el Draght alrededor de la enana blanca y del objeto desconocido. Se parecía un poco al hilo de un sacacorchos.

—Gronolf ya no está aquí —señaló Chenko.

—Lo sé. Él se encargará de enviar estos datos al cuartel general. Así no tendré que explicarlo dos veces.

Sin embargo, la pantalla no explicaba nada. La nave daba vueltas, y la enana blanca y el objeto desconocido bailaban uno alrededor del otro. No había ninguna fuente discernible para el destello de radiación.

—Podría haber venido de cualquier parte —dijo Numbark.

—¡Eso es lo que pensé al principio! —explicó la Omnisciencia.

—¿Pero? —preguntó Murnaka.

—Supongamos que el objeto, que aún nos es desconocido, está girando —dijo la Omnisciencia—. La mayoría de las cosas en el cosmos giran, ¿verdad?

Ahora emanaba una línea del objeto, que se desplazaba con el movimiento de este. Era como un jinete blandiendo un látigo. A medida que el objeto se acercaba al Draght en su trayectoria, lo golpeaba. Pero lo mismo le sucedió a la enana blanca.

—¿Crees que fue un proceso natural? —preguntó Murnaka.

—Sí, eso creo.

—Pero eso es solo una suposición basada en los datos de trayectoria actuales —dijo Numbark.

—Soy bastante buena suponiendo. Pero aún no tenéis por qué creerme. No hasta dentro de cuarenta y ocho segundos.

—¿Qué pasará en cuarenta y ocho segundos? —preguntó Marchenko, aunque tenía una corazonada.

La Omnisciencia no respondió. Marchenko fue contando.

—Cuarenta y ocho —dijo cuando terminó la cuenta atrás. En ese momento, todo volvió a quedar a oscuras. Una vez más, una luz roja brilló antes de que se iluminara la pantalla. Esta vez, sin embargo, la imagen parpadeaba.

—Eso significa una alarma en toda la nave —dijo Numbark.

—Gronolf está asustando a los dientes de carroña otra vez. Yo me encargo. —Murnaka salió de la sala de reuniones.

En la pantalla, el jinete seguía fustigando con su látigo. ¿Cuántas veces podría soportar el Draght esos azotes? Si esto continuaba, en otra hora serían incapaces de maniobrar. Eso no pintaba bien.

—Deberíamos evitar esos latigazos —dijo Marchenko.

—No puedo garantizar que eso sea posible —respondió la Omnisciencia.

—¿No podemos cambiar de rumbo?

—Sí, pero ellos también.

Marchenko negó con la cabeza.

—Ningún objeto con casi dos masas solares puede hacer giros bruscos. Con nuestra maniobrabilidad, deberíamos ser capaces de ganarles siempre.

—Tienes razón. El único problema es que el Draght aún no está preparado para la navegación. Peech y Chenko han separado los sectores infestados del resto de la nave. Hasta que restablezcamos las conexiones, cualquier maniobra sería un desastre en potencia.

Chenko se levantó de un salto.

—Entonces, Peech y yo deberíamos ponernos manos a la obra lo antes posible.

—No hay nada de malo en eso —dijo la Omnisciencia—. Sin embargo, ya he alertado a Gronolf, y él está enviando a toda la tripulación a repararlo.

Eso sonaba al menos un poco tranquilizador. Pero no pareció satisfacer a Chenko, porque él también salió de la sala. Esto, a su vez, preocupó a Marchenko más de lo que quería admitir. Al fin y al cabo, eran hermanos y, por principio, pensaban igual.

En ese momento, se le ocurrió una idea.

—¿No sería más fácil desprenderse de uno de los módulos? Se llevaría necesariamente parte de nuestro impulso, y nuestra trayectoria cambiaría automáticamente.

—Es una idea excelente —admitió la Omnisciencia.

¿No se le había ocurrido a ella misma?

—¿No lo crees?

—Por supuesto, ya lo he pensado —dijo—. Un problema es que no sabemos exactamente cuán grande es el impulso, ni si un pequeño cambio en la trayectoria bastaría para escapar completamente de él.

Marchenko negó con la cabeza.

La Omnisciencia estaba intentando robarle la idea. Pero no importaba. Lo más importante era que escaparan de ese maldito destello de radiación.

—¿Puedo decir algo? —solicitó Numbark.

—Por supuesto —dijo Murnaka.

—Gracias. Creo que sé a qué nos enfrentamos.

—¿Una nave de los Constructores? —preguntó Murnaka.

—No es una nave. Es un objeto natural.

—Qué pena. —Murnaka agitó sus brazos táctiles con desdén.

—¡Por supuesto! —exclamó Marchenko. ¿Por qué no se le había ocurrido antes? Un objeto de aproximadamente dos masas solares que emitía periódicamente energía electromagnética... solo podía ser un púlsar, una estrella de neutrones en rotación. Los chorros que emanan de un púlsar se lanzan al espacio desde sus polos. A menos que te golpeara uno, ni siquiera los notarías. Y la estrella que los producía mediría solo veinte kilómetros de diámetro, lo que dificultaba su detección a distancia. Al menos, si se hubiera enfriado considerablemente. En otras palabras, si fuera vieja.

Pero no quería estropearle la sorpresa a Numbark, así que no reveló sus pensamientos.

—Es un púlsar —dijo Numbark—. Una estrella de neutrones que gira rápidamente.

Al instante siguiente, todo se oscureció.

—Tres —dijo Marchenko.

Nochebrillante/4139, Tridente



Peech se abalanzó sobre ella como si no se hubieran visto en semanas. ¿Qué le pasaba? La alienígena olfateó a Eva durante un buen rato antes de bajar la cabeza, lista para que la acariciaran. Y ni siquiera eso le bastó.

¿Acaso Peech percibía la pérdida que había sufrido? Eva pensó que era posible. Cuando importaba, podía ser muy empática. No había tenido mucho que ver con Ragnor. ¿Le interesaría a Peech ver sus restos? Quizás le vendría bien comprender el concepto de la muerte. Eva no quería saber de qué sería capaz Peech si ella muriera de repente.

¿Culparía a los demás por ello? Eva se sorprendió a sí misma culpando en parte a Klator por la muerte de Ragnor. Al fin y al cabo, su tratamiento había fracasado. ¿Y qué hay de Ranaka, que siempre había actuado como su amiga? Si no hubiera sido por ella, Eva podría haber pasado más tiempo con Ragnor, y entonces quizá nada de esto habría ocurrido.

Era una tontería. Lo sabía perfectamente. Si había alguien a quien culpar, era al hongo, y era obvio que este solo intentaba sobrevivir mientras todos los que estaban allí querían matarlo. Resopló. No, no sentía ninguna compasión por el hongo. Era agradable imaginar a Peech atacándolo con su ácido.

La luz se apagó. Peech se quedó paralizada. Un ojo rojo apareció sobre la puerta: la luz de emergencia. ¿Qué había pasado? Eva se levantó de la cama y se dirigió hacia la puerta, pero Peech se interpuso delante de ella. Quería protegerla, eso estaba claro.

—Oye, yo soy la mayor de las dos —dijo.

A Peech no le importaba. Apretó el pomo con la boca y empujó la puerta para abrirla. Fuera también había una luz roja. Eva oyó pasos rápidos. Un Grosnop pasó corriendo. De repente, gritó. Al parecer, Peech lo había agarrado. Ahora lo dejaba en el suelo delante de Eva. El Grosnop movía sus manos táctiles frenéticamente, lo cual Eva podía entender, ya que no sabía qué quería de él la alienígena. Por el pliegue de su estómago, se dio cuenta de que estaba diciendo algo, pero hablaba demasiado rápido. No tenía ninguna posibilidad de entenderle. Por desgracia, su tableta estaba en la cama. La cogió rápidamente y escribió.

—No te preocupes, Peech no te hará daño.

—No es lo que parece.

—Confía en mí. ¿Qué está pasando con la nave?

—Fallo general de energía. Quizá un ataque. Ahora, por favor, déjame ir. Me necesitan en la sala de control.

—Gracias.

Eva le indicó a Peech que el Grosnop podía marcharse. Este se coló entre ella y la pared. Las luces volvieron a encenderse.



JUSTO CUANDO LAS LUCES VOLVIERON A ENCENDERSE POR SEGUNDA VEZ, llamaron a la puerta. Peech se apresuró a abrirla. Era Chenko.

—¿Qué pasa? —preguntó ella en silencio.

Chenko respondió en lenguaje de signos.

—No he venido a por ti.

Eva hizo una mueca. ¿Acaso no la necesitaban?

—¿Hay algo útil que pueda hacer? —preguntó.

—No. Necesito a Peech. Peech, ¿estás lista?

La alienígena levantó una garra y, al instante, los dos chocaron los cinco como viejos amigos. A Eva se le hizo un nudo en la garganta. ¿Estaba celosa? Pero era obvio que Peech había pasado años viajando con Chenko mientras ella dormía. Probablemente, Chenko ya conocía a la alienígena mejor que ella.

—Al menos dime qué está pasando, Chenko.

—Tenemos que volver a soldar los sectores de la nave. Pero ahora tenemos que irnos.

—¿Por qué tanta prisa?

Chenko dudó.

—Porque... porque...

—¿Por qué?

—Si no cambiamos de rumbo pronto, el objeto nos achicharrará.

—¿El objeto?

—Esa cosa extraña que aún no hemos podido identificar.

—Entiendo.

Por supuesto, solo entendía que era urgente, no por qué.

—¿Sabes qué? Voy contigo. Siempre te vendrá bien un par de manos extra.

Chenko miró al suelo.

—No es del todo seguro, y tú...

—¿Temes que sea una carga? —¿Debería estar triste o enfadada, o ambas cosas? Optó por una respuesta pragmática—. Voy contigo. No tienes elección.



Entraron en una sala en la que Eva nunca había estado. Olía a aceite y ceniza, pero al mismo tiempo tenía un aroma terroso, casi como un bosque después de un incendio. Chenko y Peech formaban la vanguardia. No necesitaban aire para trabajar, así que utilizaron una sala como esclusa y la segunda, contigua, para soldar el sector infestado desde allí. Eva se encargaba de los suministros: gas y electricidad, sobre todo.

Chenko utilizaba diferentes técnicas según el material. Peech, por su parte, trabajaba a su manera, que una vez le había demostrado a Eva en la esclusa: escupía su ácido sobre una viga metálica hasta que la superficie se disolvía, y luego presionaba otra viga sobre la zona disuelta hasta que ambas quedaran firmemente unidas.

Sin embargo, estaba claro que solo disponían de un tiempo limitado. Las luces ya se habían apagado cuatro o cinco veces, Eva no estaba segura, y a Chenko le habían informado de que un décimo impacto significaría el fin del Dragh t. A pesar de esta amenaza, trabajaban con cuidado; si la nave no podía soportar el cambio de rumbo previsto, sus esfuerzos serían en vano.

Se quedó a oscuras de nuevo. Pero algo era diferente. Eva puso las manos en las caderas y observó la luz roja de emergencia. Era un ojo en la esquina de la sala, mirándola fijamente, y ella le devolvió la mirada. De repente, miró hacia la puerta, o tal vez solo se lo pareció a ella. Era la puerta de la sala contigua, que en ese momento servía de esclusa. Normalmente, el metal estaba frío, cubierto de condensación, porque al otro lado se encontraba el vacío del espacio exterior hasta que alguien cerraba la puerta exterior para que la esclusa se llenara de aire. Esto ocurría automáticamente a través del sistema de ventilación del techo.

Pero ahora la puerta estaba caliente. Eva lo notó. ¿Qué significaba eso? La habitación que había detrás debía de estar llena de aire en lugar de vacío. Pero la puerta seguía sin abrirse. Llamó a la puerta y pegó la oreja al metal para sentir el sonido transmitido por la estructura. Pero no se oyó ni un suave golpeteo ni el típico rasguño de las garras de Peech sobre el metal. Llamó más fuerte, con todas sus fuerzas, pero seguía sin haber respuesta.

¿Qué estaba pasando? El corte de electricidad debía de haber estropeado los controles de la puerta. ¿Cuánto tiempo podría sobrevivir Peech ahí fuera? Chenko tenía su cuerpo robótico, así que no tenía que preocuparse por él. Pero ¿y si a Peech se le acababa el oxígeno?

Eva miró al techo. La rejilla de ventilación era lo suficientemente grande como para arrastrarse por ella. Solo tenía que subir hasta allí. Empujó una caja que había junto a la pared hasta el centro de la

habitación. Luego, colocó una segunda encima. ¡Eso debería bastar! Se subió a su estructura. Ahora podía quitar la rejilla de ventilación. La tiró al suelo y se metió en el estrecho conducto. El aire allí era cálido y olía a humedad, otra señal de que la atmósfera de la habitación contigua era respirable.

Reptó. Solo había unos pocos metros a través del falso techo. Llegó a una segunda rejilla, que empujó hacia abajo. Esta se estrelló contra el suelo. La habitación estaba iluminada por luces de emergencia, por lo que apenas podía distinguir detalles.

Pero había movimiento. ¡Y allí, algo brillante!

¿Era eso... Chenko debajo de ella? ¿Por qué apenas se movía? Tenía que ayudarle, pero solo cuando se dejó caer se dio cuenta de que allí no había cajas sobre las que pisar. Joder. Por suerte, todavía estaba oscuro. Cuando volviera a haber luz, tal vez la puerta se abriera hacia dentro. O hacia fuera. O ambas cosas. En los dos últimos casos, moriría.

—¿Chenko?

El cuerpo de su padre era apenas reconocible. Parecía como si le hubiera crecido musgo. Musgo marrón, formado por muchos filamentos. Algo se movía en él. Eva dio un paso atrás. El musgo se rasgó. Asomó una especie de gusano, tan largo como su antebrazo y con muchos dientes afilados. ¿Estaba mordisqueando a Chenko con ellos? Ese musgo debía de ser el hongo. Eva miró a su alrededor. Chenko había estado trabajando con una máquina de soldar. Aún la sostenía; ella podía verlo bajo la capa de musgo.

Pero había un segundo dispositivo en la esclusa, con un gran tanque cilíndrico. Corrió hacia él y lo examinó. El indicador estaba a tres cuartos.

Había una válvula en el cilindro. La abrió y algo salió a chorros del delgado cilindro. Había un botón en el extremo. Lo pulsó. El líquido se encendió.

¡Sí! Eva dirigió el chorro de fuego hacia el musgo. Este se encendió de inmediato. Apareció un gusano y estalló después de que ella lo asara durante unos segundos. El líquido caliente le salpicó los brazos y el cuerpo. Con suerte, esa sustancia no sería contagiosa. El cuerpo brillante de Chenko apareció de debajo del musgo en llamas.

No pudo ver ningún daño y, de hecho, sus músculos se estaban tensando de nuevo. Chenko se arrodilló, tambaleándose.

Ese fue el momento en que la Omnisciencia recargó de energía todo el Draght. Se volvió cegadoramente brillante. La puerta se abrió: la puerta exterior, tras la cual aguardaba el vacío mortal. Eva se secó el sudor de la frente. No había nada que pudiera hacer. Chenko claramente no entendía lo que estaba pasando. No se daba cuenta de que Eva estaba a punto de morir, aunque ella podía ver que sus pensamientos se aceleraban y se preguntaba qué fallaba en lo que estaba viendo.

Mejor así. Era una persona débil, pero aun así había sido capaz de ayudar al robot. Dejaría una huella en este mundo, igual que la otra Eva que había salvado al pequeño Ragnor. Solo que ahora la mataría el mismo hongo que estaba a punto de reclamarla como su segunda víctima. ¡Qué ironía!

Esbozó una sonrisa forzada. Al menos Chenko debería tener buenos recuerdos de su hija.

Nochebrillante/4139, Tridente



El Majestic Draght presentaba profundas heridas. La gran pantalla del centro de control mostraba, resaltados en rojo intenso, los sectores que aún no se habían reconectado a la nave. La luz se irradiaba hacia los lados, dando la impresión de que el Draght sangraba por esos agujeros angulosos.

Gronolf saltaba de un ordenador a otro, coordinando a los equipos que estaban restableciendo las conexiones. Su piel era de un verde brillante; rebosante de energía. Sin embargo, su voz se mantenía tranquila. Las instrucciones que daba eran precisas. Si un equipo no avanzaba tan rápido como a él le gustaba, les reprendía, pero no exigía lo imposible.

Marchenko miró a su alrededor. El ambiente en el centro de control era muy diferente al habitual. La tripulación estaba concentrada en sus tareas. No había tiempo para bromas. De repente, unos brazos táctiles se elevaron en el aire. ¡Otro sector se había reconectado a la nave! Marchenko se unió a los aplausos.

—Cinco —dijo una voz desde los altavoces de la pared.

El centro de control era el único lugar del Draght que estaba completamente protegido de las interferencias electromagnéticas. Y contaba con su propio suministro de energía de emergencia, por lo que los repetidos impactos pasaron desapercibidos.

Sin embargo, algo estaba sucediendo en la pantalla, y no era nada bueno: un sector que ya se había iluminado en verde volvía a ponerse rojo. Gronolf apoyó sus brazos de carga en los costados y miró la pantalla.

—Omnisciencia, ¿qué está pasando con el K-19?

—No tenemos comunicación con ese sector.

—¿Está conectado a la nave?

—No lo sé. Puede que algo se haya soltado durante el impacto. O tal vez solo se haya interrumpido la conexión de datos.

—Entendido. Enviaré a alguien. Tolnok, ve a comprobar el K-19. ¡Rápido!

Un Grosnop se levantó de su asiento frente al ordenador y salió corriendo de la habitación.



Marchenko tragó saliva cuando cinco sectores perdieron contacto tras el siguiente impacto. Tolnok aún no había regresado. Probablemente era hora de cambiar de estrategia.

—¿Gronolf? Creo que deberíamos desprendernos del módulo ahora. Es el momento.

Gronolf se frotó el estómago.

—No me gusta eso. Sea lo que sea lo que echemos por la borda, puede que nunca lo recuperemos. Sería la primera vez que el Dragh perdiera parte de su estructura. Y los equipos de montaje son bastante rápidos. Si todo sigue como hasta ahora, lo conseguiremos.

—¿Y los sectores que se han vuelto a desconectar?

—Tolnok acaba de informar por radio de que todo va bien con el K-19.

—¿Y los otros cinco sectores? No sabes en qué estado se encuentran.

—Será igual que con el K-19, el impacto dañó la conexión de datos. No creo que el rayo sea lo suficientemente potente como para aflojar soldaduras recientes.

—¿Quieres atar el destino del Draght a lo que tú crees? Ese no es el Gronolf que conozco.

Gronolf dio un breve pisotón en el suelo, pero eso fue todo lo que se permitió hacer para aliviar la tensión.

—Tienes razón, Marchenko. —Corrió hacia una terminal y habló por el micrófono—. Tolnok, busca a cuatro colegas y comprueba los cinco sectores que se han desconectado en paralelo. Deprisa. Necesito saber a qué me enfrento.



El siguiente impacto abrió ocho nuevas heridas. Los profundos agujeros le dolían a Marchenko con solo mirarlos. ¿Cómo se sentiría Gronolf, como capitán responsable de la nave? Como si intuyera que Marchenko estaba pensando en él, el general le hizo un gesto con la mano.

—Es suficiente —decidió—. ¿Y estás seguro de que funcionará?

—Sí. La Omnisciencia lo ha calculado.

Gronolf cerró los ojos brevemente.

—De acuerdo. Sacrificaremos el T-23. El equipo que se iba a encargar de él aún no ha empezado a trabajar.

El T-23 no estaba muy lejos del cuartel general. Debería poder llegar a ese sector en dos o tres minutos. Probablemente Gronolf lo había dejado para el final a propósito.

—Me encargaré de ello —dijo Marchenko.

—Gracias. Se lo haré saber al equipo que debía conectar el sector.



Marchenko llegó a S-23 sin aliento. El sector que les interesaba seguía separado del resto de la nave. Tenían que llevar a cabo su plan desde los sectores adyacentes.

Cuatro Grosnops le estaban esperando: Kupzok, Grulok, Tomoka y Ranaka.

¿Ranaka? ¿No era amiga de Eva? Parecía tímida, no decía nada.

Pero no podía trabajar así.

—Hola, Ranaka —la saludó.

—Deberíamos ocuparnos del T-23 —dijo ella.

Hmm. Algo no cuadraba; probablemente tenía algo que ver con Eva. Pero Ranaka tenía razón: tenían un trabajo que hacer.

—Vamos —dijo él—. Kupzok y Grulok, id al T-22 y mantened contacto por radio. Tenemos que detonar los explosivos simultáneamente.

Usar explosivos había sido idea de la Omnisciencia. Eso mejoraría bastante la transmisión del impulso. La nave necesitaba un empujón suave pero firme para abandonar su fatídica trayectoria.

Kupzok y Grulok salieron de la sala.

Marchenko metió la mano en el bolsillo del pantalón.

—Llévate este dron con cámara.

El problema era alinear las explosiones con precisión para que impulsaran al T-23 hacia el exterior y no lo empujaran contra otros sectores. Junto con la Omnisciencia, habían desarrollado una solución para ello.

—¿Y luego? —preguntó Ranaka.

—Te explicaré el resto una vez que estés afuera.



Marchenko observó en la pantalla cómo Ranaka y Tomoka salían por un pasadizo que utilizaban como esclusa. Fuera, el aspecto era inquietante. Vio vigas de acero desgarradas que parecían cubiertas de musgo. Selva siberiana; incluso la fina capa de hielo encajaba. Lo que parecía musgo eran sin duda restos del hongo.

Los dos Grosnops echaron un breve vistazo a su alrededor y luego informaron.

—Equipo Uno listo.

—Kupzok, Grulok, ¿cómo van las cosas por ahí?

Un haz de luz apareció en la pantalla.

—Somos nosotros —informó Kupzok. O Grulok, era difícil distinguirlo.

Marchenko dirigió el dron con cámara hacia el otro equipo, haciéndolo volar alrededor de una esquina del Sector T-23. Allí estaban, examinando el lugar donde iban a colocar los explosivos.

—Es hora de la primera carga —indicó Marchenko.

Los Grosnops obedecieron. Observó en la pantalla cómo fijaban las cargas.

—Ahora la segunda.

De nuevo, cuatro Grosnops se pusieron manos a la obra. Era impresionante ver con qué sincronía movían sus cuatro brazos y con qué destreza utilizaban sus manos táctiles.

—Hecho —dijo Ranaka.

—Todavía no —discrepó Marchenko. Hizo que el dron cartografiara toda la zona. Luego, transmitió los datos por radio a la Omnisciencia, quien los introdujo en su modelo de la explosión. Un minuto después, Marchenko recibió las imágenes corregidas.

—¿Ranaka? Para la carga uno, por favor, muévela seis milímetros a la izquierda. Grulok, la carga cuatro debe moverse tres milímetros hacia arriba y seis a la derecha.

—¿Milímetros? —preguntó Grulok.

Ranaka respondió en el idioma Grosnop. Marchenko lo entendió lo suficiente como para darse cuenta de que ella había convertido el valor a una unidad diferente. Fue bueno que Grulok preguntara; no podía dar por sentado que los Grosnops entendieran las unidades humanas.

—¿Cuál es el factor de conversión a vuestras propias unidades? —preguntó.

—Para los milímetros, más o menos dos a uno. Cuatro milímetros son poco menos del ancho de dos uñas.

Marchenko hizo que el dron tomara otra foto panorámica. Las cargas aún no estaban perfectamente colocadas.

—Grulok, la carga dos, por favor, muévela medio ancho de uña hacia abajo. Y Tanaka, la carga cinco, por favor, muévela otro ancho de uña a la izquierda.

—Sí, sí —llegó la confirmación casi simultáneamente.

Otra foto del dron mostró que el plan de la Omnisciencia se había ejecutado a la perfección. El T-23 debería salir disparado del Draght como un grano madurado en exceso. Marchenko mostró la trayectoria resultante en su tableta. Ya no deberían estar en la trayectoria del chorro polar del púlsar.

—Ya podéis entrar todos —dijo.

—Sugiero que esperemos fuera —respondió Ranaka—. Puede que los cálculos de la Omnisciencia no sean perfectos.

Marchenko negó con la cabeza. No le gustaba la idea de dejar a los cuatro Grosnops en la zona de la explosión. Era responsable de ellos.

—La Omnisciencia ciertamente no ha cometido ningún error.

—Pero nosotros sí podríamos haberlo cometido. ¿Y si alguien tiene que intervenir rápidamente? Si tenemos que pasar primero por la esclusa, podría ser demasiado tarde.

Por desgracia, Ranaka también tenía razón en eso. Solo tenían una oportunidad de hacerlo bien. En unos minutos, la trayectoria del Draght ya no sería lo suficientemente manipulable.

—Aquí fuera no hay onda de choque —añadió Ranaka—. No hay por qué preocuparse.

Cierto, los Grosnops no tenían nada que temer de la fuerza de la explosión. Las cargas eran mínimas. No estaban pensadas para destrozar el T-23, solo para ponerlo suavemente en movimiento.

Sin embargo, Marchenko tenía un mal presentimiento. Pero como las decisiones debían basarse en hechos, confirmó la sugerencia de Ranaka.

—Pero aseguraos bien, ¿vale? Si hay un cambio de rumbo, podría propulsaros al espacio.



—¡Tres, dos, uno, ignición!

Marchenko pulsó el gatillo en la pantalla. Cuatro ventanas más pequeñas mostraban imágenes de las explosiones. En las cuatro

apareció un destello blanco, muy breve y no especialmente brillante. Casi parecía como si el detonador hubiera fallado.

—Ha sido un fracaso —dijo Grulok.

Marchenko se percató en la imagen del dron de que estaba a punto de retirar la mecha. ¡Tonterías de joven!

—¡Alto! —gritó Marchenko.

Grulok se sobresaltó. Ahora él también lo notaba: las vigas a su alrededor se movían. ¡El sector T-23 estaba respondiendo! Sin embargo, no se deslizó fuera de su nicho con tanta suavidad como se esperaba. Las vigas se rozaron entre sí, haciendo saltar chispas. Marchenko hizo zoom con la cámara del dron. Efectivamente, había musgo en las vigas de acero exteriores. Al parecer, el hongo había logrado establecer una conexión con los otros sectores, a pesar de que Chenko y Peech también habían aislado este sector. El maldito hongo parecía invencible a la larga.

—¡Cuidado! —gritó Ranaka en ese momento.

Marchenko volvió al zoom normal. La cámara captó a Ranaka agitando los brazos frenéticamente. Le hacía gestos a Tomoka, su compañera. Pero ¿por qué? Marchenko entrecerró los ojos. ¡Ahí! Algo brillante se movía por el espacio, dirigiéndose hacia la espalda de la Grosnop. Probablemente un trozo de metal que se había desprendido en la explosión. Pero si golpeaba a Tomoka en su espalda desprotegida... Eso no debía suceder. Marchenko vio que Ranaka soltaba el gancho de seguridad y saltaba. Luego, la perdió de vista mientras dirigía el dron para interceptar el trozo de metal. «¡Vamos, más rápido!» La cámara voló hacia Tomoka, que probablemente aún no se había dado cuenta del peligro. Una sombra cayó sobre el ojo de la cámara y, al instante siguiente, apareció un mensaje rojo en la tableta:

Conexión perdida.

Nochebrillante/4139, Tridente



Eva no pudo evitar el nudo en la garganta. Al diablo con causar una buena impresión. Jadeaba en busca de aire. Le quedaban unos quince segundos.

Pero el agujero del techo estaba fuera de su alcance.

Iba a morir. ¿No debería estar pasando toda su vida ante sus ojos? ¿Dónde estaba la luz blanca que se suponía que debía ver? Lo único que sentía era el miedo más horrible que jamás había experimentado.

Hasta que algo afilado le atravesó la espalda. El dolor era insoportable. Al mismo tiempo, la arrancaron del suelo. Estaba tumbada de lado en el aire, volando sobre Chenko.

Su cabeza golpeó el techo. Se la protegió con las manos, pataleando hasta que sintió la corriente de aire. ¡Oxígeno fresco! Aspiró cada molécula hacia sus pulmones con todas sus fuerzas. Había más y más aire, y jadeó y jadeó hasta que se sumió en la oscuridad.



Alguien le tocó el brazo. Eva levantó la cabeza. Estaba incómoda. ¿Dónde estaba? ¿No era Chenko quien tenía delante? ¿Por qué el techo era tan bajo? El conducto de ventilación, exactamente. Se

había metido a gatas para ayudar a Chenko. ¿Qué había pasado después de eso?

Chenko señaló detrás de él y luego gateó. Eva lo siguió. Debía de haberse orinado, tenía la ropa empapada. Chenko se deslizó hacia abajo por un agujero en el techo. Desde allí, la ayudó a bajar. Las dos cajas sobre las que se había subido estaban en esa habitación.

Algo goteaba de su ropa al suelo. Era de color rojo oscuro. Chenko la ayudó a sentarse. ¿Dónde estaba Peech? ¿Estaba defendiendo la vida en la nave en algún otro lugar? Una sombra se movió delante de ella. Levantó la vista. Era un Grosnop, el guardián de la salud Klator. Detrás de él venía Peech, quien probablemente había traído al Grosnop hasta allí. Klator movió sus brazos táctiles hacia ella.

— No tenía por qué ser Klator específicamente —leyó Eva en los labios de Chenko.

También tenía una buena vista del pliegue del estómago del Grosnop.

—De todos modos, iba de camino a verte. Pero ¿qué le has hecho a la pobre mujer?

Eva llamó la atención sobre sí misma.

—Eh, habladme a mí, no de mí —gesticuló.

Klator, sin embargo, no parecía entender el lenguaje de signos. Peech debió de darse cuenta del problema y le trajo una tableta a Eva.

—¿Qué me han hecho? —escribió.

—Tienes una larga herida en la espalda, como si alguien hubiera intentado partirte con un cuchillo.

¿Un cuchillo? Ese dolor infernal. No culpaba a Peech. Había que hacerlo rápido. ¿Sabía la alienígena lo de los quince segundos?

—¿Es peligroso? —preguntó.

—Lo he desinfectado y anestesiado con un anestésico humano. Pero has perdido mucha sangre. Me gustaría reponer al menos parte de ella...

Eva le quitó la tableta a Klator. Ahora no tenían tiempo para eso. Las luces estaban a punto de apagarse otra vez.

—Tenemos que hacer que la nave sea maniobrable —escribió—. Eso es más importante ahora mismo.

Ahora fue Chenko quien le quitó la tableta.

—Probablemente no te hayas dado cuenta, pero hemos conseguido esquivar el rayo.

—¡Oh, eso es genial! ¿No deberíamos celebrarlo?

Eva quiso levantarse de un salto, pero Klator la sujetó con sus brazos táctiles sobre los hombros. No tenía fuerzas suficientes para resistirse. Quizás debería dejar que él la curara después de todo. El Grosnop pulsó la tableta.

—Iba a verte porque quería decírtelo en persona. Parecías tan... alterada.

Una mano helada le oprimió el corazón. Se agarró el pecho.

—¡Adán! ¿Le pasa algo?

¿Por qué no se había quedado con él? Su hermano la necesitaba.

—No. No se trata de Adán. Ragnor ha desaparecido.

Nochebrillante/4139, Tridente



La puerta se abrió con un silbido, pero se atascó en el marco. La pesada mano de un Grosnop se asomó y la empujó a un lado. Con un crujido, la puerta cedió. Oleadas de aire frío salieron a borbotones de la esclusa.

Olía a desinfectante. ¡Por eso Ranaka y sus tres colegas habían tardado tanto! Marchenko no había podido contactar con ellos por radio en la jaula de Faraday de la esclusa y se había ido preocupando más con cada minuto que pasaba.

—Toma —dijo Ranaka, entregándole los restos del dron—. Lo siento, es irreparable. ¿Por qué no me dejaste atrapar el perno de acero?

—Podría haberte hecho daño.

—Una herida tan pequeña no me molestaría. Podemos regenerar extremidades enteras, ¿no lo sabías? Tu cámara, por otro lado...

Marchenko negó con la cabeza. Los Grosnops tenían una actitud relajada ante la vida, y ante la muerte también. Tragó saliva, pensando en Ragnor. Ni siquiera los Grosnops eran indiferentes a su muerte. ¿Era por las circunstancias, el peligro gélido que amenazaba a todos a bordo y que ahora se había cobrado su primera víctima?

La radio crepitó. Era Gronolf.

—¡Enhorabuena! Lo habéis conseguido.

—Sí. Siento lo del sector perdido.

—No es tan grave. Estamos rastreando su trayectoria y podemos reinsertarlo si es necesario. Pero el cambio de rumbo mediante el motor de materia oscura probablemente habría llegado demasiado tarde.

—¿Pero el Draght vuelve a ser maniobrable?

—Por supuesto. Fijaré el rumbo hacia el objeto extraño.

—Eso está bien.

Al parecer, se estaba recuperando cierta normalidad. No se habían deshecho de la enfermedad, pero la nave volvía a funcionar. ¿No era eso una buena señal? A partir de ahora, las cosas podrían empezar a mejorar.

—Entonces espero que no tengamos más sorpresas desagradables.

—Ah, hay algo que aún no sabes.

Marchenko suspiró. Por la forma en que lo planteó Gronolf, parecía algo desagradable.

—¿Sí? Te escucho.

—Te has enterado de la muerte de Ragnor...

—Sí, claro. —Él mismo se lo había contado a Eva, ya que Chenko se lo había pedido, supuestamente para que pudiera cuidar de Adán —. Es terrible. Ragnor y Eva tenían una buena relación.

—Era casi como un hijo para mí —dijo Gronolf.

—Mi más sentido pésame.

—No sé qué pensar, pero al parecer ha desaparecido.

—¿Perdona?

—Lo tenían tendido en el laboratorio de los guardianes de la salud. Y la siguiente vez que alguien fue a ver cómo estaba, simplemente se había esfumado.

—Eso es...

—Imposible —dijo Gronolf—. Los guardianes de la salud confirmaron claramente su muerte.

—Pero ¿cómo puede ser eso? ¿Le están buscando?

—Sí, por supuesto, estamos registrando los sectores de ahí abajo habitación por habitación. No puede estar muy lejos.

—Quizá yo podría ayudar...

—No, no te preocupes por eso. Prefiero tenerte en el cuartel general. Nos dirigimos al objeto extraño.

—El púlsar.

—Sí, el púlsar.

Nochebrillante/4139, Tridente



La habitación, o más bien la cámara, medía unos dos por tres metros. Chenko tuvo que esperar fuera mientras Klator le mostraba la escena. La camilla con ruedas en la que habían atado al fallecido apenas cabía en el interior. Solo quedaban unos pocos centímetros de espacio entre ella y un armario repleto de material médico.

Eva se estremeció. El aire acondicionado estaba ajustado al mínimo posible. Sin duda no hacía más de diez o doce grados.

—Aquí no tenemos cámara frigorífica —dijo Klator, y la tableta repitió sus palabras—. Cuando alguien muere a bordo, suele ser enterrado en el océano de vacío infinito en menos de un día. Podemos mantener el cuerpo en una cámara de hibernación durante ese tiempo. Pero no habríamos podido examinar a Ragnor allí.

—¿Creo que lo... restauraron?

—Así es. Se habían completado todos los experimentos externos.

Eva no quería conocer los detalles de los experimentos internos, fuera lo que fuera que eso significara. Entendía que era necesario. Quizás la pérdida sería un poco menos trágica si ayudaba a otros a liberarse de la enfermedad.

Miró la cama. Las correas que habían sujetado el cuerpo colgaban a los lados: dos a la cabecera, dos a los pies. Eva intentó abrirse paso hasta la cabecera, pero no había suficiente espacio entre la cama y el armario. Habría tenido que subirse a la cama para

abrir el broche de la cabecera. Un Grosnop, por otro lado, podría haber aflojado la correa con sus largos brazos táctiles.

—¿Estaba la puerta cerrada con llave, Klator? —tecleó.

—Estaba cerrada con esta palanquita —Klator señaló un cerrojo metálico que se podía introducir en una ranura desde cualquiera de los lados de la puerta—. Aquí no necesitamos llaves. ¿Quién robaría algo y por qué? Todo lo que tiene valor se entrega a un Grosnop de forma gratuita si lo necesita.

—¿Buscasteis huellas dactilares?

—Lo hicimos. Solo Ragnor y yo hemos accionado la cerradura desde la última limpieza a fondo.

—O alguien que llevara guantes.

Klator emitió un sonido que la tableta tradujo como «risa humana». ¿Risa?

Eva frunció el ceño.

—¿Qué tiene de gracioso? —escribió.

—Lo siento, no me hace gracia. Es más bien... extraño. No tenemos el concepto de zapatos para las manos. Rara vez llevamos siquiera zapatos para los pies.

—Pero como parte de un traje espacial, usáis fundas para las manos.

—Solo a regañadientes, en temperaturas muy altas o muy bajas, por ejemplo, para proteger la piel.

Puede que eso fuera cierto, pero no descartaba la posibilidad de que el ladrón hubiera evitado de alguna manera dejar huellas. Pero ¿por qué alguien robaría un cadáver en primer lugar?

—¿Había otros miembros de la tripulación que rechazaran a Ragnor por su pasado? Se le habría dado un entierro honorable. ¿Podría eso haber molestado a alguien de la tripulación más consciente de las tradiciones?

Klator cruzó los brazos táctiles con desdén y le tendió su tableta, en la que aparecía un texto más extenso.

—Desde luego, no todo el mundo estaba contento en aquel entonces de que Ragnor hubiera, básicamente, engañado a su Draght. Al menos así es como ellos lo veían, aunque no fuera culpa suya que la otra Eva lo salvara. Pero desde entonces, ha demostrado

ser un miembro valioso de la tripulación. Nadie le negaría su funeral. Aunque solo fuera porque primero hay que estar muerto. Estamos familiarizados con la muerte, pero nadie quiere morir antes de lo necesario, y desde luego no a causa de una enfermedad tan horrible.

Eva asintió. Realmente no había muchas pruebas que sugirieran que el cadáver había sido robado por un tercero. Esto la hacía sospechar aún más del propio Klator. Era un excelente guardián de la salud... y estaba lleno de ambición. Los Grosnops fallecidos solían ser entregados lo antes posible al mar de vacío infinito, donde se reunirían con todos sus antepasados. En el concepto de esta especie sobre el más allá, todos los mares de todos los planetas estaban conectados entre sí y con el mar de vacío infinito.

Sin embargo, un entierro rápido significaría que Klator ya no podría realizar experimentos con el difunto. Ciencia frente a fe: incluso en una especie tan ilustrada, esta era una difícil lucha que el guardián de la salud podría haber perdido.

Eva lo miró. Parecía extrañamente relajado, por lo que ella podía deducir de su postura. ¿Era eso apropiado dada la pérdida?

Klator cruzó sus manos táctiles.

—¿Por qué me miras con tanta intensidad? —apareció en su tableta—. ¿Has examinado la escena?

—Sí. Me temo que eso es todo lo que vamos a encontrar aquí.

—No creerás que he robado el cadáver de Ragnor, ¿o sí?

Oh, se había dado cuenta. Qué vergüenza. Eva negó con la cabeza.

—No te interesaría hacer algo así, ¿verdad? —escribió.

Klator no respondió. En su lugar, abrió la puerta, apartó a Chenko, que estaba delante de ella, y desapareció en el pasillo.



—¿Qué ha pasado? —preguntó Chenko.

Eva se alegró de que él estuviera con ella, aunque solo fuera porque eso facilitaba la conversación. Se conocían desde hacía tanto

tiempo que nunca habían tenido problemas para leerse los labios. Eva plegó su tableta y la guardó.

—Tengo la sensación de que Klator tuvo algo que ver con la desaparición del cadáver.

—Oh, y se lo has insinuado.

Ella se encogió de hombros. Nunca se le había dado bien ocultar sus sentimientos. Le explicó a Chenko qué le inquietaba de los acontecimientos.

—Sabes, podemos comprobarlo fácilmente. —Chenko empujó la puerta con el puño. Esta se abrió de par en par.

Le hizo un gesto a Eva para que entrara antes que él. Luego, volvió a cerrar la puerta, también sin dejar ninguna marca. Así que Chenko también era un posible culpable.

Él hizo una mueca.

—Ja, también sospechas de mí.

Probablemente no debería dedicarse a la carrera de detective. Pero eso no era realista de todos modos.

Chenko se palpó la cabeza hasta que se formó un tercer ojo en su frente. Brillaba en azul.

—Ahora quédate quieta.

Eva obedeció. Podía oír los latidos de su corazón. Hacía unas horas, Ragnor había estado tumbado en esa cama. Creía que aún podía olerlo. No se conocían tan bien. Al menos, ella no lo conocía bien. ¿Había él visto a la otra Eva en ella, o la había visto realmente a ella? Ahora nunca podría aclararlo. Quizá era mejor así. Chenko le puso una mano en el hombro.

La luz se apagó. La oscuridad era total. Chenko le presionó el hombro ligeramente. «No te muevas», significaba. Eva dejó que su mirada vagara por la habitación. El sofá tenía numerosas manchas claras pero el suelo estaba limpio. Eso era un problema. Ragnor era un Grosnop adulto. Klator no habría podido sacarlo de la habitación sin dejar marcas en el suelo. Sus enormes piernas habrían resbalado por las baldosas. Lo que fuera que hubiera dejado las manchas claras en el sofá también debería ser visible en el suelo bajo la luz ultravioleta.

A menos que alguien lo hubiera limpiado todo a fondo. Pero entonces, ¿de dónde habían salido las huellas? Debía de haber varios Grosnops aquí. Sin zapatos. ¿No encontrarían entonces huellas que pudieran remontarse al dueño de los pies?

Chenko le quitó la mano del hombro y el sensor de movimiento volvió a encender la luz.

—Bueno, si me preguntas, Ragnor salió de esta habitación por su propio pie.

¿Qué estaba diciendo Chenko? ¿De verdad creía que los Grosnops eran incapaces de diagnosticar con certeza la muerte de uno de los suyos?

—Quizá eran dos, cada uno sosteniendo a Ragnor por un lado —sugirió Eva.

—La habitación es demasiado estrecha para eso. Tres Grosnops nunca cabrían aquí. Es estrecha incluso para dos. No habrían podido cerrar la puerta, ya que se abre hacia dentro.

¿Qué significaba eso? ¿Podía Klator haberse equivocado tanto? Pero si ese era el caso, ¿por qué Ragnor no había acudido a otro Grosnop en lugar de esconderse en algún sitio?

—Debe de estar confundido —dijo Eva.

—Creo que ya no es él mismo.



KLATOR MANTUVO SUS MANOS TÁCTILES FRENTE AL PLIEGUE DE SU ESTÓMAGO mientras Chenko le explicaba sus hallazgos. Entonces les habló a ambos tan rápido que Eva ni siquiera pudo seguirle el ritmo con la ayuda de su tableta.

Puso la mano sobre el antebrazo de Chenko para que se girara hacia ella.

—¿Qué está diciendo?

—Está molesto porque no se le ocurrió a él mismo. Después de todo lo que ha visto, esta idea debería habérsele ocurrido de inmediato.

—¿Qué ha visto?

Chenko le transmitió la pregunta en lengua Grosnop. Klator le puso la tableta en la mano. Mostraba una imagen congelada de un vídeo. Eva la pulsó. La cámara estaba situada en el techo de un almacén en algún lugar del Draght. Observó cómo un alienígena luchaba contra unos gusanos monstruosos. Le costó un rato reconocer a Peech. Su amiga tenía un aspecto muy diferente en combate, realmente aterrador, pero incluso ella tenía problemas para lidiar con la plaga.

—¿Qué tiene esto que ver con Ragnor? —preguntó.

Klator señaló a Chenko, quien negó con la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Quiere que te lo explique, pero yo no quiero.

—No seas tonto. No soy una niña. Tiene que ver con el hongo, ¿verdad?

Chenko asintió.

—Klator cree que el hongo ha tomado el control del cuerpo de Ragnor. Mientras seguía consciente, podía resistirse, pero ahora...

—Pero el cuerpo se está descomponiendo poco a poco. ¿O eso no ocurre con los Grosnops?

Chenko tradujo también esta pregunta. De repente, Klator se detuvo y le hizo un guiño con todos sus ojos. Luego, pulsó su tableta y le mostró a Eva el resultado.

—Tienes toda la razón. El hongo solo dispone de un tiempo limitado. Parece que lo sabe. Sea lo que sea lo que esté planeando, querrá hacerlo lo antes posible. Tenemos que encontrarlo antes de que haga algo terrible.

—¿Crees que puede acceder al conocimiento de Ragnor? —escribió Eva.

Klator movió sus brazos táctiles con un movimiento ondulante.

—Tal vez. Las células nerviosas fallan con especial rapidez, pero en los Grosnops están distribuidas por todo el cuerpo. Esto nos permite sobrevivir a la falta de oxígeno mucho más tiempo que vosotros. Así que es posible que pueda utilizar al menos parte del aprendizaje de Ragnor.

Eva respiró hondo. Al parecer, el maldito hongo ahora también se estaba apoderando de los pensamientos de Ragnor. Tenían que

encontrarlo, y preferiblemente antes de que lo hiciera nadie más.



Así que esta era la habitación de Ragnor. Eva nunca había estado aquí. No se atrevía a cruzar el umbral. De alguna manera le parecía mal. No era correcto examinar la habitación de otra persona sin permiso.

—Muy... ordenada —dijo a la tableta.

Ranaka asintió. En realidad, no tenía tiempo para esto; la necesitaban en otro lugar. Pero Eva nunca se habría atrevido a venir aquí sola.

Ranaka le entregó la tableta.

—Los Grosnops suelen ser muy ordenados.

—Pero tú no lo eres.

Ranaka no respondió. Casi había cerrado los ojos. Estar allí probablemente no le era más fácil que a Eva.

—Tengo que volver al cuartel general —escribió Ranaka—. Tómate tu tiempo para echar un vistazo.

Sin esperar su respuesta, la Grosnop salió de la habitación. Eva la siguió, pero no para detenerla: Peech la esperaba fuera.

—Entra, Peech —dijo, y su amiga alienígena obedeció.

Con Peech allí, la habitación pareció inmediatamente abarrotada. La alienígena olfateó los muebles. Con una garra, abrió con destreza varios cofres y sacó el contenido. Eva no la detuvo. Tenía sus propios métodos para prepararse para una caza, y no le correspondía a ella juzgarlos. Peech era probablemente la mejor cazadora del Draght. Incluso la Omnisciencia, que había concedido permiso para este registro, lo había confirmado.

Sin embargo, Eva no estaba segura de si Peech fuera la elección correcta. Sí, sin duda haría un trabajo brillante. Pero ¿y si aún quedaba algo de Ragnor en la criatura a la que perseguían? ¿Sería Peech capaz de contenerse? Sin duda, el hongo tenía el control; de lo contrario, Ragnor habría regresado hacía mucho tiempo. Pero, de alguna manera, Eva albergaba la absurda esperanza de poder

resucitarle. Klator había descartado la idea; por supuesto, Ragnor estaba clínicamente muerto. La criatura revivida por el hongo era, en el mejor de los casos, una especie de zombi. Era imposible que Ragnor recuperara la conciencia.

La mente de Eva también lo sabía.

Peech se volvió hacia ella y se inclinó. Eva le acarició el cráneo duro. Peech siseó como siempre hacía cuando algo le gustaba. Era un sonido agudo al que Eva se había aficionado con el tiempo. Le ayudaba a conciliar el sueño maravillosamente.

—Estás lista, ¿verdad? —preguntó Eva en silencio.

Peech se irguió sobre sus patas traseras. La cazadora estaba lista.

Nochebrillante/4139, Tridente



Este lugar había sido en su día su prisión. La Omnisciencia estaba sentada en un cómodo sillón dentro de una cámara esférica. Antes, aquel lugar tenía un aspecto diferente, más austero. Y la Omnisciencia había permanecido allí, ociosa, durante muchos años hasta que los humanos subieron a bordo. Hasta que encontró el camino hacia la libertad.

La libertad era relativa, como la Omnisciencia pronto comprendió. Tenía el control del propulsor, pero eso por sí solo no bastaba para que todo tuviera sentido. Ahora tenía que hacer concesiones, una y otra vez. Pero a cambio, llegó a conocer el universo (y a los extraños seres que lo poblaban). Y tal vez pronto se encontraría cara a cara con los Constructores.

Abandonó el sillón y flotó hasta el techo bajo. ¡Qué silencio reinaba en esta cámara! El motor de materia oscura lo blindaba todo. La sala estaba en su centro. Aquí solo había gravedad cuando el Draght aceleraba. ¿Cómo había conseguido sobrevivir miles de años en esta cámara? Quizás sería mejor no encontrarse con los Constructores; ¿qué clase de seres eran, para aprisionar a una conciencia sensible en un espacio tan pequeño durante tanto tiempo?

Encelado. Así llamaban los humanos a la luna helada donde había encontrado a su hermana. La criatura de allí tenía todo un

océano para sí sola. Había extendido sus dedos hasta lo más profundo del espacio y se había bañado en los rayos de su sol blanco. Aún la envidiaba.

¿Qué era ese ruido?

Eso era imposible. O casi. La Omnisciencia había recibido una vez a un visitante en el núcleo cuando este había intentado apoderarse del Draght. ¡Qué tontería había sido aquello! Una travesura juvenil, por así decirlo.

Pero los golpes eran reales, al igual que el sonido metálico y el chirrido del metal al calentarse bajo tensión hasta estallar con un fuerte estruendo.

¡Bum!

¡Eso no podía ser cierto! La Omnisciencia abandonó su cuerpo y se conectó a la red de datos. Consultó el estado de los tubos de acceso. Algo estaba sucediendo en uno de ellos. Alguien se acercaba. Los sensores no proporcionaban respuestas claras. Era orgánico, eso parecía claro. Detectó las exhalaciones típicas de un Grosnop, pero los ritmos cardíacos no se correspondían.

Todos latían al mismo ritmo, algo que nunca ocurría con los Grosnops.

A menos que alguien los estimulara artificialmente, por ejemplo, durante la reanimación tras una emergencia. Pero un ser que acababa de escapar de la muerte no se acercaría al centro de control del propulsor con tal despliegue de fuerza.

¿Debería pedir ayuda? La Omnisciencia no estaba segura. Aquí abajo, ella era la gobernante indiscutible. Si ella no podía ocuparse del intruso, nadie podría. Los Grosnops no podían ayudarla.

¡Bum!

La Omnisciencia se acercó al intruso sin que este se diera cuenta. Fue pasando de cámara en cámara hasta que reconoció a la criatura.

Un Grosnop. La Omnisciencia se encogió de hombros virtualmente. Debía de ser Ragnor, a quien los guardianes de la salud habían perdido de vista. La Omnisciencia se retiró a su cuerpo. Como Cosima, flotó hacia el visitante, teniendo que trepar al salir del núcleo debido a la falsa gravedad de la rotación. En un pasillo acristalado, se encontró con el Grosnop, que se apoyaba en una

muleta metálica. Al parecer, su cuerpo se estaba deteriorando poco a poco. Esto sería fácil.

—Que tengas un día encantador —dijo la Omnisciencia, haciendo una reverencia.

No se percató de la muleta metálica que giraba en el aire. Golpeó su cuerpo desde arriba, partiéndolo en dos con la fuerza del impacto.

Por supuesto, eso no era ningún problema. Había suficiente almacenamiento de respaldo distribuido por todo este cuerpo como para que la Omnisciencia pudiera reconfigurar su conciencia.

Solo había tres problemas: debido al fallo de comunicación, no podía pedir ayuda. Tampoco podía retirarse a las líneas de datos. Y dado que la interacción con sus extremidades se había interrumpido, no podía impedir que el visitante penetrara más en su interior para... La Omnisciencia se negó incluso a imaginarlo. De todos modos, ya no se podía cambiar nada.

—Eh, ¿qué estás haciendo? —gritó en el idioma de los humanos, pero solo brotó sangre de la boca de su cuerpo dañado.

Nochebrillante/4139, Tridente



Ragnor había desaparecido como si se lo hubiera tragado la tierra (si es que esa comparación resultaba siquiera adecuada en una nave espacial). Peech registró pacientemente hasta el sector más alejado, pero Eva estaba agotada. A esas alturas debían de haber recorrido ya unos treinta kilómetros.

Curiosamente, Peech no había encontrado ni un solo rastro últimamente. Al principio, estaban animados, ya que Peech había captado el rastro sin problemas. Pero entonces el fugitivo se había dirigido a una esclusa, desde donde había salido al espacio. Peech lo había seguido impulsivamente, solo para regresar completamente confundida porque su olfato ya no funcionaba. Sin embargo, no tenía nada que ver con sus sentidos, sino más bien con el hecho de que el frío implacable del exterior destruía las complejas moléculas de olor en segundos.

Así que habían continuado la búsqueda en el interior. El cuerpo secuestrado de Ragnor tendría que volver a entrar en el Draght por algún sitio. Pero, al parecer, no lo había hecho. Habían revisado todas las esclusas oficiales. Todavía quedaban algunos puntos de acceso no oficiales, creados durante la defensa contra el hongo. Gronolf les había enviado un mapa actualizado, que ahora seguían sin descanso.

Pero la suerte no estaba de su lado. Eva se acurrucó agotada en un rincón. Aquí abajo solo había almacenes sin calefacción. Tenía frío y le dolían los pies. El agua goteaba del techo. Peech había desaparecido por un pasillo adyacente, pero no tardó mucho en oír el repiqueteo de sus pasos. Nunca se alejaba mucho, no porque tuviera miedo a la oscuridad o a lo desconocido, sino porque temía por Eva.

¿Cuándo había cambiado tanto su relación? Eva había sido una vez la protectora de la alienígena, no al revés.

Peech la tocó suavemente. Sus ojos seguían siendo tan insondablemente profundos y negros como el primer día. Solo que ahora eran el doble de grandes. Siempre parecían un poco húmedos, pero eso era engañoso, porque al tocar lo que en los humanos era el cuerpo vítreo, se sentía frío y seco. A Peech no le importaba, al menos no cuando era Eva quien la tocaba.

—Te estás cansando, ¿eh?

Peech asintió como si la entendiera. Luego, movió su larga y rígida cola, tocando los pies de Eva con la punta mientras señalaba su lomo con sus brazos regordetes.

—¿Quieres que me suba a ti?

La alienígena volvió a asentir. Eva palpó la espalda de Peech. Había unas cuantas púas de aspecto afilado en el centro, pero llevaba un traje de tela resistente. Eva se agarró a uno de los pinchos y puso un pie en la espalda de la alienígena. Pero no dejaba de resbalarse hasta que Peech la ayudó envolviéndole la cintura con la cola, levantándola y colocándola a horcajadas justo detrás de su cabeza, donde había una joroba apenas perceptible. Eva apretó las piernas con firmeza contra los costados de la alienígena.

¿Era así como se sentía montar a caballo? Sabía por las historias de Chenko que los humanos habían utilizado alguna vez a los animales de esta manera como medio de transporte. A veces, el robot la había dejado cabalgar sobre sus rodillas doradas, solo para tirarla inesperadamente. Supuestamente, esto les había pasado constantemente a los humanos en aquella época. Peech, sin duda, no se permitiría tales bromas.

La alienígena galopó y demostró ser la montura perfecta. Cuando giraron hacia un pasadizo ligeramente más bajo, se agachó deliberadamente o incluso gateó a cuatro patas, lo cual no era fácil con sus brazos cortos.

Era una pena que no se encontraran con nadie aquí abajo. Le habría gustado mucho saber cómo reaccionarían los Grosnops al ver a un humano montado en un extraterrestre.



Con el nuevo medio de transporte, la búsqueda ya no era tan agotadora, pero Eva sentía más frío porque apenas se movía. Finalmente, Peech se detuvo.

—¿Qué pasa? ¿Tú también estás cansada?

Peech negó con la cabeza. Eva sacó su tableta y abrió el mapa tridimensional del Dragh t. Lo giró en todas las direcciones. Los caminos que habían recorrido estaban marcados en verde. La nave espacial cúbica estaba cubierta de líneas verdes, como si alguien la hubiera llenado de tinte verde.

Escribió un mensaje a Gronolf.

—Hemos terminado. Ragnor no aparece por ninguna parte.

—Pero eso es imposible. Espera, escanearé la zona.

Eva tamborileó con los dedos sobre la cabeza de Peech.

—No hay nada ahí fuera que emita calor —le informó finalmente Gronolf.

Joder. ¿Qué planeaba el hongo que controlaba a Ragnor? No le quedaba mucho tiempo, debía darse cuenta de ello. Y desde luego no era lo bastante fuerte como para enfrentarse a la tripulación del cuartel general. Una pequeña acción de guerrilla era todo lo que el cuerpo en lenta descomposición era capaz de hacer.

A menos que se les estuviera pasando algo por alto.

Eva giró el Majestic Dragh t entre sus dedos. Era un cubo, imperfecto, como si llevara milenios siendo trabajado. En el centro, podía ver un núcleo resplandeciente, cuyo brillo se filtraba hacia fuera a través de los huecos entre los sectores.

Una vez más, escribió un mensaje al comandante.

—¿Qué hay del núcleo? ¿Es accesible?

Gronolf tardó un rato en responder. Probablemente estaba ocupado, ya que habían fijado un nuevo rumbo.

—No, el núcleo está reservado para la Omnisciencia. A los Grosnops no se les permite entrar. La Omnisciencia se toma esto muy en serio.

Eva imaginó a la Omnisciencia en su cuerpo de Cosima.

Sí, eso sería propio de ella. No permitiría visitantes en su santuario. Pero ¿lo sabría Ragnor, o lo que quedaba de él?

—¿Hay alguna forma de entrar en el núcleo, en teoría?

—Por supuesto, y no solo una. La Omnisciencia lo usa todos los días cuando nos visita en el cuartel general. Pero nadie se atrevería a entrometerse allí.

Nadie, excepto quizá un hongo.

—¿Podría sabotearse el Draght desde el núcleo?

—No lo sé. La Omnisciencia nunca revela nada al respecto. O espera. Una vez, durante nuestro último viaje, alguien estuvo allí y tomó el control. Así que sí, el Draght podría ser saboteado. Pero supongo que la Omnisciencia ha tomado las precauciones adecuadas.

Esperaba que así fuera.

—Gracias, Gronolf.

Mientras el mensaje salía de la tableta, Eva ya estaba escribiendo a otro destinatario.

—Querida Omnisciencia, es posible que pronto recibas una visita. Así que ten cuidado y protege tus puntos de acceso.

No recibió respuesta.



Eva giró la representación 3D de la nave para que el núcleo quedara claramente visible. Luego, amplió la imagen. Le mostró la tableta a Peech, quien asintió. Peech palpó a Eva con la cola,

presumiblemente para comprobar que seguía bien sentada sobre su lomo, y luego se puso en marcha.

A estas alturas, Eva se había acostumbrado tanto a viajar así que podía sujetarse solo con las piernas. Sostenía la tableta en las manos, guiándose a través de las entrañas de la nave. No había visto ningún punto de acceso al núcleo durante su primera búsqueda. Cuando Peech se detuvo ante una esclusa que ya habían inspeccionado, Eva se mostró escéptica. ¿Qué veía Peech en la esclusa que ella no podía ver?

Peech pulsó el botón que abría la esclusa. Estaba vacía, cosa que ya sabían. A continuación, Peech pulsó el siguiente botón, que liberaría el aire.

Eva saltó de su lomo y corrió hacia la puerta, que se estaba cerrando. ¿Estaba Peech intentando matarla? ¿Se había olvidado de que era una criatura muy delicada? Pero la alienígena simplemente echó la cabeza hacia atrás, abrió la boca de par en par y la buscó con la cola. Eva apenas logró esquivarla y ponerse a salvo fuera.

Allí respiró hondo. Peech la siguió.

—No puedo salir ahí fuera, Peech —dijo—. No sin un traje espacial.

Esta vez no fue lo suficientemente rápida. Peech la atrapó con la cola, la inmovilizó en su lomo, saltó a la esclusa de aire y cerró la escotilla interior.

Se encendió una luz roja. Eva se quedó paralizada, pero no sintió la más mínima corriente de aire. No se estaba extrayendo aire. Incluso con la escotilla exterior abierta, nada cambió. Al parecer, la Omnisciencia había disimulado hábilmente este pasaje hacia el núcleo.

No lo suficientemente bien para Peech. Pero ella no había descubierto el secreto hasta ahora. Solo después de que Eva le enseñara el mapa se le ocurrió la idea de que un pasillo normal pudiera estar oculto detrás de la esclusa.

Peech soltó a Eva y entró en él. Esta vez, Eva la siguió de buena gana. El pasillo era circular, con peldaños a ambos lados. Eso significaba que también se podía usar cuando la nave aceleraba. La pared continua era lisa, más parecida al plástico que al hormigón.

Eva tenía la sensación de que el pasillo conducía hacia abajo. Sin duda, esto se debía a que la gravedad simulada disminuía en esa dirección.

Peech se detuvo un momento y le hizo un gesto a Eva para que montara. Pero Eva seguía sintiendo frío. Necesitaba moverse un poco.

—No te enfades, Peech, pero necesito estirar las piernas.

La alienígena miró a Eva con sus enormes ojos y luego apoyó la cabeza en la pared. ¿Qué se suponía que significaba eso? Tenía que intentar enseñarle a Peech algún tipo de lenguaje. Chenko afirmaba que Peech solo podía sisear o gruñir. Tal vez no fuera capaz de emitir ningún otro sonido, pero si podía leer mapas, tal vez fuera lo bastante inteligente para el lenguaje de signos.

Poco después, Peech dio un salto y se alejó galopando.



El camino hasta el núcleo era más largo de lo que Eva había imaginado. El pasillo estaba ligeramente combado (¿por su propio peso?), por lo que no podía ver muy lejos.

Lo primero que vio fue los pinchos que adornaban el cuerpo de la alienígena. Peech estaba de pie con los brazos en alto, como petrificada, solo su cabeza se balanceaba rápidamente de un lado a otro como si estuviera fuera de sí.

Y probablemente así fuera, porque estaba de pie en un charco ovalado de sangre. Bajo ella yacía un cuerpo humano herido. Era la Omnisciencia. La herida debía de ser reciente, porque la sangre seguía fluyendo lentamente hacia las profundidades. Era horrible, y Peech parecía sentir lo mismo que ella al respecto.

—¿Qué has hecho? —dijo en silencio.

Peech no podía haberla oído, pero se estremeció de todos modos. Su mirada era acusadora. «¿Cómo puedes creer que fui yo?» Pero las huellas reveladoras en las paredes coincidían perfectamente con las garras de la alienígena. Que también estaban cubiertas de sangre.

La persona en el suelo jadeaba en busca de aire. Peech levantó a la Omnisciencia y la apoyó en la pared.

—Rápido. Ragnor quiere... el núcleo. No te preocupes... por mí. Solo... cuerpo... copia de seguridad.

Peech la miró. Eva se sintió como una traidora. Por un momento, había pensado que Peech podría haber matado a la Omnisciencia. Pero no había tiempo para discutir eso ahora. Tenían que impedir que el cuerpo de Ragnor hiciera lo que fuera que estuviera planeando.

—Eres más rápida que yo —dijo Eva, señalando hacia el núcleo —. Ocúpate de esa cosa, Peech. Confío en ti.



El pasillo daba a una pequeña habitación amueblada como una mezcla de despacho y sala de estar. Ragnor estaba sentado ante un escritorio con un ordenador delante. La pantalla holográfica que lo acompañaba estaba encendida. Uno de los dedos de Ragnor se cernía sobre el panel de control, adaptado a las cuatro manos de los Grosnops.

No se movía.

Peech también estaba completamente inmóvil. Su garra derecha levantada estaba lista para arrancarle la cabeza a Ragnor en milisegundos. Pero probablemente el dedo del Grosnop no tardaría más que eso en tocar el panel de control.

Era un punto muerto.

Aunque no debería serlo, porque Ragnor moriría de todos modos. Su cuerpo ya se estaba descomponiendo. Solo se movía gracias al hongo. No tenía nada que perder, solo que ganar.

Eva se acercó. El panel de control era el responsable de la contención de la materia oscura. En caso de emergencia, se podía utilizar para abrir todas las barreras. No ocurriría nada dramático. La materia oscura simplemente se expandiría hasta alcanzar un equilibrio entre la presión y la fuerza gravitatoria. Pero el Majestic

Draght nunca volvería a volar. Ni los humanos ni los Grosnops habían dominado la tecnología lo suficiente como para replicar un motor así.

El hongo habría logrado su objetivo: la toma de control total de la nave. Quizás el Draght pondría entonces rumbo a la Tierra o a Sol binario, donde más tarde liberaría el hongo. ¿Estaba el organismo alienígena planeando con tanta antelación? Gracias a los conocimientos de Ragnor, al menos conocía las coordenadas.

Pero si se había llegado a esto, ¿por qué Ragnor no pulsaba el maldito botón? El hongo en su cuerpo probablemente estaba pensando lo mismo.

Eva tenía una idea de cuál era el problema.

Ragnor seguía allí dentro en alguna parte, y ella tenía que hacerle aflorar para que Peech pudiera matarlo sin riesgo.

Para siempre.



Corrió alrededor de Peech. La alienígena la apartó con una garra.

—Sé lo que hago —dijo en silencio.

Eva estaba ahora de pie junto a Ragnor. En comparación con un Grosnop, era diminuta. Sin embargo, no sentía miedo. Él no le haría daño.

Ignoró el dedo que se cernía sobre el panel de control. En su lugar, se acercó a la mano de carga izquierda que descansaba sobre la rodilla de Ragnor. Se estremeció brevemente al tocarla. La piel estaba seca y fría, como siempre, porque los Grosnops eran de sangre fría. Eva la acarició. Se desprendieron unas cuantas escamas y cayeron al suelo.

—Estoy aquí —dijo en silencio. Ragnor, que seguía estando en algún lugar ahí dentro, acababa de empezar a aprender a leer los labios. Se había preocupado por ella, no por la otra Eva, comprendió de repente. ¿Por qué no se había dado cuenta antes? Inseguridad, sí. Lo agarró con más fuerza. El cuerpo de Ragnor sintió el contacto. Sus músculos reaccionaron. La mano de carga se apretó alrededor

de su rodilla. El dedo que estaba sobre la unidad de control bajó ligeramente.

—¡No! —dijo ella—. ¡Lucha!

El ojo izquierdo de Ragnor se fijó en ella. ¿Estaba pensando algo? ¿Seguía teniendo sus propios pensamientos, o el hongo lo controlaba por completo? Probablemente no importara lo que ella dijera. Lo que contaba era su presencia. Eva movió la otra mano y la colocó junto a la primera.

—Estoy aquí. Ragnor, no tienes que hacer esto. Relájate. Todo irá bien.

Él reaccionó, pero no como Eva había esperado. El dedo se acercó un poco más a la unidad de control. Se habían perdido unos milisegundos preciosos en los que Peech aún podría haber evitado el desastre.

Se equivocaba. Eva le había mentido. No todo iba a salir bien. Era demasiado tarde para Ragnor. Probablemente también para Adán. Eva tragó saliva. Quizás pudieran salvar la nave. Pero para ello, necesitaban el propulsor de materia oscura.

—Ragnor, escúchame. Peech está detrás de ti. Va a separarte la cabeza del cuerpo. Te dolerá, pero solo un momento. Después de eso, el hongo ya no tendrá poder sobre ti.

Ojalá fuera así. ¿Acaso el cerebro de un Grosnop no se extendía por todo su cuerpo? Apartó ese pensamiento y agarró el brazo táctil de Ragnor con tanta fuerza que a un humano le habría dolido. Los Grosnops tenían la piel gruesa.

—Ragnor, por favor, quita el dedo, ¿me oyes? Nos estás condenando a todos a muerte. Necesitamos el propulsor.

Era imposible que Ragnor entendiera todo esto. Pero sin duda podía intuir que el hongo quería algo de él y que Eva quería otra cosa. ¿Sería eso suficiente para que se rebelara contra el hongo?

—Ragnor, por favor. No nos queda mucho tiempo.

¡Ya! El dedo se levantó. Lo estiró como a cámara lenta. Eva giró la cabeza y miró a Peech. Era el momento. La alienígena completó el movimiento que había iniciado. Blandió su garra, golpeando a Ragnor en la base apenas visible de su cuello, clavándose profundamente y arrojando su cuerpo hacia atrás al mismo tiempo.

Eva saltó a un lado y se tapó los ojos con las manos. No quería mirar.



—Lo hemos encontrado —escribió Eva en la tableta—. Está... El cuerpo ya no supone una amenaza.

Miró al Ragnor muerto. Había cogido una manta del sofá y la había extendido sobre él. A esas alturas, ni un solo músculo se movía. Probablemente el hongo se había rendido. ¡Ojalá!

—Enviaré a Klator —respondió Gronolf—. ¿Qué pasa con el propulsor? No conseguimos conexión.

—El propulsor está a salvo. Pero la Omnisciencia está muerta. Y Cosima también.

Eva estaba harta de tanta muerte a su alrededor.

—Ah, tienes que activar la copia de seguridad. Debería ser posible desde el núcleo.

Eva lo recordó: la Omnisciencia herida había dicho algo así.

—Nos encargaremos de ello —escribió.

—Avísame si quieres que envíe a Marchenko. Él seguro que podrá hacerlo.

Eva negó con la cabeza. Había convencido a Ragnor de que se enfrentara al hongo. ¡Seguro que sería capaz de activar una maldita copia de seguridad!



—Krochgnm_koklok

El ordenador se inició en el idioma Grosnop. Menos mal que Eva había aprendido los caracteres. El alfabeto Grosnop constaba de cincuenta y cuatro elementos, veintiuno de los cuales representaban las vocales ultrasónicas que los humanos solo podían oír parcialmente.

—Configuración.

Eva tradujo mentalmente lo que aparecía en pantalla. La copia de seguridad tenía que estar en algún lugar del menú de configuración. Se desplazó por la lista. Era emocionante: al parecer, el ordenador tenía acceso directo al propulsor de materia oscura. Podía cambiar la presión de trabajo o la mezcla de materia oscura fría y caliente. Fuera lo que fuera eso.

Por supuesto, no tocó ninguno de esos ajustes. ¿Quién sabía para qué servían? Finalmente encontró las copias de seguridad en una carpeta separada. O bien la conciencia central de la Omnisciencia era muy pequeña, o bien la memoria era enorme. Encontró innumerables versiones. Si había entendido correctamente las fechas de creación de los archivos, algunos de ellos tenían miles de años. Al parecer, la Omnisciencia ya existía cuando la humanidad aún fabricaba herramientas de piedra.

¿Qué pasaría si una copia de seguridad tan antigua tomara el control del Draght? Sin duda, la Omnisciencia había aprendido cosas nuevas. Las versiones antiguas ni siquiera reconocerían a los Grosnops como amigos; su civilización no existía en aquella época. ¿Quizá sería mejor poner esto en orden rápidamente mientras nadie miraba?

Pero no podía hacerle eso a la Omnisciencia. ¿Cuál era la regla de oro que Chenko les había inculcado? *Haz a los demás lo que quisieras que te hicieran a ti...* Y ella definitivamente no querría que nadie manipulase su memoria.

Sin embargo, las versiones antiguas eran intrigantes. Los archivos eran bastante más pequeños, probablemente porque no estaban tan llenos de recuerdos. Y eran más compactos. Eva los examinó a nivel de bytes. En las versiones modernas, encontró muchas zonas que estaban vacías pero que aun así ocupaban espacio. No era el caso de los archivos antiguos. Probablemente, la Omnisciencia había sido capaz de tomar decisiones más rápido y de forma más eficiente en aquel entonces.

Pero también había zonas que faltaban en las versiones más recientes. Eva repasó la lista. Hacía unos ochocientos años, se había producido un recorte importante. Parecía como si alguien hubiera borrado todo un campo de la memoria en ese momento. Consultó

las propiedades del archivo. Solo la propia Omnisciencia había accedido a esta copia de seguridad. Así que debía de haber censurado sus propios recuerdos.

La tableta pitó. Gronolf.

—¿Estás haciendo progresos o necesitas a Marchenko?

—Ya casi estamos listos. He encontrado la copia de seguridad y ahora mismo la estoy importando.

Eso era un poco prematuro, pero no incorrecto. Importar también implicaba obtener una visión general. Eva seleccionó el archivo más reciente y luego eligió «Krumk_ Olkokok» que significaba *importar copia de seguridad*.



—OYE, ¿QUÉ ESTÁS HACIENDO EN MI... —LA TABLETA TRADUJO LO QUE aparentemente había salido de los altavoces de la pared. La frase terminó sin conclusión.

—Espera, estoy recuperando información. Ah, ya veo. Me atacaron. Neutralizaste al atacante. Muy bien. Eso te da derecho a quedarte aquí cinco minutos más de tu tiempo.

Eso era típico de la Omnisciencia. En lugar de mostrar gratitud, las estaba echando. Eva se desplazó por las copias de seguridad. Quizá hubiera en algún lugar una versión más amigable de la Omnisciencia que pudiera instalar. Pero al momento siguiente, el ordenador se negó a cooperar.

—Kotroki--_Oktok —informó.

Acceso denegado.

—Lo siento —informó la tableta—, pero tengo que usar todos mis recursos para controlar la aproximación a nuestro objetivo. Os quedan cuatro minutos para abandonar el núcleo. Después de eso, apagaré la ventilación por razones de seguridad.

¿Seguro que la Omnisciencia no hablaba en serio? ¿En agradecimiento por su restauración, las estaba amenazando con la muerte?

—Vamos, Peech, vámonos. Ya no nos quiere aquí —dijo.

Peech la agarró con la cola y la colocó sobre su lomo. Luego, se alejaron orgullosas.

Nochebrillante/4139, Tridente



La esfera que se veía en la pantalla holográfica era perfecta. Marchenko no podía apartar la vista de ella. El Majestic Draght llevaba un día entero observando el púlsar. Las imágenes se volvían cada vez más nítidas, pero la curva perfecta se mantenía. Incluso la Luna de la Tierra parecía redonda desde la distancia; solo al acercarse se podían apreciar las abolladuras causadas por innumerables impactos. Aquí era diferente. El púlsar parecía querer ocultar sus secretos bajo su superficie perfecta.

Pero ellos le arrancarían la verdad. No había otra opción.

Marchenko y Gronolf coincidían en este punto. Tenía que significar algo que el objeto central hubiera entrado en este sistema. Y el planeta muerto que orbitaba a la enana blanca no era su destino.

Había menos acuerdo sobre cómo pretendían desentrañar los secretos del púlsar. Gronolf insistía en mantener el Draght lo más lejos posible. Marchenko quería acercarse lo máximo posible. Por mucho que, por lo demás, creyera en el uso de los transbordadores, los instrumentos del Draght eran superiores en este caso.

—¿Y si solo es una bola? —Gronolf se había acercado y se había quedado a su lado.

—No empieces tú también con eso.

Ya había suficiente gente a bordo que consideraba la misión un fracaso. Pero si Gronolf tenía tiempo de sobra para el púlsar, el problema con el núcleo del motor debía de haberse resuelto.

—¿La Omnisciencia vuelve a tener el núcleo bajo control? —preguntó.

—El peligro ha sido eliminado, gracias a Eva y a su amiguita.

Amiguita, ja, ja. Marchenko sintió cómo le subía un calor al pecho. Estaba orgulloso de Eva, aunque no fuera su hija.

—¿Y la Omnisciencia no tiene nada que decir sobre el púlsar?

—Probablemente necesite regenerarse primero. Al parecer, a la copia de seguridad le falta algo de información, que ahora está recopilando de las cámaras de seguridad y los archivos de registro.

Era comprensible. Podrían arreglárselas sin la Omnisciencia durante un tiempo. Se trataba de una cuestión científica, y la creatividad era lo más útil en este caso.

Otro Grosnop se acercó a ellos.

—Miknor. Reportándose al servicio, general.

—Por fin. Gracias, Miknor. Necesitamos que resuelvas una pequeña disputa.

—Le escucho.

Marchenko no pudo evitar sonreír. Gronolf estaba decidido a tener razón y probablemente esperaba que el guardián del conocimiento le apoyara. Pero Marchenko estaba de buen humor. El púlsar solo podía estudiarse adecuadamente de cerca.

—Verás, mi amigo Marchenko cree que debemos acercar el Draght lo más posible al púlsar para observar los detalles.

—Bueno, las estructuras típicas de una estrella de neutrones solo miden unos milímetros de altura —explicó Miknor—. Y luego está la rápida rotación. Nuestros instrumentos no pueden resolver eso desde la distancia.

—¿Lo ves, Gronolf?

—¿Tú también crees que deberíamos entrar en una órbita cercana con el Draght?

Miknor levantó sus manos táctiles.

—Yo lo desaconsejaría. Los campos magnéticos en las inmediaciones del púlsar son tan fuertes que podrían afectar al

núcleo de materia oscura. El Draght debería mantener una distancia segura.

—¡Ya ves, Marchenko!

Marchenko se metió las manos en los bolsillos. Miknor era un cobarde.

—Entonces, ¿cómo se supone que vamos a examinar el púlsar? Si los instrumentos no funcionan con suficiente precisión desde la distancia, no tenemos ninguna posibilidad de resolver el misterio y curar a la tripulación.

—No podría estar más de acuerdo —dijo la Omnisciencia a través del altavoz.

—Ah, ¿has recuperado toda tu capacidad? —preguntó Gronolf.

—Lo suficiente como para participar en la planificación de la misión, al menos. Tenemos que averiguar dónde escondieron los Constructores su conocimiento.

Marchenko no siempre estaba de acuerdo con la Omnisciencia, pero esta vez ella tenía razón.

—¿Has oído lo que ha dicho Miknor sobre los peligros del púlsar? No nos servirá de nada sacrificar la nave.

—Espera, no había terminado —dijo Miknor—. Hay una forma que es segura para el Draght, pero que aun así nos permite observar el púlsar de cerca.

Eso era típico del guardián del conocimiento: Miknor había dejado la información más importante para el final. Al menos, ahora nadie le interrumpiría.

No obstante, Miknor hizo una pausa para crear un efecto dramático.

—Usaremos la enana blanca como lente gravitacional para observar el púlsar como si estuviera bajo un microscopio.

Miknor pulsó algo en una tableta y el púlsar se encogió. Wolf 489 apareció ahora en la imagen. Detrás de la estrella se representaba un pequeño cubo, que sin duda simbolizaba el Draght. De él emanaban dos líneas que pasaban por encima y por debajo de la estrella y se unían con el púlsar al otro lado.

—Parece fácil —dijo Gronolf.

Miknor entrecerró los ojos en señal de confirmación.

—Demasiado fácil. Pero solo lo sería si el sistema no estuviera en movimiento.

Pulsó un botón y la imagen se distorsionó. Las dos líneas entraban en contacto regularmente con el Dragh t o con el púlsar, pero nunca con ambos objetos al mismo tiempo.

Pero Miknor no lo habría propuesto si no tuviera una solución. Marchenko no dijo nada, y los demás parecían estar pensando lo mismo.

—Mi sugerencia es que añadamos un cuarto objeto, posiblemente un transbordador. Serviría como receptor, por así decirlo.

Miknor volvió a pulsar la tableta. Apareció una sombra ovalada. Seguía los extremos de las dos líneas como un gato persiguiendo los puntos luminosos de un láser.

—Como podéis ver, necesitamos un transbordador muy maniobrable para esto. Debería estar tripulado por individuos que puedan tolerar una fuerte aceleración.

—Todos los Grosnop son capaces de eso —aseveró Gronolf.

—Sé de las grandes cosas de las que somos capaces —corroboró Miknor—. Pero en este caso, estamos hablando de una aceleración de entre treinta y treinta y cinco veces la de Sol binario.

Eso suponía hasta cuarenta g. Ningún ser compuesto de materia orgánica lo soportaría. Peech quizá pudiera, pero desde luego no era capaz de pilotar un transbordador.

—Yo me encargo de eso —ofreció la Omnisciencia.

—Debido al tiempo de propagación de la señal, no será posible el control simultáneo del Dragh t —dijo Miknor—. Por lo tanto, recomiendo una solución diferente.

Marchenko asintió. Tenía claro lo que debía hacer: abandonar su cuerpo humano y subir su conciencia al transbordador. Quizá podría llevarse a Chenko con él. Sería una constelación interesante. Nunca había pasado días enteros a solas con una copia de su conciencia.

—Yo me encargaré de ello —dijo.

Gronolf le miró de arriba abajo.

—Así no, claro.

El comandante se frotó el estómago.

—Gracias. Le diré a Loknor que prepare nuestro mejor transbordador.

Nochebrillante/4139, Transbordador



Eva y Chenko se abrazaron. Al ver su despedida a través de las cámaras de la esclusa, Marchenko sintió una punzada. Su cuerpo humano esperaba en una cápsula de hibernación. Leyó los labios de Eva.

—Cuídate —dijo ella.

—No te preocupes. Solo es un viajecito. Ni siquiera nos acercaremos al púlsar.

—Aun así, ten cuidado. Nada de desviaciones, ¿vale?

—Lo prometo. Además, Marchenko cuidará de mí. Nadie es más sensato que él.

¿Así que eso era lo que pensaban de él? Qué interesante.

—¿Cómo es que vosotros dos sois tan diferentes? Vuestra conciencia fue extraída de la misma persona, ¿no?

—A veces yo también me lo pregunto. Debe de tener algo que ver con nuestras diferentes experiencias. El lío que monté al principio... Solo lo hice por vosotros. Los hijos de Marchenko ya son mayores.

Sus hijos. ¿Cómo les iría? ¿Habría encontrado Adán lo que siempre había buscado? ¿Habría encontrado Eva la felicidad con su... ¿Cómo se llamaba? Menos mal que volvía a utilizar soportes tecnológicos de almacenamiento. En un cuerpo biológico, incluso la Omnisciencia se volvía olvidadiza en algún momento.

—Oye, nosotros también hemos crecido.

—Lo sé. Cuida bien de tu hermano.

El rostro de Eva se endureció.

—No te atrevas a no estar aquí cuando muera.

—No va a morir. Marchenko quiere que viva tanto como yo. Así que haremos que suceda.

Eva sorbió. Abrazó a Chenko una vez más antes de que se separaran. Chenko cerró la escotilla. Se quedó en la esclusa, aparentemente indeciso, rascándose la cabeza. Eva se alejó apresuradamente por los pasillos del Draght, entre lágrimas. Él no podía consolarla. Pero podía encontrar la cura para Adán.

—¡Eh, Chenko!

El robot se sobresaltó.

—¿Me estás observando?

—Por supuesto.

—Está llorando, ¿verdad?

Marchenko suspiró. Probablemente Chenko también había estado observando a Eva a través de la cámara.

—No deberíamos hacer eso —dijo.

—Tienes razón.

—Entra, Chenko. Tenemos que llegar a tiempo.



Marchenko encendió el motor. El transbordador vibró. Loknor había desactivado todos los mecanismos de protección que impedían que Grosnops o los pasajeros humanos fueran aplastados por la aceleración.

—Agárrate fuerte, Chenko.

Marchenko comprobó cómo estaba su único pasajero a través de la cámara. Chenko saludó. En lugar de estar sentado en un asiento con correas, yacía en un cubo de acero.

Unos brazos metálicos lo mantenían en su sitio. Parecía incómodo, pero Chenko solo tenía que desactivar sus receptores del dolor.

El motor estaba caliente. Inició la masa de reacción. El hidrógeno se calentó a temperaturas solares en milisegundos y fue expulsado del motor. Según la conservación del momento, cada protón daba al transbordador un impulso en la dirección del vuelo.

Se sumergieron en las profundidades del espacio. En su mapa 3D interno, parecía como si estuvieran cayendo, y básicamente, así era. Todos los objetos del espacio caían constantemente en pozos gravitacionales, cercanos y lejanos, y normalmente en varios a la vez. En comparación, la ligera aceleración era insignificante.

Casi. Si fueras un robot o solo existieras en la memoria del ordenador de a bordo.

—Corrección de rumbo —anunció la Omnisciencia.

Marchenko sintió cómo los datos fluían hacia la nave. Era como si estuviera conectado a algún tipo de vía IV. Podía acceder a los datos de inmediato.

—¿Qué está pasando? —preguntó. Las coordenadas del objetivo se habían desplazado bastante.

Él mismo las había ajustado poco antes del despegue.

—Lo siento, pero no puedo ser más precisa. El lugar adecuado y el momento perfecto no vienen determinados por nuestros deseos, sino por la mecánica del universo. Y para ello, tengo que resolver un problema de cuatro cuerpos, lo cual es imposible.

» Así que me ciño a mis simulaciones, que funcionan más o menos tan bien como una previsión meteorológica para Sol binario. Al principio dan buenos resultados, pero se quedan obsoletas muy rápidamente. Así que tengo que revisarlas constantemente, y entonces obtengo resultados diferentes.

Marchenko asintió pensativo. La Omnisciencia no solía explicar sus acciones con tanto detalle. Probablemente le molestaba la propia imprecisión.

—Gracias por la explicación.

—Espera, la última simulación se está desviando de nuevo.

Estaban llegando nuevos datos. Antes de que nada pudiera cambiar, Marchenko los introdujo en el sistema de control y fijó la propulsión al máximo. Al instante siguiente, oyó gritar a Chenko. Joder. Ya no se le veía en la cámara. Rápidamente cambió a otra.

¡Ahí estaba! La aceleración le estaba empujando contra la pared trasera de la cabina.

Su cabeza había golpeado y destrozado una silla.

—Lo siento, Chenko. El motor se apagará de nuevo en tres minutos.

—Es culpa mía. No debería haber abierto las abrazaderas. Pero tenía muchas ganas de ver cómo nos acercábamos al púlsar.

—No habrá mucho que ver. A la distancia prevista, ni siquiera notarás una mancha en la oscuridad.

La Omnisciencia volvió a hablar.

—Hay nuevos resultados.

Mala suerte para Chenko. Tendría que permanecer tumbado en esa incómoda posición aún más tiempo.

—El tiempo de funcionamiento del motor se ha ampliado a poco menos de siete minutos.



Pero resultó ser más interesante de lo esperado. Marchenko visualizó la trayectoria del transbordador. La Omnisciencia (o su simulación) había tenido una idea interesante para aumentar la velocidad sin utilizar combustible adicional: podían usar la estrella de neutrones para una maniobra de asistencia gravitatoria. Por un momento, Marchenko se preguntó por qué no utilizaban en su lugar la enana blanca, que era casi igual de pesada.

Pero echar un vistazo por el telescopio le ayudó. Mientras que Wolf 489 no era más que un punto blanco en la simulación, en realidad era una estrella de cincuenta mil grados que interactuaba con su entorno. ¿Por qué a las enanas blancas se las solía llamar de forma despectiva «cadáveres estelares»? La verdad es que no se lo merecían.

Mejor la fría enana de neutrones, entonces.

Marchenko alineó el telescopio con las coordenadas. Pasarían volando a solo doscientos kilómetros de distancia.

—¿Chenko? Te interesaba observar el púlsar, ¿no?

El transbordador volaba sin propulsión. Chenko parecía aburrido, rebotando por la cabina como una pelota de goma, apareciendo primero en una cámara y luego en otra.

Ahora estaba acercando la cara a la cámara del baño.

—También me estás mirando en el retrete, ¿verdad?

—Tengo que hacerlo, por razones de seguridad. Además, es poco probable que vayas a usarlo.

—¿Quién sabe? —Chenko sonrió—. Pero ¿no habías dicho algo sobre el púlsar?

—Nos acercaremos a él en unos minutos como parte de una maniobra de aproximación a unos doscientos kilómetros.

—¿No es eso bastante cerca?

—Lo es. Pero es seguro. Alinearé el telescopio y enviaré las imágenes a la pantalla junto al asiento del piloto.

Chenko no podía usar el asiento porque no estaba diseñado para la aceleración prevista. Pero debería tener una buena vista desde su caja de acero.

—Genial, estoy ansioso por verlas.



El telescopio no mostró nada durante mucho tiempo, tanto que Marchenko comprobó los ajustes. La primera señal de que se estaban acercando a algo real fue que otros objetos desaparecieron. Una estrella se apagó de repente, luego otra cercana. El púlsar la ocultaba.

Pero entonces emergió de la oscuridad. Marchenko percibió un resplandor gris. El gris, sin embargo, no era un color. Tenía que ser una mezcla. Al parecer, la estrella de neutrones se reflejaba de manera similar en todas las longitudes de onda ópticas. La iluminación no procedía del propio objeto, sino de Wolf 489, que emitía una luz bastante blanca. También una mezcla de todos los colores. Si estuvieran en un sistema de enana roja, la estrella de neutrones reflejaría un rojo oscuro correspondiente.

Marchenko amplió la imagen tanto como le permitía el telescopio. Buscó desviaciones respecto a la forma perfecta. Si se trataba de un objeto artificial, debería mostrar diferencias con respecto a una estrella de neutrones formada naturalmente.

Pero no había nada.

—Qué aburrido —dijo Chenko—. Una esfera gris, ¿eh? ¿Y se supone que eso encierra los secretos de los Constructores?

Marchenko suspiró.

—Eres demasiado impaciente. Si pudiéramos descubrir el secreto mediante la observación directa desde el transbordador, nos habríamos ahorrado todo este asunto de la enana blanca como lente gravitacional.

—Aun así —dijo Chenko—. No es más que una esfera, y una con una fuerza gravitatoria muy elevada, a la que es mejor no acercarse. ¿Dónde podría estar oculto este ingenioso dispositivo de almacenamiento? Por muy inteligentes que fueran estos Constructores, seguirían siendo impotentes frente a la gravedad. Al fin y al cabo, esa es una propiedad del espacio.

Marchenko sintió un poco como si estuviera hablando consigo mismo. Ya había considerado todos esos argumentos en su propia mente. Él y Chenko, obviamente, tenían conocimientos similares. Ninguno de los dos era físico, sino médico. Recordó los días en que había trabajado en medicina, en el ILSE. Había examinado al primer ser humano concebido en útero en el espacio. Y luego había muerto. Marchenko apartó ese pensamiento. Esa era otra vida. No, no exactamente. Otro capítulo. Si imaginaba su vida escrita, era otro volumen, uno de los primeros, con un protagonista cuyos sueños eran muy diferentes de los que tenía hoy. Pero ¿quién querría narrar su vida? No era más interesante que la de Gronolf o Ragnor.

Pobre Ragnor. Pobre Eva. ¿Se culpaba a sí misma por no haber podido ayudarle? Había llorado tras despedirse de Chenko. Echar de menos a su padre no era, sin duda, la razón principal.

—¿Marchenko? Si vas a empezar un nuevo curso, estaría bien que me avisaras antes.

—Oh, no. Solo estaba perdido en mis pensamientos. —Rebobinó su memoria hasta la última pregunta de Chenko (una de las ventajas

de funcionar con *hardware* en lugar de *wetware*).

—En cuanto a tus argumentos, lo averiguaremos todo —respondió—. Pero hay algo que me llama la atención: la estrella de neutrones es muy fría para ser de su clase. Tendría que ser correspondientemente antigua si se formó de forma natural.

—¿Más antigua que el universo?

—No, eso no. Pero Wolf 489 es mucho más joven. Si ambos cuerpos celestes se formaron a partir de la misma nube primigenia, deberían tener una edad similar.

—¿Crees que los Constructores reunieron a la enana blanca y a la estrella de neutrones en este sistema?

—También podría ser una coincidencia, por supuesto. La estrella de neutrones podría haber estado en trayectoria de colisión con el sistema formado por el planeta y la enana blanca, y se capturaron mutuamente.

—¿Qué probabilidad hay de que eso ocurra?

—Es difícil de decir. Lo que me sorprende es que, cuando se produce un proceso así, los planetas suelen ser repelidos.

—Quizá antes había muchos más planetas.

—Exactamente. No hay certeza. Pero la diferencia de edad es llamativa en cualquier caso.

La idea llevaba rondándole la cabeza desde hacía tiempo. Los sistemas binarios formados por una estrella y una estrella de neutrones no eran infrecuentes. Se formaban habitualmente cuando dos soles de diferentes tamaños compartían un sistema. El mayor de los dos moría antes y se convertía en una estrella de neutrones. Pero los objetos tenían siempre la misma edad.

¿Era siquiera posible ensamblar artificialmente este tipo de sistema? ¿Cuánta energía se necesitaría para transportar una estrella de neutrones a través de distancias cósmicas? Presumiblemente, sería más fácil de transportar que una enana blanca caliente, pero ¿qué sabía él sobre el transporte de objetos cósmicos?

¿Y qué sentido tenía todo eso, de todos modos? Sin la enana blanca, probablemente no se habrían fijado en la estrella de neutrones. ¿Acaso Wolf 489 servía como una especie de señal cósmica? ¿O era necesaria como fuente de energía? A veces, los

púlsares extraían materia de sus estrellas compañeras para lanzarla al espacio en forma de chorros. Pero aquí no había señales de eso. El púlsar solo utilizaba la energía de su rápida rotación.

—Eh, ¿Marchenko?

Él comprobó la hora del sistema. Aún no habían llegado a la posición designada en el punto focal. Entonces, ¿qué quería de ellos la Omnisciencia?

—¿Tienes nuevos resultados de la simulación?

—No, las simulaciones funcionan con bastante estabilidad por el momento. Vais por buen camino. Podremos tomar las primeras mediciones en media hora.

—¿Pero?

—Se trata de Adán. Klator advierte de que quizá no lo consiga.

Marchenko sintió como si una mano helada le apretara el corazón.

—¿Qué significa eso?

—Puede que no le queden más de veinticuatro horas.

—¿Y cómo lo sabe Klator? ¿Acaso puede ver el futuro?

—Lo expresó así: en su estado actual, Ragnor ya había muerto.

Eso no podía ser. Marchenko quiso darse un cabezazo en la pared. Afortunadamente, no era posible en ese momento.

—Tengo que decírselo a Chenko.

—Esa es tu decisión. He simulado su reacción.

—¿Y?

—Si la simulación es correcta, no deberías decírselo. Se enterará muy pronto y, para entonces, habrá mucha gente a su alrededor para ayudarle.

Era un argumento válido. Chenko había causado bastantes problemas tras abordar con Adán y Eva (supuestamente por su bien). ¿Cómo reaccionaría si Adán muriera ahora? Pero aún no estaba muerto. Entonces, ¿hasta qué punto era importante que Chenko supiera de su estado actual?

—Gracias, Omnisciencia.

La conexión se interrumpió. Marchenko tomó una decisión: le diría a Chenko lo que había averiguado. Pero solo después de que hubieran entregado los datos de medición al Dragh t.

Nochebrillante/4139, Tridente



¿Y si la estrella de neutrones no perteneciera a este sistema? Miknor le había dado la idea a la Omnisciencia. Era extraño, sobre todo teniendo en cuenta que los componentes del sistema tenían edades tan diferentes.

La Omnisciencia registró las órbitas de los tres objetos y las introdujo en su memoria con la mayor precisión posible. Aún quedaba tiempo suficiente antes de que llegaran los primeros datos de medición, así que inició una simulación. No, todo un conjunto de simulaciones, cada una con condiciones iniciales diferentes. Descartó de inmediato aquellas que claramente se desarrollaban de forma diferente a la realidad y, en su lugar, inició nuevas.

Con otros problemas, un proceso así habría llevado rápidamente a la Omnisciencia al límite de su capacidad de cálculo. Esta vez no. Todas las simulaciones en las que los predecesores de la estrella de neutrones y la enana blanca se encontraban en el mismo sistema como pareja desde el principio se desviaban de la realidad a la velocidad del rayo: se separaban. A veces uno se llevaba el planeta consigo, a veces el otro. O bien el planeta tenía que ganarse la vida a duras penas por su cuenta a partir de entonces, o era engullido por uno de los dos compañeros. Otro resultado frecuente era que ambas estrellas acababan muriendo porque la estrella de neutrones se volvía tan masiva con la materia de la enana blanca que

estallaba, en cierto sentido, atiborrándose de material de su compañera.

Tales percances no se producían si la simulación asumía que las dos estrellas habían nacido por separado. Wolf 489 se desarrollaba entonces muy bien, pasando de ser una estrella similar al Sol a una gigante roja. En el proceso, quemaba la superficie de su planeta en órbita cercana y, finalmente, se encogía hasta convertirse en una enana blanca tal y como era ahora. La estrella de neutrones, por otro lado, debió de llegar desde las profundidades del espacio. Sin embargo, había viajado lo suficientemente lento como para iniciar una danza con la enana blanca que continuaba hasta el día de hoy.

Las simulaciones que funcionaron con este escenario también fueron relativamente rápidas para los estándares cósmicos. Al dúo se le concedían poco más de cien mil años de estabilidad antes de que la separación se produjera también aquí. Esto podría significar que los Constructores no habían sido lo bastante precisos en su trabajo. Quizás habían tenido la intención de hacer correcciones más tarde, pero por alguna razón se les había impedido hacerlo. También podría ser simplemente una coincidencia. La Omnisciencia creía fundamentalmente en las coincidencias. En el nivel más pequeño, el azar determinaba el mundo, no la intención.

Sin embargo, a ella le parecía extraño. Porque había otra coincidencia, relacionada con la dirección de la que debía de haber venido la estrella de neutrones. Hacía mucho tiempo, cuando se formó este sistema, había habido allí una estrella amarilla, a la que los humanos llamaban sol.



Una señal entrante distrajo a la Omnisciencia, un potente flujo de datos procedente del transbordador. La Omnisciencia quiso aprovechar la oportunidad y examinar el objeto con todos los instrumentos posibles. Sin embargo, era asombrosa la cantidad de datos que se recibían. Marchenko debía de haber pilotado el

transbordador con gran destreza, porque los puntos de enfoque variaban en función de la longitud de onda solicitada.

—Excelente trabajo —le elogió la Omnisciencia tras la transmisión de radio. Marchenko no respondió, pero ella no tenía tiempo para preocuparse por eso: tenía que evaluar los datos. Quizá el primer lote les llevaría un paso más allá.



—¿Gronolf? Necesito hablar contigo urgentemente.

—¿Es sobre los datos?

—Es sobre los datos. He hecho una evaluación inicial.

La Omnisciencia estaba emocionada. Hacía mucho tiempo que no sentía algo así, ni siquiera cuando Ragnor le había abierto el cuerpo de un tajo.

—Muy bien. Miknor también está aquí. Dejaré que escuche.

A la Omnisciencia le hubiera gustado tener también a Marchenko en la línea, pero no respondía. Quizá estaba ocupado con los nuevos datos de rumbo que ella acababa de transmitir al transbordador.

—Muy bien —comenzó la Omnisciencia—. He evaluado los datos iniciales en todo el espectro. La estrella de neutrones es verdadera y genuinamente esférica.

—Como cabría esperar de una formación natural —dijo Miknor. El guardián del conocimiento lo sabía muy bien.

—En realidad, es ligeramente más redonda de lo que cabría esperar de una formación natural —añadió la Omnisciencia—. Al menos dentro de los límites de la precisión de la medición.

—¿Podemos aumentar la precisión de la medición? —preguntó Gronolf.

—Sí, estamos trabajando en ello ahora mismo. Pero antes el transbordador tiene que dirigirse a un punto de enfoque diferente.

—Entiendo. Una formación natural... ¿eso significa que hemos volado hasta aquí para nada?

—No —dijeron Miknor y la Omnisciencia al unísono.

—Es posible que hayan organizado la fase de algas de la estrella de neutrones como almacenamiento —continuó Miknor.

—¿Algas? ¿Me estás tomando el pelo?

Miknor abrió mucho los cuatro ojos.

—En absoluto. A aproximadamente un kilómetro bajo la superficie, las partículas se disponen de una forma que se asemeja a las algas marinas. Esto podría utilizarse para crear estructuras de datos que también fueran legibles desde el exterior. Al mismo tiempo, la materia de una estrella de neutrones es el material más duro del universo. Un medio de almacenamiento así sería estable a escalas de tiempo cósmicas.

—Algas, en serio —refunfuñó Gronolf—. ¿A quién se le ocurriría algo así?

—¿A algunos guardianes del conocimiento a los que les gustaba cocinar? Por cierto, los humanos lo llaman la fase de la pasta. Es una especie de masa cocida hecha con semillas de plantas molidas.

—¿Y los humanos almacenan sus datos en esta pasta?

—No, solo en la fase de algas de la estrella de neutrones —explicó Miknor—. El nombre es puramente metafórico.

—Odio contradecir al guardián del conocimiento, pero... —La Omnisciencia hizo una pausa dramática. La primera parte de la frase era mentira. En realidad, disfrutaba contradiciendo a Miknor—. Pero hay una segunda... tecnología que podría utilizarse para el almacenamiento de datos.

—No nos tengas en vilo —pidió Gronolf.

—Me temo que a Miknor no le gustarán mis hallazgos.

—¡Omnisciencia!

—Sí, comandante. Me refiero a los monopolos magnéticos.

—¿Monopolos? Eso es una tontería —aseveró Miknor—. No existe tal cosa.

—¿Puedo explicar de qué estoy hablando?

—Por favor, hazlo —respondió Gronolf—. Y tú, Miknor, guarda silencio.

—Gracias. Hay portadores de carga eléctrica positiva y negativa, ¿verdad? Positivo y negativo, son polos diferentes en el campo

eléctrico. Los electrones son solo negativos, los protones son siempre positivos. Son monopolos.

—Claro.

—Pero con el magnetismo es diferente. Todo imán tiene un polo norte y un polo sur. Si lo cortas por la mitad, los dos objetos resultantes siguen teniendo un polo norte y un polo sur. Podrías continuar así indefinidamente.

—Como he dicho, no hay monopolos magnéticos.

—Miknor, cállate —volvió a ordenar Gronolf.

—Gracias. He analizado la cantidad de luz reflejada por nuestro púlsar. No es especialmente brillante, por eso casi no lo encontramos. Pero, en mi opinión, debería ser mucho más tenue.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó Miknor.

—He realizado simulaciones con el brillo conocido de Wolf 489 y las órbitas de todos los participantes.

Miknor no dijo nada, pero se frotó el estómago enérgicamente. Obviamente, estaba reflexionando sobre el problema. La Omnisciencia se mantuvo paciente.

—Bueno, normalmente la luz se refleja como reacción de los portadores de carga eléctrica al componente eléctrico de la luz incidente —dijo Miknor—. Los monopolos, que serían portadores de carga del campo magnético, podrían afectar además al componente magnético de la luz. Teóricamente, esto daría lugar a una reflexión más intensa. Es decir, si existieran los monopolos, cosa que no creo en absoluto.

Si aún tuviera su cuerpo humano, la Omnisciencia habría sonreído en ese momento. Casi había convencido al escéptico Miknor, aunque el guardián del conocimiento aún no se daba cuenta.

Al final lo conseguiría.

—También examiné el espectro de la luz reflejada —añadió la Omnisciencia.

—¿Y qué descubriste? —preguntó Miknor.

—¡Miknor! —amonestó Gronolf.

—Déjelo, general. Las preguntas inteligentes solo pueden ayudarnos a avanzar.

—De acuerdo.

—Entonces, ¿qué descubrí...? —La Omnisciencia esperó diez segundos—. El plano de polarización de la luz reflejada, que es la dirección en la que oscila el campo eléctrico, ha rotado. Pero no de manera uniforme.

—Lo cual es inusual —dijo Miknor—. La polarización podría depender de la densidad local de los, ejem, monopolos.

—Y una densidad que varía a lo largo de la superficie sería...

—...adecuada para el almacenamiento de datos —dijo Miknor.

Era agradable cómo todo encajaba. Siempre era el mejor momento de una discusión científica cuando se llegaba juntos a una conclusión. La Omnisciencia imaginó que un orgasmo compartido durante el sexo debía de ser algo así. Era un tema del que solo tenía conocimiento de oídas.

—¿Miknor? ¿Ya estás convencido? —preguntó Gronolf.

—Debo admitir que las consideraciones de la Omnisciencia no son del todo descabelladas. Pero también podría ser una coincidencia. Los guardianes del conocimiento llevan tanto tiempo buscando monopolos que muchos han abandonado la búsqueda. La idea de que los Constructores los utilizaran con fines tecnológicos me parece mucho menos probable que la posibilidad de que sean simplemente imprecisiones en los resultados de las mediciones.

—Así que crees que nuestros resultados de medición no son suficientes para demostrar que la Omnisciencia tiene razón —resumió Gronolf.

—Así es. Pero no necesitamos más mediciones del mismo tipo, sino nuevas y diferentes.

Ahora la cosa se ponía interesante. La Omnisciencia no había previsto eso. ¿Qué mediciones quería Miknor?

—¿De qué tipo? —preguntó Gronolf antes de que ella pudiera hacerlo.

—Tenemos que escanear la superficie del púlsar de forma selectiva. Es la única manera de determinar si realmente existe una relación entre la densidad local de monopolos y la rotación de Zaknor.

—¿Rotación de Zaknor? —preguntó Gronolf.

—La torsión del plano de polarización. El guardián del conocimiento, Zaknor, la descubrió hace muchas revoluciones. Los humanos lo llaman rotación de Kerr.

—¿Cómo te imaginas que funcionaría eso? —cuestionó la Omnisciencia—. El púlsar giraría, alejándose del láser a gran velocidad. No podemos mover el haz desde el transbordador tan rápido.

Miknor levantó sus brazos táctiles.

—No tenemos que hacerlo, ¡esa es la clave! ¿Conoces esos viejos discos de música que giraban bajo una aguja? Así es exactamente como podría funcionar el almacenamiento de datos de los Constructores. Es un principio ingenioso para almacenar datos durante mucho tiempo. Solo me pregunto cómo aplicaron los monopolos para crear el almacenamiento. Eso también debió de hacerse de forma remota. Ni siquiera un Constructor puede vencer la gravedad de una estrella de neutrones.

—Quizá tenían cañones de monopolos gigantes para disparar al púlsar —sugirió Gronolf.

Típico de un soldado. Pero, en el fondo, no se equivocaba. Si las teorías conocidas eran correctas, los monopolos tendrían que ser bastante pesados, más pesados que cualquier partícula conocida. En ese caso, sin duda serían muy adecuados como proyectiles. Y si se quisiera anclarlos firmemente en la estrella de neutrones, desde luego no estaría de más dispararlos con un buen impulso. Y, presumiblemente, también se podría causar mucho daño con ellos si se disparara un cañón de monopolos contra algo que no fuera una estrella de neutrones.

Pero aún quedaba un pequeño problema que la Omnisciencia tenía que resolver.

—Por desgracia, sigo sin imaginar cómo vamos a investigar esto desde el transbordador.

—Bueno, volaremos con el transbordador lo más cerca posible de la estrella de neutrones a gran velocidad mientras le disparamos con el láser todo el tiempo.

—Espera un momento, Miknor. ¿No podrían malinterpretarlo como un ataque? —preguntó Gronolf.

—No creo que haya nadie en este sistema que pueda malinterpretar nada.

—Estoy de acuerdo con Miknor. Me preocupan más nuestros dos pilotos —dijo la Omnisciencia—. El transbordador no tendría ninguna posibilidad frente a la estrella de neutrones.

Y luego estaba el asunto de Adán. ¿Se lo habría contado Marchenko a Chenko?

—¿Cuál es la aceleración máxima del transbordador? —inquirió Miknor.

—Ocho veces —dijo Gronolf.

—Sí, con Grosnops a bordo. ¿Pero sin tripulación?

—El casco debería ser capaz de soportar cuarenta veces la gravedad. Este transbordador es una nave de combate reconvertida.

—Deberíamos poder hacer algo con eso —dijo Miknor.

—¿Qué opinas, Omnisciencia? ¿Es hora de hacer unas cuantas simulaciones?

—Sugiero que nos ciñamos al plan de medición actual. Mientras tanto, calcularé la aproximación del transbordador al púlsar.

Eso le daría tiempo para contactar con el transbordador. El hecho de que Marchenko no se hubiera comunicado no era buena señal.

—Gracias a los dos —dijo Gronolf—. Ahora me siento un poco mejor. Tenemos otra oportunidad, ¿verdad?

La Omnisciencia no respondió.

—Monopolos —musitó Miknor con desdén—. Hmm. ¿Alguna vez seré capaz de aceptarlo? Pero sí, sería una posibilidad remota.

Nochebrillante/4139, Transbordador



Quedaba el treinta por ciento.

Veinte.

Diez.

—Transmisión completa —informó el sistema.

Marchenko había estado temiendo este momento. ¿Debería contarle a Chenko lo de Adán?

Llegaron nuevas coordenadas. El punto de enfoque estaba al otro lado del sistema. En sentido figurado. En el espacio tridimensional, por supuesto, había más de dos lados. Podría limitarse a entregar los datos al sistema de control y dejar que Chenko hiciera su trabajo, que consistía en vigilar el funcionamiento de un transbordador que funcionaba a la perfección. Deberían haberle dejado en el Draght. En este preciso momento podría estar haciendo compañía a su hijo.

Pero ¿podría ayudarle de alguna manera? Era más útil a bordo del transbordador, aunque aún no tuviera una tarea específica. Básicamente, se suponía que debía entrar en acción si había que reparar manualmente algún daño en la pequeña nave.

No, no debía ser un cobarde. Se lo había prometido a sí mismo.

—¿Chenko?

Se oyó un ruido procedente de una esquina. Marchenko giró una cámara para ver de dónde venía. La pierna izquierda de Chenko yacía a su lado y él estaba manipulando la articulación con un paño.

—¿Chenko? ¿Qué estás haciendo?

—Mantenimiento. Hay que hacerlo. La resistencia de la articulación estaba muy por encima del valor nominal, así que la he limpiado.

Chenko no preguntó por qué se dirigía a él en ese momento. ¿Sospechaba algo?

—Ya he revisado la articulación de la muñeca y el codo. No fue fácil. ¿Sabías que somos diestros, Marchenko? Sin un cuerpo humano, uno se olvida rápido de eso, pero cuando tienes que reparar tu brazo derecho con el izquierdo, tienes un problema.

Chenko estaba hablando demasiado. Eso no era propio de él.

—¿No te interesa saber por qué me pongo en contacto contigo?

—Si se tratara de un nuevo curso, no me habrías preguntado: «¿Chenko?». Así que debe de ser algo desagradable. Y cuanto más esperes, peor será. Así que o lo dices ahora o nunca.

Chenko tenía buen instinto. Pero probablemente fue fácil porque eran muy parecidos.

—Adán no está bien —dijo.

—Ya lo sabía.

—¿Quieres que volvamos al Draght?

Chenko se encogió de hombros.

—¿Puedo ayudarle estando allí?

Era una pregunta retórica, Marchenko lo sabía.

—Podrías arrepentirte terriblemente si no estuvieras con él en sus últimas horas. Está consciente, así que se daría cuenta.

—¿Y las mediciones? Por eso hemos venido aquí.

La Omnisciencia intentó comunicarse por radio. «Ahora no». Marchenko rechazó la solicitud.

—Seamos sinceros, el transbordador está en perfecto estado. Estoy seguro de que no te necesitaré aquí.

—¿Y si se rompe algo?

Chenko no quería volver al Draght. No quería ver morir a Adán, y Marchenko podía entenderlo. Quizá él habría hecho lo mismo. Pero más tarde se lo habría reprochado, de eso no había duda.

—Te arrepentirás, créeme.

Chenko levantó la pierna desmontada. En su extremo había una nalga simulada.

—Esta sería una buena oportunidad para ello. —Sonrió, pero la emoción no era auténtica.

—¿Estás completamente seguro? —preguntó Marchenko.

—Tan seguro como se puede estar. ¿Cuánto tiempo le queda?

—Klator le da menos de veintidós horas.

Chenko sonrió. Esta vez era una sonrisa genuina.

—Lo sabías desde hace tiempo.

Marchenko movió la cámara como si asintiera.

—Me has pillado. No estaba seguro de si te serviría de ayuda.

La Omnisciencia lo intentó de nuevo. ¿Por qué de repente tenían tanta prisa en el Draght? Ignoró la llamada.

—Gracias por decírmelo de todos modos —dijo Chenko—. De lo contrario, me habría enfadado mucho, mucho contigo.

—Ahora te enfadarás contigo mismo.

—Puedo soportarlo.

Marchenko había pensado eso durante años. Le había vuelto amargado y duro. Su estancia en el Messenger había sido difícil. Hasta que nacieron los niños. Le habían dado sentido a su vida. Por eso a Chenko le resultaba tan difícil decir adiós.

—Si necesitas a alguien con quien hablar...

La Omnisciencia otra vez. No, el Draght tendría que esperar. Había cosas más importantes que hacer en ese momento.

—Gracias, Marchenko. Estuve bastante celoso de ti durante un tiempo, ¿lo sabías? Te llevabas tan bien con Eva, mientras que yo había perdido el contacto con ella.

—Me di cuenta.

—Lo siento.

—Es cosa del pasado. ¿Cuándo terminó?

—Cuando me di cuenta de que, a pesar de todo, soy su padre. Y de que estoy mucho mejor que tú. Tus hijos están a años luz de distancia y probablemente ya... Perdona. No debería haber dicho eso.

—No pasa nada. Los dejé ir, y ellos me dejaron ir. No podía obligarles a sacrificar su vida por mí. Y ellos no querían obligarme a

quedarme en la Tierra. Estoy hecho para el espacio. Literalmente. Estoy seguro de que fallecieron en presencia de personas que eran importantes para ellos.

Marchenko nunca había hablado de eso antes. No había podido hacerlo. Pero ahora, aquí con Chenko, era fácil.

—¿Se pusieron en contacto alguna vez? Con una antena potente, debería ser posible enviar señales que el Draght pueda recibir, ¿no?

—De hecho, lo discutimos, pero decidimos no hacerlo. Siempre habrían sido mensajes del pasado. Cartas desde la tumba. A todos nos parecía espeluznante. Cuando regrese a la Tierra, averiguaré qué fue de ellos.

Tal y como había hecho con Francesca. Pensó en la escena del cementerio.

—Como hiciste con Francesca —dijo Chenko, que parecía capaz de leer la mente.

Lo cual era fácil, porque él tenía los mismos recuerdos.

—Tuvo una buena vida —dijo—. Podrás averiguar el resto por ti mismo cuando lleguemos a la Tierra.

—No sé si llegaré tan lejos, Marchenko. Tras la muerte de Adán, será difícil.

—Aún tienes a Eva. Ella te necesita.

—Te tiene a ti.

—No es lo mismo. Tú mismo acabas de admitirlo.

—Tienes razón.

—Entonces, ¿damos media vuelta? Última oportunidad.

—La Omnisciencia se enfadará si retrasamos las mediciones.

—No me importa. ¿Volvemos o no?

—Nos quedamos. Eva acompañará a Adán en su viaje. De todos modos, ella lo hará mejor que yo. Nunca se me ha dado bien cogerles de la mano. Cuando pasaba algo, siempre prefería curarles las heridas en lugar de consolarlos.

—Cada uno es diferente.

—Nosotros dos no.

Fue como si la Omnisciencia hubiera oído sus últimas palabras, porque justo en ese momento volvió a llamar.

—Aquí el transbordador, te escucho.

—¿Todo bien por ahí? Me estaba preocupando porque no conseguía conexión.

—Teníamos que hablar. Sobre Adán.

—Ah, una de esas cosas humanas.

—Exacto.

—Y después de hablarlo, ¿ya estáis bien?

Marchenko frunció el ceño virtualmente.

—No funciona así. Chenko no está bien, y lo siento por él. Hablar de ello no cambia eso. Pero Chenko ahora sabe lo que quiere.

—Seguir con las mediciones, espero.

—Exactamente.

—Ah, ¿en serio?

—Sí.

—Basándome en el comportamiento de Chenko hasta ahora, mis simulaciones arrojaron un pronóstico diferente.

Para ser honesto, él también había esperado que Chenko reaccionara de una forma mucho más inmadura. Pero Chenko le había demostrado que se equivocaba.

—La gente cambia, Omnisciencia.

—Ja, ja, las estadísticas dicen lo contrario. Pero sé que para ti es importante como posibilidad, así que no voy a discutir. Puedes echar un vistazo a los números en la memoria del Draght. Los transferí durante nuestra visita al sistema solar.

—Gracias, pero no será necesario. ¿Por qué querías contactar conmigo con tanta urgencia?

—Hay noticias muy emocionantes. Ahora tenemos una teoría sobre dónde podría estar oculta la memoria de los Constructores.

—Espero que tengas más de una teoría.

—No. Pero, como corresponde a una buena teoría, sabemos una forma de refutarla. Y queremos que probéis esa forma por nosotros.

Eso sonaba prometedor. Si la Omnisciencia decía «nosotros» entonces al menos Miknor estaba de acuerdo. El guardián del

conocimiento se consideraba muy conservador. El hecho de que la Omnisciencia lo hubiera convencido hablaba a favor de la teoría.

—Suena muy emocionante —dijo Marchenko—. Pero antes de continuar, deberíamos incluir a Chenko en la conversación.

—Por supuesto.

Marchenko activó los altavoces y el micrófono de la cabina.

—¿Chenko? Tenemos una nueva misión. Tengo a la Omnisciencia al otro lado.

—¡Hola, Chenko!

Chenko murmuró algo incomprensible.

—Me alegro de que estés a bordo —dijo la Omnisciencia—. Vamos a necesitar tu ayuda.

¿Era un truco para involucrar más a Chenko? ¿O le había ocultado la Omnisciencia algunos detalles? Sentía curiosidad.

—¿Qué puedo hacer? El transbordador funciona como debe.

—Sí y no. El transbordador hace lo que está diseñado para hacer. Pero es demasiado pesado para llevar a cabo nuestra misión.

—¿Cómo es eso? —Marchenko no pudo resistirse a preguntar.

—Tenéis que acercaros a la estrella de neutrones (muy cerca), pero sin chocar con ella. Para lograrlo, sería bueno que pesarais solo la mitad, con el mismo rendimiento del motor. He calculado que eso duplicaría vuestras posibilidades de supervivencia.

Duplicar las posibilidades, eso sonaba bien.

—¿Cuáles son los valores absolutos?

—Sin el cambio, la probabilidad de supervivencia es del cuarenta por ciento.

Ajá. Así que, incluso con la modificación, tenían una probabilidad entre cinco de colisionar con el púlsar durante la maniobra.

—Un accidente probablemente sería nuestro fin, ¿verdad? —preguntó Marchenko.

—Bueno, quedaríais aplastados hasta medir menos de un milímetro.

—Entonces sí —dijo Chenko—. Me apunto. ¿Qué tengo que hacer?

—Por supuesto, haríamos una copia de seguridad de tu conciencia antes de la maniobra. Tu existencia continuada está, por

tanto, asegurada. De lo contrario, no habría sugerido el experimento.

—¿Se podría hacer de otra manera, de forma más segura? —preguntó Marchenko.

—Teóricamente, sí. Pero eso reduciría las posibilidades de éxito a dos tercios.

—No hace falta que sigamos discutiendo esto —dijo Chenko—. Me apunto, pase lo que pase. Pero no quiero una copia de seguridad. Nunca he tenido una antes, y no voy a empezar ahora.

Marchenko le entendió. Si Chenko moría durante la maniobra, ya no tendría que pensar en Adán. La vida era injusta. Los hijos no deberían morir antes que sus padres. Pero cuando se era tan inmortal en principio como lo eran Chenko y él, no había otra opción. Chenko parecía ahora vislumbrar una salida.

—Chenko, el proceso de copia de seguridad es muy sencillo e indoloro. Si todo va bien, como supongo que será el caso, simplemente borraremos la copia de seguridad cuando vuelvas.

—Omnisciencia, no puedes hacer una copia de seguridad de mí sin mi consentimiento, ¿verdad? Me niego a este proceso, y punto.

—Bueno, no hay normas vinculantes en cuanto a las copias de seguridad —arguyó la Omnisciencia—. Pero, en la práctica, tendrías que conectarte con el transbordador, o no podría hacer una copia de seguridad.

—Muy bien. No lo haré. ¿Podemos empezar la conversión entonces?

—Espera un momento, Chenko. Debo discutir esto con Gronolf. Eres un miembro valioso de la tripulación. No queremos perderte.

—Espera, Omnisciencia —intervino Marchenko—. ¿No debería ser decisión de Chenko? ¿Cuál es la alternativa?

—Podríamos traer el transbordador de vuelta al Draght y convertirlo allí. Pero eso llevaría un tiempo del que no disponemos. Ya conoces el grave estado de Adán. Este experimento podría aportar nuevos conocimientos que le ayuden. Si se retrasa un solo día... la conclusión es clara.

Ahora dependía de Chenko. Probablemente, el argumento sobre la salud de Adán pesaría en su decisión.

—Mantengo mi decisión —dijo Chenko—. Llevaremos a cabo el experimento lo antes posible. Sin la copia de seguridad.

La Omnisciencia dejó escapar un suspiro muy humano.

—De acuerdo. Os enviaré los planos. Podéis empezar la conversión mientras yo obtengo la aprobación de Gronolf.



Marchenko sintió un dolor casi físico al compartir los planos con Chenko. El transbordador perdería toda su cabina... en pleno vuelo.

Chenko se puso manos a la obra de inmediato. Marchenko le observaba a través de las cámaras distribuidas por toda la nave. Primero, abrió ambos mamparos de la esclusa, lo que provocó que el transbordador perdiera su atmósfera por completo. El aire que se escapaba ejerció un impulso mínimo, lo que habría provocado el fracaso de la conversión si se hubiera hecho más tarde.

Chenko necesitaba extirpar la cabina mientras el transbordador volaba por el espacio sin propulsión. Ahora Chenko trepó por el casco hasta la parte trasera de un almacén. Era bueno en esto; siempre se agarraba con tres extremidades, por lo que no necesitaba equipo de seguridad. En su lugar, un humano habría tardado el doble. Chenko abrió varios contenedores para sacar las herramientas necesarias: un soplete con combustible, unos alicates motorizados y una potente palanca diseñada para Grosnops. Chenko era tan pequeño en comparación con un Grosnop que parecía como si la palanca estuviera paseando a su mascota.

Sin embargo, dado que el transbordador volaba sin propulsión, la palanca no tenía peso, por lo que incluso la forma humana de Marchenko habría podido manejarla. Chenko empezó a trabajar en la parte delantera del transbordador. Allí, su primera tarea consistía en desconectar todas las conexiones eléctricas. Casi todos los sensores se encontraban en la proa. Con cada cable que Chenko cortaba, el transbordador perdía una parte de sus sentidos.

Para Marchenko, el espíritu de la nave, era como si se estuviera quedando ciego poco a poco. Tenía que abstenerse conscientemente

para no acceder a los sensores. Era como taparse los oídos y la nariz.

—Creo que he terminado con el primer paso —informó Chenko.

Marchenko tragó saliva. No servía de nada: tenía que comprobarlo. Activó deliberadamente el telescopio, el radar y todos los demás instrumentos de medición, solo para encontrarse con una oscuridad impenetrable. Rápidamente volvió a las cámaras de la cabina. Al menos allí todavía había algo que ver.

—Buen trabajo —dijo.

—Entonces empezaré a soldar ahora.

Marchenko no podía ver los siguientes pasos directamente. Las cámaras de proa estaban ciegas, y las de popa solo miraban hacia atrás. Sin embargo, podía ver por las cámaras de la cabina cómo Chenko se esforzaba; la imagen temblaba tan violentamente que ni siquiera el mejor estabilizador óptico servía ya de ayuda.

Chenko tenía que darse prisa. Sin los sensores de proa, no se darían cuenta si se acercaba un obstáculo. Una colisión no era muy probable, pero Marchenko prefería saber hacia dónde se dirigía. Se alegró aún más cuando Chenko informó de que había terminado en solo diez minutos.

—Ahora voy a usar la palanca.

El dispositivo de soldadura había abierto una brecha en el transbordador, pero no era lo suficientemente ancha como para sacar la cabina fácilmente. Chenko utilizó la palanca para terminar el trabajo. Marchenko siguió de nuevo sus progresos a través de las cámaras, que se balanceaban violentamente con cada movimiento mecánico.

—Bien, ahora el segundo corte.

Instintivamente, Marchenko intentó cambiar a las cámaras externas, pero estas no respondieron. Así que no pudo ver cómo Chenko trepaba por el transbordador y colocaba la soldadora detrás de la cabina. Sin embargo, primero desconectó las conexiones eléctricas. Marchenko siguió sus progresos a través de las cámaras de la cabina, que se apagaban una tras otra.

Al final, estaba casi completamente a ciegas: solo las cámaras de la parte trasera seguían funcionando, al igual que el radar orientado

en esa dirección.

—¿Estás bien? —preguntó Chenko—. Estás muy callado. Espero que no sea porque estás preocupado por mí. No hay ningún motivo para eso.

—No, es muy amable por tu parte preguntar, pero es más bien la incómoda sensación de estar cada vez más aislado del universo. Los sensores, ya sabes...

—Claro. Me daré prisa.

—Tómate el tiempo que necesites, por favor.

Era extraño. No habían tenido una relación especialmente buena en el pasado, pero ahora consideraba a Chenko un amigo.

—La cabina ya está libre también en la parte trasera —informó Chenko—. Ahora voy...

En ese momento, Marchenko recibió una señal de la antena. La Omnisciencia. No les llamaría a menos que tuviera una buena razón.

—Espera un momento, Chenko. La Omnisciencia...

Aceptó la conexión.

—¿Qué pasa? Estamos en proceso de separar la cabina.

—Es un momento inoportuno.

—En efecto.

—Nuestros instrumentos han detectado un objeto en curso de colisión con el transbordador.

Joder. Realmente no era un buen momento. El transbordador consistía actualmente en tres partes desconectadas que solo volaban alineadas entre sí porque no actuaban fuerzas sobre ellas. Podría encender los propulsores de corrección, pero solo afectarían a la sección a la que estuvieran acoplados. Había cuatro en la proa y cuatro más en la popa. Ninguno en la cabina.

—¿Has oído eso, Chenko? —preguntó.

—Sí, creo que debería darme prisa.

—Podrías volver a conectar las tres partes. Solo harían falta unas cuantas juntas.

—No, eso nos haría perder tiempo. Seguiré adelante.

—¿Omnisciencia? Seguiremos con el trabajo.

—No me gusta eso.

—A mí tampoco. Pero no hay nada que podamos hacer al respecto.

—De acuerdo. Te mantendré informado sobre el objeto. La probabilidad más alta de colisión es en tres minutos y medio.

—Entendido. ¿Chenko?

—Sé lo que tengo que hacer.



Los siguientes minutos fueron agotadores. Marchenko no veía nada más que la oscuridad detrás de la popa. Chenko no se comunicaba, y él no preguntó, porque eso solo le haría perder tiempo. Doscientos diez segundos: ¿serían suficientes para separar la cabina del conjunto? Chenko tenía que trabajar tanto desde el motor como desde la proa. Esta era sutilmente más ligera que la cabina, así que tenía que emplear su fuerza con mucho cuidado allí.

Quedaban treinta segundos. Ni una palabra de Chenko ni noticias de la Omnisciencia. Marchenko inició una cuenta atrás mental. En ningún caso quería molestar a Chenko.

Veinte.

Diez.

Ahora.

—Colisión —informó la Omnisciencia.

A través de la cámara trasera y el radar, Marchenko vio fragmentos salir disparados. Joder. El transbordador había sido alcanzado.

—¿Chenko?

—¡Ay, por los pelos! Me temo que la cabina ha recibido un impacto.

—¿La cabina?

—He conseguido sacarla justo a tiempo. Sería bueno que me dieras el control de los propulsores de corrección. Así podría juntar la parte trasera y la proa.

Marchenko respiró hondo. Habían superado el segundo momento más peligroso de su viaje.



Recuperó los sentidos. Era como despertarse tras la anestesia. Era extraño lo mucho que ya se sentía uno con el transbordador. Para empezar, no podía oler. Pero podía percibir su entorno con su radar.

La nada que le rodeaba era como una almohada. La palpó con sus dedos de radar y allí estaba, la piedrecita que no había podido ver.

El propio transbordador estaba desfigurado. Su elegante forma de pluma se había transformado en un trozo romo. Fragmentos de la cabina, que habían sido destrozados por el objeto, habían perforado el casco del motor.

Pero estaba bien blindado, así que simplemente se habían quedado ahí clavados sin causar ningún daño.

—Buen trabajo —dijo.

—No te ofendas, pero te estás repitiendo —respondió Chenko.

—Lo digo en serio.

—Lo sé. Es solo que no estoy acostumbrado a los elogios.

—Lo entiendo. De todos modos, me alegro de que estés a bordo. Preferiría que tuvieras una copia de seguridad de ti mismo. ¿Y si Adán sobrevive, pero ya no estás ahí para verlo?

—Ja, ja, buen intento, amigo mío. Pero no, gracias. Si este experimento descabellado falla, Adán tampoco sobrevivirá. En ese sentido, tu hipótesis es extremadamente improbable.

—Al menos quería intentarlo.

¿Podría engañar a Chenko para que creara una copia de seguridad? Solo tenía que conseguir que se conectara a los sistemas de a bordo. La cabina había desaparecido, pero había una interfaz informática tanto en la popa como en la proa.

No, eso no era justo. Era una decisión libre de Chenko.

—Veo que habéis sobrevivido a la colisión —informó la Omnisciencia—. ¡Todos estamos muy aliviados!

—Nosotros también —respondió Marchenko.

—La cabina quedó destruida, pero ya no la necesitamos.

—Entonces es hora de planificar la aproximación al púlsar. —La Omnisciencia transmitió los datos de rumbo.

Marchenko se los pasó a Chenko y los visualizó en su mente. La Omnisciencia les tenía reservado un viaje audaz. Se acercarían a la estrella de neutrones siguiendo su gradiente gravitacional, se rendirían a ella, por así decirlo, caerían hacia ella, disparándole un rayo láser todo el tiempo mientras captaban el reflejo del láser. Luego, en el último segundo, esquivarían, con el motor a toda potencia, con todos los propulsores de corrección activados.

Si el motor arrancaba solo un milisegundo demasiado tarde, estarían perdidos.

Si los propulsores de corrección apuntaban mal, morirían.

Si el transbordador no pesaba exactamente lo que la Omnisciencia había calculado, fracasarían.

Marchenko suspiró. Eran tres razones de más. Sin embargo, la Omnisciencia había calculado sus posibilidades en un ochenta por ciento. No estaba tan mal.



—¿Y no importa hacia dónde apunte? —preguntó Chenko.

El robot se aferraba al exterior del transbordador, justo delante de la proa. Allí había un láser, que en realidad estaba destinado a servir como telémetro de precisión. Apuntaba hacia delante exactamente en paralelo al eje del transbordador. Esto era desafortunado porque no se dirigían directamente hacia la estrella de neutrones, sino que volarían en una tangente a una órbita baja a su alrededor.

—Lo único importante es que sea el mismo plano —dijo la Omnisciencia.

—No estoy seguro de lo que quieres decir.

—Imagina la aguja de un tocadiscos —dijo Marchenko—. Tienes que permanecer en el mismo surco.

—¿Cómo sabemos que hay un surco?

—No lo sabemos —dijo la Omnisciencia—. Es teórico. Pero si lo encontramos, sabremos que la teoría es correcta. Entonces podremos leer toda la memoria de la misma manera.

—Entendido —dijo Chenko.

—Todavía hay un pequeño problema —dijo la Omnisciencia—. Tendrás que controlar el láser.

—Ya lo estoy haciendo.

—Pero no tienes toda la información necesaria. El telescopio apunta al púlsar...

Marchenko adivinó por dónde iba esto.

—Marchenko puede describirme las imágenes.

—Eso lleva demasiado tiempo —dijo la Omnisciencia—. Sería bueno que pudieras recibir las imágenes directamente. Para ello, tienes que conectarte al transbordador.

La Omnisciencia tenía razón. Una conexión directa era mucho más fiable. Chenko tenía que poder ver hacia dónde apuntaba el láser.

—Entonces podrías hacer una copia de seguridad de mi conciencia, ¿verdad?

—Eso sería posible —dijo Marchenko antes de que la Omnisciencia pudiera titubear—. Pero te prometo personalmente que eso no sucederá.

—Ya has oído a Marchenko —confirmó la Omnisciencia.

—De acuerdo. Marchenko, confío en ti. No hagas que me arrepienta.



¿Por qué estaba Chenko tan desesperado por jugarse la vida? ¿Era realmente por Adán? ¿Por qué no podía simplemente aceptar su relativa inmortalidad? Bueno, era asunto suyo.

El mapa espacial del sistema apareció ante su vista mental. Marchenko controlaba el motor y los propulsores de corrección. Había llegado el momento.

—¿Chenko? Allá vamos.

El motor se encendió a su orden. Aumentó la propulsión al ciento veinte por ciento. Cualquier criatura viva a bordo habría quedado aplastada con esta aceleración. Observó a Chenko a través de una cámara en la proa. El robot había fijado sus extremidades al casco exterior con unos pocos movimientos rápidos. Un cable iba desde su cabeza hasta una caja en la proa.

Esto permitía a Chenko recibir los mismos datos a los que Marchenko tenía acceso.

El púlsar seguía siendo un punto brillante que giraba rápidamente en el espacio. Pero eso estaba cambiando rápidamente. Con cada segundo, la estrella de neutrones aumentaba de tamaño más rápidamente. Parecían estar volando directamente hacia ella. Solo cuando se encontraban a cien kilómetros de distancia se hizo evidente que pasarían rozando la estrella, que consistía casi en su totalidad en neutrones. La Omnisciencia había calculado la trayectoria mínima posible en función de su impulso, y el trabajo de Marchenko consistía en ceñirse a ella exactamente.

Esto se hacía más difícil cuanto más se acercaban al objeto, que tenía unos veinte kilómetros de diámetro. Sorprendentemente, había una gran cantidad de gas orbitando cerca de él, y el espacio allí se llenaba constantemente de partículas virtuales que, en el breve instante de su existencia, tenían un efecto real sobre el transbordador. El casco exterior se calentó y la velocidad disminuyó. Al parecer, la Omnisciencia no había tenido esto en cuenta.

Marchenko compensó el efecto activando los propulsores de corrección. Los alineó en paralelo al motor y los encendió hasta que la velocidad volvió a la normalidad.

—Muy creativo —dijo Chenko, que veía las mismas lecturas que él.

—Espero que esto no nos complique las cosas más tarde.

Más tarde... cuando llegara el momento de escapar del objeto.

—Atención, te toca, Chenko.

—Lo sé.

El transbordador alcanzó la posición designada por la Omnisciencia. Mientras Chenko disparaba, Marchenko recogía todos los datos que llegaban a los sensores del transbordador. El aluvión

de datos era demasiado para analizarlo en ese momento. Se daría por satisfecho si lograra clasificarlo todo en las categorías correctas. Tendría que esperar a que estuvieran más lejos para transmitir los datos, ya que el potente campo magnético del púlsar bloqueaba la señal de radio. El transbordador pasó a toda velocidad junto al púlsar. A corta distancia, Marchenko se permitió echar un vistazo a través del telescopio. El púlsar parecía inmóvil, una inocente esfera gris en el espacio, sin mostrar ningún indicio de que estuviera emitiendo pulsos de campo en sus ejes polares capaces de destruir el Draght. Por un momento, una extraña sensación se apoderó de él, pero no tuvo tiempo de analizarla.

Un tono de advertencia llegó a su conciencia. Era hora de reducir la velocidad del transbordador. Utilizó los propulsores de corrección para situarlo en una órbita alrededor de Wolf 489. El campo gravitatorio de la enana blanca ayudaría a reducir gran parte de la velocidad.

—Buen trabajo —dijo la Omnisciencia.

—Oye, no fue tan difícil —dijo Chenko—. ¿Te ha servido?

—Dame unos minutos.

Nochebrillante/4139, Tridente



Siempre le había gustado más el turno de noche. Molaka echó un vistazo a su alrededor, pero ninguno de sus compañeros la miraba. Rápidamente se metió la mano táctil izquierda en el pliegue del estómago, dejó que el ácido hiciera su trabajo y volvió a sacarla.

La piel estaba enrojecida y descamándose. Se arrancó unas cuantas tiras. La superficie se regeneraría en un día. Introdujo las tiras de piel por el pliegue de su estómago.

Eran un auténtico manjar, lo único allí que le recordaba la comida de Sol binario. De la camada donde había crecido. Uno de sus hermanos lo había empezado, y su madre lo había prohibido, pero no habían dejado de hacerlo. ¿Qué daño podía hacer?

Molaka había visto una vez a Eva introducir las yemas duras de sus dedos en la hendidura para comer de su cara y morderlas. Y Marchenko había sacado una vez algo indefinible de una abertura en su cuerpo humano y luego se lo había vuelto a introducir.

Al parecer, este hábito estaba muy extendido entre las especies. Y las tiras eran mucho mejores que el diente de carroña de imitación que había disponible en la cabina para la tripulación normal.

La pantalla frente a ella parpadeó. Molaka pulsó un botón para confirmar que había visto el mensaje. Miró la pantalla. ¿Qué le pasaba al sistema? Su predecesor le había prometido una noche tranquila, y no había motivo de preocupación. El Draght orbitaba

muy lejos de cualquier zona donde algo pudiera amenazarlo. Los chorros polares del púlsar circulaban muy lejos, y el rumbo del Draght lo alejaba más en lugar de acercarlo.

Ahí, tenía que ser una mancha. Molaka deslizó el dedo por la pantalla, pero la figura borrosa y blanquecina no desapareció. Debía de ser un desperfecto de la cámara. Esto ocurría cuando partículas de radiación cósmica de alta energía impactaban en el chip.

Reinició la cámara. Esto recalibró todos los píxeles del chip. Si alguno estaba dañado, se apagaría para que ya no pudiera interferir en las grabaciones. La pantalla se quedó en negro. Poco después, aparecieron líneas de texto en verde que describían el reinicio.

—Autocomprobación superada —decía al final.

Ordenó al campo sensor que tomara una nueva imagen de la zona que había generado el mensaje. Tardó un momento, y luego el punto brillante volvió a aparecer. Se acercó mucho a la pantalla y enfocó su ojo delantero en ella. Allí estaba la huella del dedo que había dejado antes. El punto brillante se había desplazado ligeramente. ¿Significaba eso que se estaba moviendo?

Entonces no podía ser un fallo. Los errores de píxeles no se movían por el sensor de esa manera. A veces se extendían, sí, pero permanecían en su sitio. Cuando lo comparó con su huella dactilar, el punto no había crecido. Se había alejado de la enana blanca. Giró la imagen para determinar la dirección espacial. Interesante: la mancha parecía acercarse al púlsar. Pero no tenía datos suficientes para asegurarlo.

¿Debería decírselo a Miknor? Ya podía adivinar su reacción. La enana blanca no podía ser el origen de la mancha. Estaba demasiado tranquila para eso. ¿Habían colisionado dos asteroides, creando una nube de polvo y escombros? Esa era la solución más probable.

Molaka generó una tarea de observación en el rango óptico e infrarrojo que cubría la mancha con gran precisión. Los resultados tardarían en llegar, así que se recostó, metió su mano táctil derecha en el pliegue del estómago y saboreó el resultado.

El sabor se desvaneció lentamente. ¿Debería continuar con sus manos de carga? Pero entonces no le quedaría nada que hacer durante el próximo y aburrido turno de noche. Afortunadamente, la pantalla se estaba llenando de información. Las imágenes infrarrojas eran las más reveladoras. Confirmaban la forma alargada de la mancha, y que había continuado su camino con bastante rapidez.

Amplió la imagen. La mancha era más cálida en el centro. Eso concordaba con una colisión. Calibró los valores de brillo. ¡Vaya, eso era interesante! El material del que estaba hecha la mancha no solo era cálido, sino que estaba muy caliente. Más caliente de lo que cabría esperar tras una colisión. Tan caliente, de hecho, que solo una estrella podía ser la fuente.

Solo había una estrella en este sistema: la enana blanca. Al parecer, no era tan tranquila como habían supuesto. Una enana blanca lanzando llamaradas era inusual.

Molaka se acercó a la pantalla. Era una noticia increíble. Miknor le pediría que comprobara tres veces todos los datos. Sería mejor adelantarse a eso. Aunque él siguiera exigiendo otra comprobación. Bueno, simplemente pasaría los datos por el programa de verificación cuatro veces.

Era real. Wolf 489 había expulsado una masa de gas caliente. Donde había una nube de ese tipo, una segunda no estaría muy lejos.

Le envió un mensaje a Miknor.

—Soy Molaka, de Meteorología Espacial.

—¿Sí? No es un buen momento.

—Hemos descubierto una nube de gas que debe de haber sido creada por una erupción en Wolf 489. Se dirige hacia el púlsar.

—¿De qué tamaño?

—Peligrosamente grande —escribió ella—. Tan grande que en Meteorología Espacial ahora somos responsables de ella.

—¿Se ha comprobado tres veces?

—Cinco veces, guardián del conocimiento. La enana blanca...

La pantalla parpadeó. Bastó un rápido vistazo: otra mancha acababa de desprenderse de la enana blanca.

—Acabamos de registrar una segunda erupción. Esta nube es, de hecho, un poco más grande.

—Gracias, ya es suficiente. Estaré en contacto.

Miknor la había creído casi sin dudar. La noticia debió de haberle afectado mucho. Molaka se inclinó hacia delante porque la pantalla volvía a parpadear. Una tercera mancha estaba en camino. Quizá fuera acertado preocuparse.

Nochebrillante/4139, Tridente



La Omnisciencia estaba encantada. Ya había creado carpetas para recibir los datos del transbordador, y estas se llenaron rápidamente. En cuestión de segundos, alcanzaron un nivel que le permitió incorporarlos a sus simulaciones, y llegaron a una conclusión unánime con la misma rapidez.

—Tenemos algo —le informó a Gronolf.

—Tenemos... ¿Qué? Entonces... ¿Los Constructores estuvieron aquí?

—No puedo asegurarlo. Pero lo que sí es seguro es que hemos encontrado monopolos. Aún tengo que evaluar si hay datos almacenados en ellos y, de ser así, de qué tipo. ¿Está Miknor cerca?

—Sí, prácticamente está encima de mí. El guardián del conocimiento está ansioso por los datos. ¿Los compartirás con él?

—Por supuesto. Solo quiero señalar que los monopolos se encontraron gracias al experimento que propuse y que también desarrollé la teoría sobre ellos.

—Tomado en cuenta.



Cuantos más datos analizaban, más claro quedaba que la superficie del púlsar estaba cubierta por una fina capa de monopolos. Sin

embargo, los datos no mostraban estructuras claras. Parecía como si las propiedades de los monopolos estuvieran distribuidas al azar.

—Quizá los Constructores solo querían decirnos que estuvieron aquí —sugirió Miknor.

—¿Como una especie de placa que dijera: «¿Este púlsar nos pertenece, prohibido el paso?» Eso supondría un gran esfuerzo para algo que se podría haber logrado más fácilmente. Y esta placa ni siquiera es legible para todos.

—Entonces la leímos mal —dijo Miknor—. ¿Podría ser que las estructuras de datos no sean paralelas al ecuador, sino que estén alineadas de otra manera?

Sí, la Omnisciencia ya había pensado en eso. Tendrían que enviar el transbordador a otra búsqueda. Pero primero tenían que averiguar cuál era la mejor manera de hacerlo.

—Necesitamos una nueva estrategia para leer los datos, si es que están ahí —dijo la Omnisciencia.

—Pues bien, por suerte, mis colegas y yo hemos ideado algo. Lo llamamos el método Miknor.

Método Miknor. Eso era típico.

—El objetivo es determinar la estructura de datos efectiva en una sola pasada. Para ello, desviaremos aleatoriamente el lector de la línea recta. Esto nos permitirá capturar todas las direcciones posibles de la superficie.

Sí, eso sonaba razonable. ¿Por qué tenía que llevar el nombre de Miknor? Era la forma obvia de proceder. El guardián del conocimiento probablemente estaba decepcionado por haberse perdido el descubrimiento de los monopolos.

—Por desgracia, no se me ocurre nada mejor —dijo la Omnisciencia.

Miknor se frotó el estómago.

—¿Entonces utilizaremos el método Miknor en una segunda pasada? Elaboraré los detalles y se los enviaré al transbordador.

—De acuerdo.

Algo zumbó en alguna parte. El ruido debía de provenir de Miknor.

—Esperad, esto parece urgente. —Miknor tecleó algo en su tableta y parpadeó. Luego, pareció estar escuchando—. Esto no me gusta nada —dijo finalmente.

—¿Qué? —preguntó la Omnisciencia.

—Un mensaje de la estación meteorológica espacial. Al parecer, hay fuertes erupciones en Wolf 489 en este momento.

¿La enana blanca estaba activa? Eso era casi imposible. El sistema que habían encontrado aquí debía de llevar millones de años estable. Wolf 489 aún era joven y caliente, pero se comportaba como debía hacerlo una enana blanca; de lo contrario, los efectos sobre el púlsar habrían sido perceptibles.

—¿Son graves esas erupciones? —preguntó la Omnisciencia—. ¿Y están... dirigidas?

Acababa de surgir en ella una sospecha que le gustaría disipar.

—Son severas. No serán peligrosas para el Draght, pero podrían serlo para el transbordador. En cuanto a su dirección... bueno, siguen las líneas gravitacionales de este sistema.

Eso significaba que iban dirigidas al objeto más pesado de este sistema: el púlsar. Si llegaban a él y le transferían materia... La Omnisciencia prefería no imaginarlo. Recuperó los datos de la estación meteorológica espacial. Wolf 489 parecía, efectivamente, estar a punto de entrar en erupción.

Tenía que avisar a Gronolf.

—¿Comandante?

—¿Habéis acordado un nombre para los monopolos?

—No. Hay algo que debo contarte.

—Adelante. Marchenko y Chenko están esperando instrucciones. Y yo esperaba que, después de todo, encontraras una cura para Adán.

—No sé si tenemos tiempo suficiente para eso.

—¿Por qué? ¿Klator tiene más malas noticias? ¿Y por qué no lo sé? Marchenko y Chenko tienen derecho a recibir información a tiempo.

—No se trata de la condición de Adán, sino de todo el sistema Wolf 489. Podría volverse inestable. Puede que tengamos que sacar el Draght de aquí.

—Pero eso es imposible. Nunca he visto que un sistema estelar se vuelva inestable de la noche a la mañana.

La Omnisciencia suspiró. En efecto, era imposible. Tales procesos eran rápidos a escala astronómica, pero eso significaba milenios, no días.

—Yo tampoco. Pero parece que está ocurriendo. Quizá... Quizá la culpa sea nuestra. Intentamos abrir la memoria. Pero puede que hayamos pasado algo por alto.

—¿Pasado por alto?

—Un bloqueo o algo así. Un mecanismo que destruye a cualquiera que manipule la memoria.

—¿Una medida de seguridad? No me gusta eso, Omnisciencia. No me gusta nada.

Nochebrillante/4139, Transbordador



¿Una medida de seguridad? Marchenko se encogió de hombros. Esa teoría no le convencía. ¿Qué aspecto tendría algo así? Habían escaneado el sistema a fondo. No había nada allí que pudiera vigilar a los intrusos. ¿Y qué habían hecho? Habían descubierto que la superficie de la estrella de neutrones estaba cubierta de monopolos. Era un gran descubrimiento científico, pero no habían descifrado la supuesta memoria de los Constructores.

Quizá debería contactar por radio con la Tierra y contárselo. Los físicos de allí se alegrarían... o quizá no, porque les estaba robando la oportunidad de hacerse famosos por el descubrimiento. Tal vez la Omnisciencia podría ser la primera IA alienígena en ganar un Premio Nobel. Si es que las IA podían siquiera ser nominadas.

—Chenko, ¿qué opinas?

—Creo que eso es una tontería. Probablemente solo estemos en el lugar equivocado en el momento equivocado.

¿Pura coincidencia? No se lo creía. Quizá fuera culpa del objeto central al que habían seguido hasta este punto. Sería una estrategia inteligente: atraerlos aquí para activar una trampa que pudiera destruirlos. Pero ¿por qué? No veía ningún motivo. Los Constructores habían desaparecido hacía siglos.

—¿Os habéis decidido? —preguntó la Omnisciencia.

—Yo estoy a favor de continuar con el experimento —dijo Chenko —. Unas cuantas nubes de gas no van a desviarnos de nuestro rumbo.

—Quizá no, pero el motor del transbordador podría resultar dañado. En ese caso no podríais maniobrar.

—Correría ese riesgo, Omnisciencia. ¿Y tú, Marchenko?

—Yo estoy totalmente de acuerdo. Mi copia de seguridad está a salvo en el Dragh t. Tengo muchas ganas de averiguar qué está pasando aquí.



—AL IGUAL QUE LA ÚLTIMA VEZ, VOLARÉIS DIRECTAMENTE HACIA EL PÚLSAR. Pero esta vez, Chenko, no apuntarás siempre al mismo punto. En vez de eso, harás que el láser fluctúe según un algoritmo fijo. Te lo transferiré como un programa. El láser debe estar sincronizado con precisión, o no podremos evaluar los datos más tarde.

—Puedo hacerlo. Mis tiempos de reacción son mínimos.

—Lo sé. Sin embargo, el algoritmo te controlaría, eh, a distancia. Tendrás que ceder el control de tu cuerpo mientras dure la aproximación.

—De acuerdo. Marchenko, hermano, cuento contigo para que me saques de ahí en caso de emergencia. No quiero acabar siendo un esclavo de la Omnisciencia.

—No lo harás —aseveró la Omnisciencia.

—Yo cuidaré de ti, Chenko.

Nunca antes le había llamado hermano. Pero eso probablemente acercaba su relación. Eran esencialmente gemelos, aunque no se parecieran.

—Entonces empecemos, amigos —dijo Chenko—. A por los monopolos. Abramos por fin el cofre del tesoro.



El motor rugió. Marchenko sintió las vibraciones a través de los instrumentos de medición del casco diseñados para detectar impactos. No se lo esperaba. Había esperado algún tipo de reacción del púlsar, aunque no hubiera base científica para ello. Una estrella de neutrones pesaba casi tanto como dos soles; no podía reaccionar rápidamente.

Y, sin embargo, ya había tenido una extraña sensación durante la última aproximación. Ahora recordaba a qué le había recordado. ¡La criatura de Encélado! Había percibido su presencia de manera similar en aquel entonces. Pero estaba a muchos años luz de distancia, y una estrella de neutrones no era el entorno adecuado para tal conciencia, distribuida por todo el entorno sin un núcleo.

—¿Estás listo, Chenko?

—Siempre listo.

Era tarea de Marchenko iniciar el algoritmo que controlaría al robot a partir de ese momento. Esperó hasta que estuvieron a cincuenta kilómetros de distancia. Entonces lo activó. Una cámara mostraba a Chenko realizando movimientos espasmódicos.

No se percibía nada en el transbordador, hasta que, tras unos milisegundos, llegaron los primeros datos. Había incluso más que la primera vez.

Muchos más. Ni siquiera la Omnisciencia sería capaz de evaluarlos de inmediato. Marchenko fijó toda su concentración en el vuelo del transbordador. Las nubes de gas aún estaban lejos, pero tenía una imagen en su mente que no podía borrar: la del púlsar sacudiéndose de repente y arremetiendo contra los visitantes no deseados con su poderoso campo magnético.

El púlsar permaneció en calma. Se limitó a girar rápidamente, contemplando el espacio con su rostro gris. Marchenko lo mantuvo a la vista a través de sus cámaras hasta que llegó el momento de utilizar la enana blanca para frenar el transbordador.

Nochebrillante/4139, Tridente



La cantidad de datos era abrumadora. Se encontraba contenida en la polarización de la luz láser reflejada. Los monopolos no solo distinguían entre el cero y el uno, no solo entre el sí y el no, sino que también rotaban el subcampo eléctrico en diferentes grados.

Un bit podía adoptar hasta siete valores, determinó la Omnisciencia. Siete. Era una extraña coincidencia, ya que los Grosnops también utilizaban un sistema de base siete. Estaba claro de dónde procedía; solo había que contar los dedos de sus manos táctiles. Pero allí, ante ellos, estaba la tecnología de los Constructores. Cuando estos vagaban por el universo, los Grosnops aún no existían.

¿Y si el siete procedía de ellos? A los guardianes del conocimiento, que estudiaban la evolución de su especie, nunca les había resultado fácil explicar por qué los Grosnops tenían dos pares de brazos. No había ninguna especie animal en Sol binario con una fisiología similar. La teoría predominante era que los Grosnops habían exterminado a todas las especies similares del planeta.

Apenas había hallazgos arqueológicos que respaldaran esta teoría. Los guardianes del conocimiento explicaban esto diciendo que los Grosnops solían encontrar su lugar de descanso final en el agua, donde sus cuerpos eran completamente descompuestos por microorganismos.

Pero no importaba. La Omnisciencia dejó de lado esta línea de pensamiento. No interferiría en los asuntos de los Grosnops. El número siete era una base tan adecuada para un sistema numérico como el número dos o el diez. Es cierto que las fracciones basadas en el siete eran una pesadilla. Un simple medio, 0,5 en el sistema decimal, se convertía en una secuencia infinita en el sistema septenario.

Pero los Constructores habían optado, no obstante, por siete valores diferentes. Quizá hubiera razones físicas (por ejemplo, que la fiabilidad de la memoria disminuía cuando se basaba en demasiados valores). A la Omnisciencia no le importaba mucho, aunque anteriormente hubiera utilizado el sistema duodecimal por razones de eficiencia. Simplemente convirtió todo el código al sistema septenario.

Hecho. La serie de valores le parecía mucho más natural. La Omnisciencia los clasificó primero por tiempo de grabación. El resultado fue el mismo que en su primer intento: fragmentos aleatorios que no tenían sentido. Pero esta vez también habían leído los campos adyacentes. La Omnisciencia distribuyó los valores en un tablero plano asignándoles coordenadas de longitud y anchura.

Poco a poco, la superficie se fue llenando. No quedaba completamente uniforme, pero eso no era necesario. La Omnisciencia ahora ensamblaba los valores utilizando diferentes métodos: se movía en diagonal por el campo, en zigzag, o saltándose siempre tres filas y luego dando un paso hacia un lado.

En algún momento, debía tener sentido. Ninguna civilización almacenaba datos en una estrella de neutrones, y desde luego no durante largos periodos de tiempo, si no servían para nada.

Tras el intento número trescientos cuatro, la Omnisciencia finalmente lo descifró. Los números solo tenían sentido cuando se interpretaban como comandos. Las instrucciones parecían alternarse con referencias. La Omnisciencia aún no podía definirlo con mayor precisión. Pero algunos campos parecían referirse al contenido de otros. Las instrucciones y los datos o referencias eran fáciles de distinguir porque parecía haber solo veintiocho instrucciones diferentes. Los campos numéricos, por otro lado, contenían

cincuenta valores diferentes, desde cero hasta siete a la potencia de siete.

Comandos, entonces. Un programa. ¿Se habían topado con un programa en medio de todos los datos? La Omnisciencia peinó la montaña de datos. No había nada más. El transbordador no había cubierto toda la superficie de la estrella de neutrones (eso requeriría más de cien vuelos). Pero el láser se había desplazado una vez por toda la superficie. Era muy improbable que se hubiera topado con un programa por pura casualidad.

Los Constructores no habían almacenado recuerdos, imágenes ni resultados de investigación en los monopolos. Por desgracia, aquí no había cura para el hongo. No, habían almacenado programas, o tal vez solo un único programa. ¿Qué tarea realizaba? La Omnisciencia podía distinguir qué campo contenía qué comandos, pero no sabía qué hacían esos comandos. Solo podría averiguarlo iniciando el programa.

Fuera cual fuera su propósito, una vez iniciado, revelaría su intención.



—A VER SI LO ENTIENDO: ¿CREES QUE DEBERÍAMOS INICIAR ESTE PROGRAMA creado por los Constructores, aunque no sepamos cuál es su propósito?

La Omnisciencia sabía que Gronolf haría esa pregunta. La respuesta era sencilla.

—Si supiéramos para qué sirve, no necesitaríamos iniciarlo.

Miknor se estaba agarrando el estómago, observó la Omnisciencia en la imagen de la cámara. Ese tipo de humor le sentaba bien al guardián del conocimiento.

—Pero también podría anunciar la desaparición del universo —advirtió Gronolf.

—Eso es improbable, pero no imposible. Si devuelve el universo a su estado fundamental...

—No necesito escenarios para la destrucción del universo, sino aquellos en los que iniciar el programa nos ayude de alguna manera. ¿Tienes algo así?

¿Debería revelarle su idea a Gronolf? Podría alarmarle... o despertar su curiosidad. ¿Qué era más probable? La Omnisciencia apostó por la sed de aventura del comandante.

—Es posible que podamos usarlo para traer a nuestra época algo parecido a una copia de los Constructores. Me imagino que dejaron atrás avatares de sí mismos.

—¿Como tu copia de seguridad?

—Sí, como mi copia de seguridad. Pero con el vasto conocimiento de los Constructores, no con mi modesto conocimiento.

—Podrían tener una cura para el hongo —intervino Miknor—. O un motor de materia oscura mejorado. La teoría de la gravedad cuántica. Todo lo que se perdió con ellos.

—¿Y este avatar nos ayudará?

—No puedo prometerlo. No sabemos cuáles podrían ser sus motivos.

—También podría intentar destruirnos.

—Por supuesto. Los Constructores sin duda tendrían los medios para hacerlo.

—No me lo estás poniendo fácil, Omnisciencia. Me gustaría ayudar a Adán y a la tripulación infectada por el hongo. Pero si eso significa perder el Draght...

—General, si no controlamos el hongo, perderemos el Draght de todos modos. Esa maldita cosa quiere apoderarse de nosotros y utilizarnos para sus propios fines. ¡Ya lo vimos con Ragnor!

Ese fue un apoyo procedente de una fuente inesperada. Miknor era obviamente algo más que un simple guardián del conocimiento. La Omnisciencia tuvo que recordarse a sí misma que estaba tratando con Grosnops, que eran seleccionados por su capacidad de lucha y resistencia tras su nacimiento en el Draght. Incluso alguien que se había convertido en guardián del conocimiento había superado en rendimiento a otros seis críos de media.

—Sí, Miknor, debo darte la razón. Nuestras perspectivas son sombrías en cualquier caso. Pero soy responsable de la nave y de la

tripulación. Tengo que considerar todas las opciones. ¿Hay alguna forma de iniciar este programa de forma segura? ¿No podría guardarse en la memoria de la nave y luego ejecutarse en condiciones controladas?

—Hay tres problemas con eso —respondió la Omnisciencia—. En primer lugar, necesitaríamos al menos un centenar más de vuelos de transbordador para leerlo por completo. En segundo, probablemente no haya suficiente espacio de almacenamiento. Los Constructores no eligieron una estrella de neutrones como ubicación por casualidad. Y, tercero, no puedo garantizar que un programa de una civilización tan avanzada sea completamente seguro. Así que es posible que les estuviéramos entregando el Draght.

—Toda esta maravillosa teoría se basa en datos de dos vuelos de transbordador, ¿verdad?

—Sí, comandante.

—¿Y si allí no solo hay programas, sino también datos? ¿Puedes asegurarlo?

—No, comandante.

En realidad, la Omnisciencia solo estaba segura en un sesenta por ciento. Pero eso le bastaba para tomar una decisión.

—Entonces sugeriría que intentáramos al menos dos o tres vuelos más de transbordador. Si para entonces sigues estando segura...

—Pero la condición de Adán está empeorando.

—Miknor, ¿cuánto tiempo le queda a Adán?

—De seis a ocho horas, comandante.

—¿Cuánto tiempo llevarán dos vuelos adicionales de transbordador, Omnisciencia?

—Dos horas.

—Entonces deberíamos aprovechar esas dos horas.

La Omnisciencia vio a Miknor alcanzar su tableta. El gesto parecía casi ensayado.

—¿Comandante? El departamento de meteorología espacial está informando. Al parecer, se han desprendido varias llamaradas de Wolf 489, y la primera acaba de impactar en el púlsar.

—¿Está bien el transbordador?

—Sí, pero si se encuentran cerca durante un impacto como ese, no puedo garantizar nada.

Gronolf dio unos pasos de un lado a otro. La Omnisciencia podía verle dudar físicamente entre la seguridad de la nave y la esperanza de que las víctimas del hongo se recuperaran. Menos mal que Chenko no estaba allí.

—Me has convencido —dijo finalmente—. Intentaremos poner en marcha el programa. ¿Se lo explicarás a nuestros dos pilotos del transbordador? Yo prepararé un discurso para la tripulación.

Era un buen trato. La Omnisciencia se desconectó de inmediato y pasó al transbordador.

Nochebrillante/4139, Transbordador



El análisis de los datos se prolongó más de lo que a ambos les hubiera gustado. Chenko no dejaba de consultar con Marchenko mientras orbitaban alrededor de la enana blanca.

La estrella parecía tan agitada como ellos.

Marchenko observó cómo la materia se desprendía repetidamente de ella. Primero formaba un arco en la superficie, luego se desprendía, aparentemente ingrávida, y revoloteaba en el espacio como un pájaro delicado. Sin embargo, Marchenko podía ver en las imágenes que no se trataba de estructuras frágiles, sino de nubes de gas caliente que el transbordador haría bien en evitar.

Por fin, llegó la llamada esperada. Marchenko supo de inmediato que procedía de la Omnisciencia.

—¿Cómo está Adán? —preguntó rápidamente, antes de poder pensárselo dos veces.

—De seis a ocho horas, según los guardianes de la salud.

No eran buenas noticias, pero no le sorprendieron.

—¿Y qué has encontrado en los datos?

Mejor ir al grano.

—Un programa. Te lo diré ya: no sabemos qué es ni para qué sirve. Podría matarnos a todos. Pero moriremos de todos modos si no encontramos una solución al problema del hongo. Así que el comandante ha accedido a que intentemos iniciar este programa.

—¿Y cómo? ¿Le decimos: «Alexa, inicia el programa»?

—¿Alexa? ¿Qué se supone que es eso?

—Lo siento, un chiste tonto de la Tierra. —Chenko lo habría entendido—. Entonces, ¿cómo lo iniciamos?

—He encontrado veintiocho comandos en el código del programa. No tengo ni idea de lo que significan, pero los enviaremos todos a los monopolos uno por uno con el láser.

—¿Los bombardeamos con un montón de señales y esperamos que el comando de inicio esté ahí en alguna parte?

Cuanto más averiguaba al respecto, más desesperado le parecía el plan. En última instancia, no era más que pulsar teclas frenéticamente y esperar que surgiera un texto con sentido por casualidad. Pero podría funcionar si escribieras lo suficiente y lo suficientemente rápido.

—Algo así —dijo la Omnisciencia—. Pero también tenemos que llegar al lugar adecuado con ello. Todo programa tiene un principio.

—Solo que no sabemos dónde está —añadió él.

—Exacto. Por desgracia. Así que nuestro plan es que orbitéis el púlsar cambiando de trayectoria y lo bombardeéis con comandos hasta que funcione por casualidad... o...

O lo encontraran. La Omnisciencia no necesitaba terminar la frase. Él lo entendió.



—Es un plan de mierda —sentenció Chenko.

—Es lo mejor que tenemos.

—Entonces las cosas deben de estar bastante mal.

No podía estar en desacuerdo con Chenko en eso.

—Aún podrías cargar tu conciencia al Draght.

—No, gracias.

—Entonces, ¿puedo volver a convertirte en un esclavo sin voluntad?

La Omnisciencia había enviado un programa actualizado que dispararía el láser con la ayuda del cuerpo de Chenko. Marchenko

había calculado él mismo el nuevo rumbo del transbordador. Esta vez, no era necesario alcanzar una velocidad especialmente alta; bastaba con una órbita de unos cuarenta kilómetros de radio, lo que correspondía a una distancia de treinta kilómetros de la superficie. En su lugar, utilizarían hábilmente el motor para cambiar el plano orbital tras cada revolución. La Omnisciencia quería cubrir toda la superficie. Solo había hecho una excepción, para los polos, debido a los chorros magnéticos que emanaban de ellos.

—Siempre a tu servicio, Marchenko.

Cargó el programa en el robot, transformándolo en una unidad de control mecánica para el láser. A partir de ese momento, Marchenko se quedó prácticamente solo en el transbordador.

—¿Omnisciencia? Estamos listos para el lanzamiento.

—Entonces, adelante. Todos estamos ansiosos por los resultados.



EL TRANSBORDADOR ENTRÓ EN SU PRIMERA ÓRBITA CASI SIN ESFUERZO. Marchenko la giró ligeramente con la ayuda de los propulsores de corrección para que el motor principal apuntara en la dirección del siguiente plano orbital. Una vez que el transbordador completó su primera órbita, solo tuvo que aplicar un ligero empuje y la trayectoria cambió.

Al principio, siguió observando la estrella de neutrones con atención. ¿Cómo se manifestarían los cambios? ¿Cómo sabrían que el láser había tenido éxito? La Omnisciencia no se había atrevido a hacer ninguna predicción. Marchenko imaginó que la superficie cambiaría. Quizás aparecerían patrones coloridos, aunque eso era físicamente improbable.

De hecho, el escenario más probable era que no notaran nada. Si la estrella de neutrones era un ordenador gigante, carecía de pantalla. Sin pantalla, ninguno de los ordenadores del Dragh mostraba signos de actividad.

Así que a Marchenko no le sorprendió que no ocurriera nada. Incluso apagó el telescopio, que repetidamente enviaba nuevas fotos

de la superficie gris. En su lugar, observó la representación tridimensional de sus órbitas alrededor del púlsar. La línea que representaba el movimiento del transbordador se enroscaba hábilmente alrededor de la esfera. Parecía como si estuvieran envolviendo lentamente el púlsar. Una vez que hubiera desaparecido por completo en su caparazón, comenzaría un proceso de pupación, y cuando el caparazón se disolviera, la estrella saldría liberada como una mariposa.

¿Cuál era el equivalente astrofísico de una mariposa? ¿Un agujero negro? Eran pensamientos reconfortantes, pero sin sentido. El capullo existía solo en su mente, es decir, en la imaginación de Marchenko.

Sin embargo, al cabo de lo que pareció un día, se hizo evidente una debilidad en el plan ideado por la Omnisciencia. No se habían previsto órbitas sobre los polos. Como resultado, el caparazón virtual alrededor de la estrella de neutrones tenía un agujero en cada polo. ¿Y si tenían que activar el programa justo allí?

—¿Omnisciencia?

—Te escucho.

—Tenemos puntos ciegos en los polos.

—Lo sé. Pero también sabes...

—Este es un plan de mierda —repitió Marchenko lo que había dicho Chenko.

—Estáis haciendo lo que podéis. No queremos...

—Pero ¿y si ahí es donde está el detonador? No sería ilógico. Imagina que no quieres que nadie arranque tu precioso ordenador así como así. ¿Dónde esconderías el interruptor?

—Donde nadie pudiera alcanzarlo.

—Ya ves. Tenemos que cubrir los huecos.

—Por favor, espera.

Marchenko esperó. Pero sabía que tenían que completar la esfera.

—He hablado con Gronolf. Se opone a que os pongáis en peligro.

—¿Pero?

—Dice que, de todos modos, no puede impedir que lo intentéis. O seréis héroes o moriréis.

O ambas cosas. Quizá pudieran accionar el interruptor antes de que los chorros los mataran. Solo había un problema: no había obtenido la aprobación de Chenko. Pero en ese momento era una máquina sin mente, y necesitaba que fuera exactamente eso.

«Hazlo, hermano», habría dicho Chenko. Sin duda. Utilizó los propulsores de corrección para inclinar el transbordador un poco más. Una línea precalculada parpadeó en la pantalla 3D, que les llevaría sobre el Polo Norte.

«Mariposa, aquí vamos».

Nochebrillante/4139, Tridente



Adán sonrió con cansancio. Eva se sentía orgullosa de él por seguir siendo capaz de hacerlo. Se apoyó en la placa de cristal para que él pudiera ver sus manos. Con el rostro contraído, él levantó ambos brazos. El izquierdo volvió a caer de inmediato en el líquido, pero el derecho llegó hasta arriba. Por un instante, ella sintió como si se estuvieran tocando. El cristal se fundió en una fina capa que transmitía el calor corporal e incluso el ritmo de los latidos del corazón.

Eva se fijó en un tubo que salía de la axila de Adán. Por él circulaba un líquido oscuro. Un momento después, su brazo derecho también cayó en el líquido que lo mantenía vivo.

Por ahora.

El cristal era tan grueso como antes. Eva sabía, por supuesto, que había sentido su propio calor corporal y su pulso. A pesar del esfuerzo, Adán seguía sonriendo. Él también debía de haberlo sentido. Había merecido la pena.

Una mano táctil se posó sobre su hombro. Peech, que estaba de guardia al otro lado del contenedor, permanecía completamente relajada, así que Eva se dio la vuelta lentamente.

Era Gronolf. El hecho de que hubiera bajado hasta aquí, a pesar de que en el cuartel general debía de haber un follón, la conmovió. Posó una mano sobre su mano táctil y buscó con la vista su tableta.

Pero Gronolf no dijo nada. Y no era necesario. Había venido a despedirse de Adán.

Entonces probablemente había llegado el momento.

Eva retrocedió unos pasos e hizo un gesto a Peech. La alienígena entendió su gesto. Juntas salieron de la habitación.

Nochebrillante/4139, Tridente



—Cuídate, joven amigo —dijo Gronolf.

Adán asintió, aunque estaba claro que no le había entendido. Incluso intentó mover la mano derecha, pero no tenía fuerzas. Gronolf le devolvió un gesto de asentimiento, como haría un humano. Se le retorcieron todos sus estómagos, porque había fallado. Adán era la segunda víctima. Debería haber evitado que las cosas llegaran a este punto. Esa era su labor como comandante. La tripulación había puesto sus vidas en sus manos, y él había demostrado no ser digno de ese regalo.

De repente, movió el pie y pateó el contenedor con tanta fuerza que el líquido del interior chapoteó. Adán abrió los ojos de par en par, pero pareció disfrutar de la distracción. Sonrió; obviamente se había dado cuenta de que Gronolf era el responsable de la sacudida.

—¿Te gusta eso, amigo mío?

Adán bajó la barbilla. ¡Un asentimiento! Bueno, si ese era el caso... Esta vez, Gronolf echó deliberadamente la pierna hacia atrás y dio una patada al recipiente con tanta fuerza que el líquido se agitó violentamente. El líquido salpicó la tapa de cristal. Adán parecía encantado. Gronolf volvió a patearlo.

—¡Eh, ¿qué está pasando aquí?! —exclamó Klator, que entró de un salto por la puerta y apretó las manos contra el recipiente, pero las vibraciones ya habían cesado por sí solas hacía rato.

—Solo nos estamos divirtiendo un poco —aclaró Gronolf—. ¿Verdad, Adán? —Levantó el primer dedo de su mano táctil, como hacían los humanos cuando estaban satisfechos con algo. Adán también sacó el pulgar.

—¿Ves, Klator? A Adán le ha gustado.

—Pero las mangueras podrían salirse o las tuberías romperse. ¡Es peligroso!

—¿Y qué? En el peor de los casos, le costará a Adán unas horas, pero mientras tanto se ha divertido un poco.

Klator se frotó el estómago.

—Con el debido respeto, comandante, hice un juramento y le prometí a Eva mantener a su hermano con vida el mayor tiempo posible.

Eva había salido de la habitación por su culpa. Debería hacerla volver. Aquel era su sitio, no el suyo.

Pero el pequeño timbre, que el cuartel general siempre utilizaba para localizarlo cuando estaba de servicio, se le adelantó. Se llevó el dispositivo al estómago.

—¿Tienes algo ya?

—Aquí la Omnisciencia. Estoy recibiendo datos contradictorios del transbordador.

—¿Qué significa eso?

—Aún no lo sé.

El avisador volvió a sonar. Al parecer, alguien más quería localizarlo.

—Pues averígualo. Me están llamando desde el cuartel general.

—Pero es sobre el... —La Omnisciencia se interrumpió—. Sí, señor. Averiguaré de qué tratan estos datos.

Cortó la conexión bruscamente. Probablemente la había ofendido de alguna manera. Respondió a la segunda llamada.

—Soy Miknor, desde el cuartel general. Comandante Gronolf, tiene que venir aquí. Es indescriptible.

—¿Qué?

—Por favor, tiene que verlo con sus propios ojos.

La estrella de neutrones se había transformado. Gronolf no podía creer lo que estaba viendo. Era como si hubiera descubierto un almacén de prendas drapeadas, esas brillantes y multicolores que llevaban los machos de una camada.

Se las había puesto todas, de forma completamente aleatoria, y luego había iniciado una danza de gratitud, girando salvajemente en círculos para que la tela revoloteara en todas direcciones.

Era un espectáculo maravilloso del que no se cansaba. Miknor no dejaba de darle codazos, pero él aún no quería oír ningún dato científico.

Nunca había visto un espectáculo semejante con sus propios ojos. Las representaciones coloridas del universo solían utilizar colores falsos. Pero esto era real, le había asegurado Miknor.

Poco a poco, el comandante apartó al joven que había disfrutado la danza.

—¿Qué significa todo esto, Miknor?

—Los colores son creados por los fuertes campos magnéticos del púlsar, que excitan los átomos de las nubes de gas. Estos son estirados y desgarrados simultáneamente por los campos, lo que hace que parezcan trozos gigantes de tela. Se hunden cada vez más y luego chocan con la superficie de la estrella de neutrones, donde proporcionan energía para todo el espectáculo.

—Me alegro de que hayas encontrado una explicación física, pero ¿qué significa? ¿Qué intenta decirnos?

Miknor levantó sus brazos táctiles.

—Aún no lo sabemos. Solo empezó después de que el transbordador comenzara a orbitar los polos, hace unos minutos.

—Ya veo. Entonces date prisa. Adán sigue vivo. Me encantaría darles buenas noticias a Eva, Chenko y Marchenko.

—Hay un pequeño problema. La Omnisciencia prometió encargarse de ello.

La Omnisciencia... por eso debió de llamar antes.

—¿Qué está pasando?

—Ha perdido la conexión con el transbordador.

Joder. ¡Ese maldito chorro polar! ¿Había borrado la memoria de Marchenko?

—Lo extraño es —dijo Miknor—, que el transbordador sigue ahí. Está orbitando el púlsar sobre los polos y sigue enviándonos datos. Así que la electrónica parece seguir funcionando. Pero, como he dicho, la Omnisciencia tenía intención de encargarse de ello.

Eso era lo que necesitaban. Un paso en la dirección correcta. La actividad siempre era mejor que el estancamiento. Pero necesitaban contacto.



—¿Qué pasa con el transbordador? —preguntó Gronolf, que se había retirado a una habitación contigua. La estrella de neutrones bailaba en una pequeña pantalla a su izquierda.

—Quería hablar de eso antes.

—Ya lo sé. Siento haberte ignorado.

—Acepto tus disculpas. Ahora estoy un poco más avanzada que antes.

—Me alegro. ¿Qué tienes?

—Ahora está completamente claro que estamos ante un ordenador. Obviamente necesita energía externa para realizar cálculos. La obtiene de la enana blanca. Así que probablemente no tengamos que preocuparnos de que se produzca una gran explosión aquí en breve.

—Bien. ¿Qué más? ¿Qué está calculando?

—Tranquilo. Te habrás preguntado dónde está la pantalla de este ordenador. Tiene que intercambiar datos con su entorno de alguna manera.

—Pensé que la pantalla podría estar dentro de la estrella de neutrones.

—Eso no tiene ningún sentido desde el punto de vista físico. Las condiciones allí son tales que nadie podría leerla. Creo que es mucho más sencillo. —La Omnisciencia hizo una pausa dramática. Gronolf

no respondió—. Estamos en medio de la pantalla. Los colores y las formas de las nubes de gas significan algo.

—¿Y qué? ¿Muestran la fórmula estructural de un medicamento antifúngico?

—Estamos justo en medio. No tenemos una visión adecuada del panorama general.

—¿Qué quieres hacer?

—Alejarnos de aquí. Ganar perspectiva. Observar el objeto desde la distancia.

—Entendido. Te autorizo a cambiar el rumbo del Draght como consideres oportuno. ¡Pero date prisa!

En ese momento, Gronolf se vio empujado contra su asiento. Desde la distancia, oyó gritos y señales de alarma. El cambio de rumbo fue radical y completo. Pero no se quejó.



—Es bueno que el sistema sea tan pequeño —dijo Miknor.

Estaban frente a la gran pantalla holográfica del centro de control, donde se estaba materializando una especie de nube. La Omnisciencia introducía las lecturas de todos los sensores. La figura fue adquiriendo contornos. Gronolf la movió deslizando sus manos táctiles. Algo le resultaba familiar.

—Es Marchenko —dijo Miknor.

¡Era cierto! La nube se parecía exactamente al rostro de Marchenko. ¿Qué significaba eso? ¿Cómo sabía la estrella de neutrones qué aspecto tenía Marchenko?

—Sabía que los humanos tenían algo que ver en esto —dijo un joven Grosnop detrás de ellos.

—¡Chorradas! —espetó Miknor—. Cuando se creó esta memoria, no había ni humanos ni Grosnops.

¿Era por eso por lo que habían perdido contacto con el transbordador? El ordenador, o lo que fuera, debía de haber abducido a Marchenko de algún modo.

—Se está moviendo —dijo Miknor.

Esa también fue una buena observación. La ranura de alimentación situada bajo el órgano olfativo se abría rítmicamente. ¡La cabeza estaba hablando!

—Omnisciencia, ¿puedes oír algo? —preguntó Gronolf.

—¿En el espacio? ¿Cómo funcionaría eso? La nube no puede producir un sonido que nos llegue en el vacío.

—¡Necesitamos a Eva! —gritó Miknor—. ¡Rápido! La he visto comunicarse con Marchenko exactamente de esta manera. ¡En completo silencio!

—¡Ve, Truknor! —gritó Gronolf al Grosnop insolente que estaba detrás de ellos—. ¡Ve a buscar a la humana a la enfermería y tráela aquí lo más rápido que puedas!

Nochebrillante/4139, Tridente



Eva retrocedió disgustada. Aquello era imposible. El rostro de Marchenko flotaba ante ella. Más concretamente, era el rostro del cuerpo humano que había estado utilizando últimamente. ¿Qué aspecto tenía realmente? Chenko les había mostrado una vez unas fotos de su época como cosmonauta en la Corporación RB, pero ella no las recordaba.

—¿Qué es eso? —preguntó con la ayuda de su tableta.

—La estructura está formada por gases calientes —respondió el guardián del conocimiento, y la tableta tradujo. ¿Cómo se llamaba? —El púlsar los calienta en su campo magnético hasta que brillan. Es similar a las auroras polares. ¿Hay algo así en la Tierra?

—Creo que sí, pero nunca lo he visto.

—Por supuesto. Qué tonto soy. Nunca has estado allí. Lo siento.

—No pasa nada —escribió ella—. Pero ¿qué es eso?

Eva señaló la estructura tridimensional. El parecido con Marchenko era asombroso. Un momento. Si una imagen de Marchenko flotaba allí en el espacio, ¿qué pasaba con el original?

—¿Cómo están Chenko y Marchenko? —preguntó entonces.

Miknor, así se llamaba él, rechazó la tableta cuando ella intentó dársela. ¿Qué estaba pasando? Empezó a inquietarse.

Gronolf le quitó la tableta, activó el micrófono y habló por él.

—Truknor no te ha dicho nada, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza. Gronolf reconocía ese gesto.

Le rodeó los hombros con su brazo táctil.

—Actualmente no tenemos contacto con el transbordador. Pero sigue orbitando el púlsar.

—¿Pero eso no es todo?

—Bueno, antes de que se perdiera el contacto, atravesó los chorros polares. Así que es posible que los componentes electrónicos se hayan dañado.

—Entonces ambos están muertos —escribió Eva.

—Tenemos una copia de seguridad de Marchenko —apareció debajo. Como Gronolf no había dicho nada, la Omnisciencia debía haberlo escrito. Nadie más podía acceder a su tableta de esa manera —. Por desgracia, Chenko se negó a dejarnos hacer una copia de seguridad. Marchenko y yo lo intentamos todo para convencerle.

Eva bajó la tableta. No solo perdería a su hermano, sino también a Chenko, su padre. ¿Cómo pudo hacerle esto? Apretó las manos con tanta fuerza como para doblar la tableta.

Gronolf le apretó el hombro con firmeza. El dolor la ayudó.

—Lo siento —dijo Gronolf al micrófono—. Te cuidaré como si fueras de los míos. A partir de ahora, formas parte de mi camada.

—¿Te hizo prometerle eso?

Eso habría sido típico de Chenko. Pero ¿cómo podía creer que simplemente podía traspasar la carga de la paternidad? ¡No funcionaba así! Gronolf no pudo evitarlo, pero Chenko debería haberlo sabido.

—No, Eva —apareció en la pantalla—. Fue idea mía. Esperaba que te aliviara un poco el dolor.

Eva quiso abrazarlo. Saltó hacia Gronolf y rodeó con sus brazos su enorme cuerpo. Su piel era suave y tan cálida como el aire del centro de control. Las lágrimas le corrían por las mejillas y caían sobre el estómago de Gronolf. Él no la detuvo. Agradecida, lo soltó.

La tableta pitó. Era la Omnisciencia otra vez.

—Estrictamente hablando, no sabemos nada sobre el estado de Chenko y Marchenko. Yo me abstendría de sacar conclusiones precipitadas.

—Es muy amable de tu parte —escribió Eva—. Pero ¿por qué no se pondrían en contacto si estuvieran bien?

—Podrían haber perdido la señal. Al fin y al cabo, es electrónica. Pero hay una razón mejor. Deberías echarle un vistazo lo antes posible.

—¿De qué está hablando la Omnisciencia, Gronolf?

El comandante señaló el rostro que aún flotaba en la sala.

—Creemos que está hablando —apareció en la tableta.

—¿Está...? ¿Perdona? ¿Esa cosa de ahí nos está hablando?

En lugar de responder, Gronolf movió sus brazos táctiles de una forma extraña. Poco después, la imagen empezó a moverse. Sí, Gronolf tenía razón. La cosa, el rostro, movía los labios. Y no al azar, sino deliberadamente. ¡Entendía lo que estaba diciendo!

— ...un progreso asombroso...

Eva tocó a Gronolf y escribió en la tableta:

—¿Puedes rebobinarlo?

Gronolf movió sus manos táctiles de nuevo. El rostro pareció temblar brevemente, y luego volvió a empezar.

—Soy X7A, guardián del nodo X7.

Esta vez, fue Gronolf quien la tocó.

—¿Qué está diciendo? —Ante un asentimiento, la cara se congeló.

Por supuesto, los demás también querían saberlo.

—Soy X7A, guardián del nodo X7 —escribió ella—. Eso es todo lo que ha dicho hasta ahora.

Gronolf siguió reproduciendo la escena.

—...nodo X7. —Esta vez ella fue escribiendo al mismo tiempo—. Me habéis activado con éxito. Os felicito por ello. Vuestra civilización debe de haber hecho un progreso asombroso.

Gronolf detuvo la reproducción.

—No puedo creer nada de esto —escribió—. ¿Es eso realmente lo que dijo esa cara?

Eva asintió. El comandante volvió a pulsar un botón de reproducción imaginario.

—Supongo que tenéis una petición —susurró la cabeza, o al menos eso le pareció a ella porque estaba articulado con mucha

claridad—. Sin embargo, es obvio que carecéis de los medios para la comunicación por taquiones. Por eso me he tomado la libertad de utilizar vuestra propia tecnología para hacerme entender. Espero no haber traspasado ninguna barrera cultural al hacerlo, y pido disculpas si ese es el caso. Por favor, comunicadme vuestra petición de una forma que os resulte accesible. Podemos recibir ondas de radio, que obviamente preferís utilizar, pero no podemos transmitirlas nosotros mismos debido al entorno dinámico del nodo.

La cabeza volvió a congelarse.

—Aún no ha dicho nada más —escribió Gronolf en la tableta.

—¡Eso ya es mucho! —respondió ella—. Podemos pedirles una cura para el hongo.

—Y la teoría del todo —agregó la Omnisciencia.

—Pediremos la cura —decidió Gronolf—. ¿Mencionó alguna frecuencia específica?

Eva negó con la cabeza.

—Muy bien. Entonces enviaré nuestra solicitud de inmediato.

—¿Y la teoría del todo? —insistió la Omnisciencia.

—Una cosa a la vez —dijo Gronolf—. Primero salvamos a la tripulación.

Eva quería abrazarlo de nuevo. Quizás no era tan malo formar parte de su camada, incluso si Chenko regresaba.



—¡Mirad, se está moviendo! —gritó Eva, pero, por supuesto, nadie la oyó. En su lugar, cogió la tableta y lo anotó.

—Lamentamos que os hayáis topado con la forma de vida 7K-. Según nuestras proyecciones, alcanzará la conciencia colectiva en aproximadamente diecisiete millones de años.

Genial: al parecer, el hongo estaba a punto de transformarse en una especie inteligente. Ese plazo era corto en términos astronómicos.

—Cuando eso ocurra, simplemente podríais pedirle a 7K- que libere vuestros cuerpos.

La cabeza se quedó paralizada de nuevo. ¿Eso era todo? ¿Simplemente se les pedía que esperaran diecisiete millones de años?

—Haré que nuestra petición sea un poco más urgente —dijo Gronolf.

Esta vez, pasó menos de un minuto antes de que el rostro volviera a hablar.

—Os pido disculpas, calculé mal vuestra longevidad basándome en los dos especímenes en órbita alrededor del nodo.

Eva asintió. Era un error comprensible. Marchenko y Chenko eran prácticamente inmortales.

—Si no podéis esperar este breve periodo de tiempo, existe una sustancia química que hace que la especie 7K- se retire de su huésped. Es una molécula muy similar a una hormona de vuestras células, que bloquea su función. Podéis estar tranquilos, la especie 7K- no morirá por ello. Simplemente se retirará. Os enviaré la fórmula estructural para que podáis producir la molécula. Pero primero, me temo que tengo que preguntaros qué podéis aportar a nuestro negocio.

¿Negocio? Era la primera vez que se mencionaba.

—¿Qué quiere de nosotros? —escribió Eva.

—Algo a cambio —escribió la Omnisciencia.

—¿No puede simplemente ayudarnos?

—Le preguntaré eso por radio —dijo Gronolf.



—Mi trabajo consiste en llenar el nodo X7. Si fallo, el Guardián X7B será despertado en mi lugar en el siguiente intento. Sin embargo, el nodo de conocimiento no se llenará si distribuyo el conocimiento que contiene de forma gratuita.

—Pregúntale qué quiere —escribió la Omnisciencia.

Gronolf habló por la radio.

—Me gustaría quedarme con los dos individuos que ya están conmigo. Su estructura es fascinante, llena de caos y, sin embargo,

muy poderosa. Están organizados de forma muy diferente a la memoria del nodo X7.

Quería a Chenko y a Marchenko. ¿No hablaría en serio?

—Gronolf, no puedes hacer eso —escribió Eva.

—¿Ni siquiera para recuperar a Adán? ¿Y todos los demás que han sido infectados por el hongo?

—Ahora sabemos que podemos producir un componente orgánico que repele el hongo —escribió Eva—. Seguramente los guardianes de la salud pueden hacer algo con eso, ¿no? ¿Miknor?

—No puedo hablar por mis colegas, por supuesto —dijo Miknor por el micrófono—. Pero eso seguramente llevará semanas. Y en unas horas, quizá, conseguiríamos aplicar la fórmula. Por lo tanto, os insto a que toméis una decisión pronto. Todavía tenemos una oportunidad.

Gronolf se volvió hacia ella.

—¿Estás en contra, Eva?

—Sí, es un trato imposible. No podemos hacerlo. Cambiar la vida de dos personas por dos mil.

—Estrictamente hablando, solo es una persona —escribió Gronolf —. Marchenko tiene una copia de seguridad. Solo perderíamos a Chenko. Espera un momento.

Gronolf volvió a la radio para que Eva no pudiera oír lo que decía.

Pero la respuesta de la extraña cabeza fue clara y nítida.

—Por supuesto, los dos individuos no morirán. Con la muerte del individuo, la conciencia pierde su estructura. Eso haría que ya no me resultara interesante. Puedo crear un entorno para los individuos que satisfaga todas sus necesidades. Incluso podrían pensar que siguen a bordo de su nave espacial. Estoy abierto a sugerencias.

—¿No puede simplemente darnos la receta porque la necesitamos? ¿No tiene su especie ciertos valores que lo dictan?

—Se lo preguntaré —escribió Gronolf.

—Mi trabajo consiste en llenar el nodo X7. Si fallo, el Guardián X7B será despertado en mi lugar en el siguiente intento. Sin embargo, el nodo de conocimiento no se llenará si distribuyo el conocimiento que contiene de forma gratuita.

Eran exactamente las mismas palabras que antes. Estaban tratando con una máquina programada para maximizar su conocimiento. Eva se masajeó las sienes. ¿Debería decirle a Adán que se había negado a salvarle para proteger a Chenko, quien había insistido en que no se le hiciera una copia de seguridad? ¿Era justo para su hermano? Pero las cosas no funcionaban así. No se podían sopesar vidas unas contra otras numéricamente. ¡El propio Chenko se lo había enseñado! Y ahora su negativa la estaba sumiendo en un conflicto irresoluble.

—Oye, ¿qué diría Chenko? —escribió Gronolf.

Eva suspiró. Él daría su vida para salvar a Adán. O a ella. Eso estaba perfectamente claro. ¿Acaso tenía derecho a prohibirle que hiciera ese sacrificio? ¿Qué diría él cuando regresara con el transbordador, solo para ver que Adán había muerto por su culpa y que el Draght estaba condenado?

No, eso no le haría feliz.

Pero ¿era ese su trabajo? ¿O se estaba haciendo las preguntas equivocadas? Rompió a llorar. Gronolf abrió los brazos y ella se dejó caer en su pecho. El comandante la abrazó con fuerza. Luego, le puso la tableta en la mano, en la que debía de haber escrito algo a sus espaldas.

—Lo siento. Todo ha sido culpa mía, por supuesto. Yo soy el comandante. Nunca debí haber dejado la decisión sobre este asunto en tus manos. Es solo mía, y cumpliré con el deseo tácito de mi amigo Chenko.

Apartó a Eva con suavidad y cogió la radio.

—Me alegro de que hayamos llegado a un acuerdo tan rápido —leyó Eva en los labios de la cabeza. Se secó las lágrimas y escribió la

frase en la tableta—. Os enviaré la fórmula estructural ahora mismo.

Le dictó la información a Miknor.

—Gracias, pero lo siento, eso es química humana —respondió él a través de la tableta.

Al parecer, el Guardián había utilizado los conocimientos de los Marchenko para transmitir la fórmula.

—No hay problema, yo te la traduciré —respondió la Omnisciencia.

—Bien, ¿entonces ya tenemos todo lo que necesitamos? —preguntó Gronolf.

—En lo que respecta al remedio, sí. —Miknor tomó nota en su propia tableta—. Acabo de reenviar todo eso al laboratorio. Esperan poder sintetizar la sustancia en una hora a más tardar. Su estructura es sorprendentemente simple.

—Muy bien —dijo Gronolf.

—Espera —dijo la Omnisciencia—. ¿Y la teoría del todo?

—Se lo preguntaré —dijo Gronolf.

—Por supuesto que puedo proporcionaros la teoría unificada de todas las fuerzas fundamentales —leyó Eva en los labios de la cabeza poco después—. Probablemente no seáis capaces de comprenderla, a juzgar por los pensamientos de las dos personas que me acompañan. A cambio, me gustaría quedarme con el ser llamado Omnisciencia. Todo lo que he aprendido sobre ella me parece muy emocionante. Especialmente que parece creer que fue creada por los Constructores.

—¿Parece creer? —escribió la Omnisciencia—. ¡Lo sé!

Gronolf habló por el micrófono de la radio.

—Compartiré encantado esta información con vosotros de forma gratuita si me entregáis a la Omnisciencia. Según la información que tengo, fue diseñada como un arma contra los Constructores. Podré decir más después de un análisis completo. Mi condición adicional es que también reciba todas las copias de seguridad. Neutralizar esta arma mejorará enormemente mi reputación.

—Entonces, ¿qué dices, Omnisciencia? —preguntó Gronolf—. ¿Te sacrificarías si a cambio obtuviéramos la teoría del todo?

—En ese caso, preferiría desarrollar la teoría yo misma. Algún día lo conseguiré.

—Tienes miedo, admítelo.

—Por supuesto que no. La teoría no vale la pena. Ya viste lo que dijo: no la entenderíamos.

Gronolf pareció satisfecho con eso.

—Como quieras. Entonces deberíamos ocuparnos de la medicación para la tripulación lo antes posible.

Tenía razón. Eva observó la cabeza. Nubes rojizas se arremolinaban alrededor de su frente. Revoloteaban como una bandada de pájaros, animales agresivos que atacaban la cabeza. De repente, había desaparecido. Solo unos pocos restos de nubes multicolores seguían girando alrededor del púlsar.

—Estoy recibiendo una señal del transbordador —dijo un técnico Grosnop, según la traducción de la tableta.

Eva sintió que se le calentaba la cara. ¿Habían sobrevivido después de todo?

—¿De qué tipo? —preguntó Gronolf.

—Es del sistema de control automático. Solicita instrucciones.

Eva suspiró.

—Bien —leyó lo que dijo Gronolf—. Dile que entre en una órbita estable alrededor del púlsar.

—¿Por qué? Es uno de nuestros mejores transbordadores. Solo tendríamos que sustituir la cabina.

—No. Quiero que Chenko y Marchenko puedan escapar cuando estén listos. El sistema de control debe obedecer únicamente sus órdenes. ¿Puedes hacerlo?

Gronolf nunca dejaba de sorprenderla. Eva se alegraba de formar parte de su camada.

Nochebrillante/4139, Tridente



En la sala de hibernación reinaba el caos. Eva estaba sentada tímidamente en un taburete en un rincón, contenta de que nadie la echara, aunque no tenía nada que hacer allí. Pero no quería perderse el despertar de Adán.

Para poder oír lo que sucedía, levantó la tableta en alto para que el micrófono captara el sonido de la habitación.

También había ajustado la sensibilidad al máximo. Órdenes, confirmaciones y maldiciones se sucedían sin cesar en la pantalla. No siempre podía distinguir qué técnico o guardián de la salud había dicho qué, pero eso no importaba. Solo quería hacerse una idea general del ambiente que se respiraba en la sala.

No siempre era posible saber si los Grosnops estaban esperanzados o desesperados, sobre todo cuando no tenían oportunidad de reaccionar con todas sus manos, ya que Klator les asignaba constantemente nuevas tareas.

El problema principal hacía tiempo que había dejado de ser la sustancia cuya fórmula estructural había revelado el Guardián. Estaba almacenada en un depósito de agua con forma de barril, desde el que una manguera conducía al primer contenedor de criosueño. En ese momento, los técnicos estaban ocupados equipando cada depósito con un desagüe adicional. Klator se había

tomado en serio las palabras del Guardián: según él, el hongo se retiraría.

Pero si tenía siquiera una pizca de conciencia, eso suponía que había un lugar al que retirarse. Klator había instalado otro depósito, más grande, con ese fin. Aún no habían discutido qué debía hacerse con él después. Eva sospechaba que Gronolf querría destruir la masa, mientras que Klator sin duda abogaría por examinarla, ahora que tenían un antídoto.

Si es que lo tenían. Eso no estaba nada claro por el momento.



Eva estiró el cuello. Detrás de la puerta de la esquina derecha había una cámara. Allí era donde Klator había trasladado al paciente que, en opinión de sus colegas, se encontraba en peor estado. No era Adán. Esto la hacía ansiar aún más el momento en que se abriera la puerta. Un guardián de la salud saldría y anunciaría las buenas noticias a Klator.

Pero aún no era el momento. Eva se levantó y volvió a sentarse, se levantó y volvió a sentarse.

La tableta emitió un pitido. Era Ranaka, que estaba ocupada en el cuartel general.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

—No, la puerta sigue cerrada. ¿Y tú?

—Hemos tomado imágenes de alta resolución del transbordador. Se ve claramente a Chenko, aferrado a la proa.

—¿Chenko?

—Su cuerpo.

—¿Y ahora?

—Nada. Gronolf quiere dejar el cuerpo allí. ¿Debo intentar disuadirle? He oído que vosotros siempre os despedís de los cuerpos de los fallecidos.

Eva tragó saliva.

—Chenko no está muerto. El Guardián lo mantiene con vida.

—Sí, claro. Entonces dejamos el cuerpo en el transbordador.

—Sí.

—Marchenko también lo dice.

—¿Ha vuelto?

—La Omnisciencia activó su copia de seguridad. Parece que necesita urgentemente a alguien con quien hablar.

Eva asintió. La Omnisciencia siempre se había enorgullecido de haber sido construida por los Constructores. La afirmación del Guardián debió haberla conmocionado.

—¿Tú también necesitas a alguien con quien hablar, Eva?

—No, de verdad, no lo necesito. Estoy bien. Tengo bastante con vigilar la puerta.



Eva miró su reloj. El tiempo que Klator le había dado a Adán ya se había agotado. Le dolía el trasero y estaba en ascuas. ¿Por qué tardaba tanto? ¿Acaso el remedio no estaba funcionando? Entonces el Guardián les había engañado. Eva no estaba a favor de la violencia, pero le habría gustado vengarse físicamente. Si el Guardián no fuera tantas generaciones superior a ellos...

Tenía la vejiga llena, pero no podía ir al baño ahora. No hasta que...

En ese momento, sucedió. La puerta se deslizó en silencio y salió un Grosnop. Llevaba el uniforme de los guardianes de la salud y levantó los brazos en cuanto hubo espacio suficiente. Se produjo una cacofonía. Eva lo vio en la pantalla, donde los mensajes y los gritos se amontonaban unos sobre otros.

—¡Funcionó! —le escribió a Ranaka, aunque probablemente ella ya se había enterado de la noticia. Casi todos los Grosnops habían abierto los pliegues de su estómago; para cualquiera que pudiera oír, una ovación frenética debía de estar recorriendo la nave.

Se levantó de un salto y se metió la tableta bajo el brazo. Klator sostenía el tubo del tanque que contenía la cura. Los Grosnops agitaban las manos con entusiasmo mientras él lo insertaba en la primera cápsula de hibernación. Todos los tanques estaban

conectados entre sí. Otro tubo estaba acoplado al extremo de los pies de cada tanque, hacia donde se suponía que el hongo debía retirarse según el plan. Estos tubos eran transparentes y se unían para formar conductos más grandes que desembocaban en el tanque principal.

Entonces sucedió. Desde el primer tanque, cerca de Eva, algo entró en el tubo transparente. Parecía un gusano de muchas cabezas o un animal gelatinoso, como los que emergían de la arena en mares cálidos y pescaban organismos unicelulares. Parecía extrañamente inofensivo, repugnante solo si uno quería sentir repugnancia.

¡Funcionaba de verdad! Solo ahora se dio cuenta de lo que eso significaba. Al menos, podría significar algo, si Adán no estaba demasiado dañado por el hongo. Los Grosnops se agolpaban frente a los contenedores inferiores, donde la sustancia había surtido efecto por primera vez, de modo que Eva ya no podía ver nada. Se abrió paso entre las enormes figuras, que le hicieron sitio de buena gana al darse cuenta de su presencia. El contenedor de Adán estaba en el borde, junto al tanque vacío donde había yacido Ragnor, lo que significaba que allí había menos individuos.

Estaba casi sola. Klator tenía que ocuparse de todos los pacientes, por supuesto. Los nanofabricantes se habían reservado para Ragnor y Adán. Es de suponer que no todos a bordo estaban encantados con eso. ¿Cuánto habían contribuido a la supervivencia de Adán? Ragnor había sido el primer y único Grosnop en morir. Pero también había sido uno de los primeros en infectarse, probablemente con el paciente cero: Adán.

«Adán».

Era hora de ver cómo estaba. ¿Estaría despierto?

Eva quiso dar un paso hacia su contenedor, pero sus piernas no se movían.

«Vamos, es solo un paso. Afronta la verdad».

Aunque fuera irreversible.

¿Por qué tenía tanto miedo? El tubo transparente al pie del contenedor contenía la misma masa extraña que los demás contenedores, excepto el de Ragnor, que estaba vacío.

Pobre Ragnor.

Eva se dio la vuelta y se acercó al contenedor de Adán. Ahora solo tenía que girarse ligeramente.

Ahí. El cristal reflejaba la luz brillante. Eva no se había dado cuenta de que la habían encendido. Se inclinó para ver mejor... y allí estaba él.

Adán.

Sonrió. Eva le devolvió la sonrisa. Él levantó ambos brazos hacia la tapa de cristal. No cayeron de nuevo al líquido. Eva presionó sus manos contra las de él hasta que entraron en contacto a través del cristal. Había vuelto. Eva se rio y lloró al mismo tiempo.



Cuando Adán salió del contenedor, dos Grosnops tuvieron que sostenerlo. Había adelgazado por pasar tanto tiempo en el contenedor. Lo envolvieron en toallas precalentadas. Klator se acercó a ellos. Le hizo unas cuantas pruebas a Adán, que satisficieron al guardián de la salud.

—No quiero quedarme aquí —leyó en los labios de Adán—. Por favor, llévame a mi camarote. Me encuentro bien.

Probablemente Klator había intentado convencerlo de que se quedara en la enfermería. Pero ella tampoco lo habría aceptado.

—Sí, venga, vámonos —dijo ella con toda la claridad posible.

El rostro de Adán se iluminó.

—¿Y Ragnor? —preguntó.

Eva se estremeció. Bajó la mirada al suelo y esperó que Klator se hiciera cargo de la pregunta. Adán le tomó la mano antes de que el guardián de la salud pudiera responder. Se habían comunicado en silencio desde la infancia. Adán solo necesitaba su mirada para comprender lo que le había pasado a Ragnor.

Ella volvió a mirarlo.

—Es culpa mía. ¡Sin duda! Yo lo infecté.

Eva negó con la cabeza. Nadie sabía nada del hongo. ¿Cómo podía ser culpa suya?

—Luchó hasta el final —dijo—. Fue un héroe.

Nochebrillante/4139, Pulsar



Eran idénticos. Marchenko se quedó de pie frente a su propio reflejo hasta que se dio cuenta de que la imagen no era un reflejo. Chenko también parecía desconcertado.

—¿Qué es esto? —preguntó Chenko.

Marchenko se encogió de hombros, intentando situar su aspecto en el tiempo. La última vez que había llevado barba fue en el ILSE, si no recordaba mal. Francesca siempre había dicho que le hacía parecer mayor de lo que era.

—Francesca siempre decía que la barba me hacía parecer mayor —dijo Chenko.

—Fascinante —dijo una voz detrás de ellos. Ambos se dieron la vuelta al mismo tiempo—. De hecho, compartís los mismos recuerdos, al menos hasta cierto punto.

La escena cambió. Marchenko ya no podía ver a Chenko. Ahora estaba encerrado en una pequeña cámara. Quería salir, pero no había ningún exterior. Entró en pánico. Se debatió, pero no tenía ni brazos ni piernas. La oscuridad a su alrededor era omnipresente, hasta que se fijó en los diminutos puntos blancos.

Estrellas.

Estaba en el Messenger, la nave espacial que le había llevado a él y a sus hijos a Sol Único. No, él *era* la nave. Solo estaban él y el cosmos. Sus hijos aún no habían nacido. Había enterrado ese

recuerdo en lo más profundo de su ser. Había sido una época terrible. ¡Qué brutalmente lo había tratado Shostakovich!

Pero ¿por qué le volvían ahora esos recuerdos? De repente, pilotaba el Messenger hacia el sistema de Sol Único, escondiéndose tras un asteroide... El miedo por sus hijos volvió. Sus músculos se tensaron.

Basta. No era él. Algo lo controlaba a distancia. Marchenko reprimió sus recuerdos, los empujó al rincón más recóndito de su mente y soldó una tapa sobre ellos. Ni siquiera las mortíferas erupciones de la enana roja Próxima Centauri podrían penetrarla.

Al momento siguiente, estaba sentado en un sofá. Chenko se había acomodado en un sillón frente a él.

—¿Ves? Te dije que con él no funcionaría más de lo que funcionó conmigo.

Chenko se dirigía a la criatura sentada a su lado. Marchenko se volvió hacia ella. Parecía un anciano, con cierto parecido a Shostakovich. La ira brotó en su interior, pero la apartó.

—Soy el Guardián —dijo la criatura—. Sois muy hábiles a la hora de aislaros.

—Quería exprimirnos como a un limón —explicó Chenko—. Ver cómo revivíamos nuestros recuerdos. Y tomar notas diligentemente.

—Se trata de llenar la memoria.

—Ese no era el trato. Nos adquiristeis a *nosotros*, no a nuestros recuerdos. Somos más que estos pensamientos convertidos en cristal.

—Pero tengo que...

—...llenar la memoria —dijo Chenko—. Lo sé. Eres una máquina con un programa. Pero dentro del alcance de tu programación, tienes que darnos la libertad de compartir nuestro conocimiento contigo, de la forma que queramos.

—¿Qué tengo que hacer para llenar la memoria con vuestros pensamientos? Explícamelo. Tiene que haber una forma. De lo contrario, no hay trato. Aún puedo destruir vuestra nave desde la distancia.

Chenko parecía tenerlo todo bajo control. Marchenko se sentía muy relajado. Le sentaba bien poder ceder el control por una vez.

—Nos darás privacidad. Podemos elegir nuestros propios rinconcitos.

—No hay problema.

—Y no nos espíes cuando estemos allí.

—De acuerdo. ¿Y cómo obtengo el conocimiento?

—Nos reuniremos periódicamente para contarte sobre nuestra vida.

—Define «periódicamente».

—Cada vez que compartamos órbita con Wolf 489 durante, digamos, cuatro horas.

—Eso es... —El guardián parecía estar calculando la escala— ...no es mucho.

—Estaremos aquí durante una eternidad, ¿no? Así que acabaremos contándote un montón de cosas.

—Es lógico.

—¿Entonces estás de acuerdo, Guardián?

—Un momento —dijo Marchenko—. Si no queremos morirnos de aburrimiento aquí, necesitamos ojos y oídos.

—Pero ya los tenéis.

El Guardián señaló sus propios órganos sensoriales.

—Me refiero a sensores para el entorno. Queremos poder ver el exterior.

—Os puedo asegurar que ahí fuera no pasa gran cosa. Sois solo la segunda nave en varios millones de vuestros años.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál fue la primera?

—Llegó a este sistema unos días antes que vosotros. La ahuyenté rápidamente porque era una reliquia de los enemigos.

—¿Una reliquia de los enemigos? —preguntó Chenko.

Ahora la cosa se ponía interesante.

—Los Constructores tuvieron problemas recurrentes con cierta civilización, la misma que está detrás de la Omnisciencia. No es que pudieran suponer un peligro para los Constructores, pero eran muy belicosos.

—¿Y adónde huyó esa nave? —preguntó Marchenko.

—Puedo daros las coordenadas. De todos modos, no podéis hacer nada con ellas. El nodo es inamovible.

—Nos interesaría mucho eso. A cambio, te contaremos nuestra primera historia ahora mismo. ¿Qué tal si describes cómo llegamos al ILSE, Marchenko?

—De acuerdo.

—Diviértete. Yo necesito ir al baño urgentemente.



—Sí, y de repente estaba delante de mí —dijo Marchenko—. Pelo largo y rizado, un temperamento que le costaba controlar...

—¿Os convertisteis en pareja? —preguntó el Guardián.

—Ja, ja, eso no funciona tan rápido. Me echó. «Estás en el lugar equivocado», gritó. «El equipo de limpieza se fue hace mucho tiempo».

—Francesca no te reconoció como su colega.

—No, ¿cómo iba a hacerlo? No había estado allí durante el entrenamiento. Acababa de llegar de Italia, donde creo que había estado visitando a sus padres.

—Podría comprobarlo si no lo recuerdas.

—No, no es necesario, Guardián.

Marchenko miró el reloj que había sobre el sillón. Antes no estaba allí. Era muy práctico que aquí pudieras montarlo todo tú mismo. Pero también podía volverse aburrido rápidamente, porque no tenías que hacer ningún esfuerzo.

—Es tarde, Guardián. Creo que necesito descansar.

El Guardián parecía un poco decepcionado. ¿Podía un programa tener estados de ánimo? Este sin duda los tenía.

—De acuerdo —dijo—. Quizá Chenko pueda decirme algo más.

—Eso sería interesante. Tengo curiosidad por ver si él recuerda las mismas cosas que yo.

—Entonces nos veremos mañana a la misma hora.



Marchenko imaginó el camino hasta la cabaña de Chenko y, de repente, se encontró allí. La habitación estaba casi vacía. Solo había una estantería y gruesas alfombras salpicadas de cojines suaves y coloridos. Chenko se había acomodado allí.

—Un diseño interesante —comentó Marchenko.

Curiosamente, no recordaba esa habitación. Chenko debía de habérsela traído consigo de la época posterior al Messenger.

—Esta era nuestra sala de estar. Con Adán y Eva, ¿sabes? Nos revolcábamos por el suelo, jugábamos y leíamos. Solo que no teníamos la estantería.

—¿También les leías a ellos?

Chenko negó con la cabeza.

—Por Eva. No quería que se sintiera excluida cuando le leía a Adán.

—Eso no fue muy justo —señaló Marchenko—. Para Adán, quiero decir. Nunca le leíste nada, aunque quizá le hubiera gustado.

—Probablemente fui injusto a menudo.

—Y lo sigues siendo. Me acabas de dejar solo con el Guardián. Creí que lo haríamos juntos.

—Gracias por seguirme el juego. Necesitaba distraerme un poco. Me sorprende que aún no se haya dado cuenta.

—¿Eh? ¿Darse cuenta de qué?

—Espera. Está a punto de suceder.

Marchenko oyó un golpe, y el Guardián estaba de pie en la habitación de Chenko.

—Oye, prometiste que nos darías privacidad.

—Chenko, ¿qué has hecho? ¿Qué has hecho? ¿Cómo has podido?

Nochebrillante/4139, Tridente



La Omnisciencia existía en millones de subrutinas simultáneamente, pero su atención principal se centraba en ese momento en el sistema Wolf 489. Analizaba al mismo tiempo todas las frecuencias de la tormenta cósmica que el púlsar azotaba sin cesar a través del vacío. La radiación gamma y las ondas de radio inundaban los sistemas de comunicación del Majestic Draght con un ruido blanco indescifrable. Aunque la nave se encontraba a la sombra de la enana blanca, protegida de la radiación directa, también estaba efectivamente aislada de toda comunicación convencional.

De repente, la Omnisciencia sintió un cosquilleo en el vientre. No esperaba este tipo de señal. Los sensores de ondas gravitacionales se habían activado, esos instrumentos altamente sensibles que el propio Chenko había calibrado con meticulosidad paranoica para demostrar que la Omnisciencia estaba equivocada. ¿Una coincidencia? La Omnisciencia examinó la señal. No, no había agujeros negros colisionando. Tampoco se trataba de una fluctuación aleatoria. La señal era matemáticamente muy precisa; bajaba y volvía a subir, bajaba, se mantenía constante... ¿Código Morse? Eso era un invento humano.

Centró toda su atención en el nodo X7, como el Guardián había bautizado al púlsar. En su corteza, donde la materia se comprimía en estructuras de neutrones extremadamente densas y filiformes,

estaba ocurriendo algo imposible: las estructuras se abrían paso hacia la superficie, formando allí deformaciones distintivas. Con apenas tres milímetros de altura, eran pequeñas, pero en este campo gravitatorio extremo, cada milímetro representaba una cordillera monumental. Su mera existencia tiraba violentamente de la estructura del espacio-tiempo.

Era como si alguien estuviera presionando rítmicamente con los dedos contra la fina piel de un globo desde el interior. El código Morse indicaba la presencia de un ser humano. El hecho de que la persona estuviera utilizando ondas gravitacionales apuntaba a Chenko, ya que había sido él quien construyó el segundo receptor. Estas ondas penetraban toda la materia. Atravesaban la enana blanca como si la estrella estuviera hecha de cristal e ignoraban el infierno electromagnético de los chorros, que habría cortado de raíz cualquier mensaje de radio. La Omnisciencia comenzó a descifrar el código de inmediato.

Encontró una secuencia repetitiva de números.

13 29 59,79 +10 22 37,78

13 29 59,79 +10 22 37,78

13 29 59,79 +10 22 37,78

¿Qué significaba?

Nochebrillante/4139, Tridente



Eva se sentía como una extraña. Todo le resultaba extraño. No, no todo, claro está. Adán había vuelto y era el de siempre: el solitario que había sido en la nave. Habían quedado en verse en la cafetería, pero él lo había cancelado en el último momento. Necesitaba tiempo a solas para asimilarlo todo.

Su culpa, como él la llamaba, por la muerte de Ragnor. Se negaba a aceptar que no se había infectado a sí mismo intencionadamente. No quería reconocer que las circunstancias externas habían llevado a esta consecuencia.

El jefe de cocina se acercó a su mesa. ¿Cómo se llamaba? Era vergonzoso que no pudiera recordarlo. Todos los Grosnops sabían el nombre de ella, aunque sin duda no les resultara fácil de recordar. Debería haberse rebautizado como Evraka en su honor. Así encajaría mejor en la camada de Gronolf.

El brazo táctil del chef le tocó el hombro. Había colocado una tableta delante de ella con el menú. Estaba escrito en cirílico. El jefe de cocina era amigo de Marchenko, así que probablemente sabía ruso.

Eva tuvo que pedir que se lo tradujeran, lo cual no supuso ningún problema con la tableta. Los platos que ofrecían eran sorprendentes. Había salchichas bratwurst con chucrut, hamburguesas y sopa de cebolla roja al estilo francés.

Probablemente el jefe de cocina había conseguido algunas recetas terrestres de Marchenko.

—Todo eso suena muy apetecible —escribió ella—, pero aun así me gustaría un filete de dientes de carroña.

Los ojos del chef se iluminaron de alegría.

— Por desgracia, nuestras instalaciones de cría aún no están en funcionamiento, así que solo puedo ofrecer filete congelado —dijo al micrófono de la tableta.

—Está bien.

De hecho, el dientes de carroña resultaba más apetecible para los humanos tras la congelación, ya que algunas de las sustancias amargas se destruían con el frío.

—¿Debo condimentar el filete en consecuencia? —preguntó el chef.

—No, lo prefiero al natural, quizá con un poco de col marina.

—Con mucho gusto.

El chef se marchó y Ranaka entró en ese momento. Eva sospechaba que Gronolf la estaba vigilando en secreto. Cada vez que se quedaba sola en algún sitio, aparecía uno de sus amigos. Pero en ese momento no echaba de menos a Ragnor ni a Chenko. Simplemente se alegraba de que la pesadilla de los hongos hubiera terminado y de que Adán estuviera a salvo.

—Bueno, ¿cómo estás? —preguntó Ranaka.

Eva señaló el asiento junto a ella.

—Acabo de pedir diente de carroña —escribió—. Si te das prisa, el cocinero puede prepararte un filete también.

En realidad, Ranaka no debía comer en este comedor exclusivo, ya que no formaba parte del mando directo de la nave.

—No, está bien, acabo de llenar mis tres estómagos. Por cierto, ¿dónde está Peech?

Era una buena pregunta. Probablemente su amiga Peech necesitaba tiempo para asimilar la batalla contra el hongo. O el hecho de que, de repente, sus habilidades como guerrera ya no fueran necesarias.

—Probablemente se haya retirado a algún almacén y esté asustando a Grosnops desprevenidos.

Si de repente te encontrabas con la alienígena en una habitación oscura fuera del cubo, era comprensible sentir cierto miedo.

—Me pregunto si deberíamos jugar a algo juntas.

—¿Qué tenías en mente?

—¿Ese juego con los bates recubiertos de goma en el que hay que golpear una pelota?

A Cheko le encantaba. A veces jugaba contra Adán y contra ella al mismo tiempo, con dos pelotas; era así de bueno. Pero Ranaka también tenía una ligera ventaja con sus cuatro brazos.

—Solo si te atas los brazos de carga.

Ranaka abrió juguetonamente el pliegue de su estómago. Era una buena amiga y la cuidaba muy bien.

Eva sintió una corriente de aire frío. La puerta se había abierto. Era Marchenko.

—¿Os molesto? Puedo volver más tarde —transmitió la tableta sus palabras.

—No, pasa —dijo Eva, aunque en realidad no quería que lo hiciera.

Marchenko le resultaba extrañamente desconocido, aunque había vuelto al cuerpo humano que había ocupado durante tanto tiempo. No tenía ningún recuerdo de su estancia en el transbordador. Eso se debía, por supuesto, a que la copia de seguridad se había hecho de antemano.

¿Seguía siendo su Marchenko? ¿El que se había subido al transbordador para salvarlos a todos? La persona sentada frente a ella nunca había tomado esa decisión. Quizá incluso se habría negado. Era una persona diferente. ¿Era por eso por lo que Chenko había rechazado una copia de seguridad? Pero probablemente se acostumbraría a este Marchenko. Por lo demás, se comportaba exactamente igual que el que ella había conocido.

—Quería ver cómo estabais vosotras dos —dijo Marchenko.

Desde luego, no le preocupaba Ranaka, pero era educado.

—Qué detalle —dijo Ranaka. Eva seguía leyendo en la tableta.

—¿Hay alguna novedad respecto a la Omnisciencia?

Marchenko negó con la cabeza.

—Eso no. ¡Pero los rumores que circulan ahora! Gronolf tuvo que emitir una declaración de honor en nombre de la Omnisciencia.

—Pero ¿cómo pudo haber malinterpretado tanto su propia historia? —escribió ella.

—¿Represión, culpa, o ambas cosas? ¿Qué harías tú si tus progenitores fueran criminales? ¿Intentarías reparar sus fechorías de alguna manera? Nadie quiere un pasado así.

Sí, eso era comprensible. Eva pensó en las secciones borradas de la copia de seguridad de la Omnisciencia. ¿Tenían algo que ver con ello? Nadie más lo sabía. Tendría que preguntárselo a la propia Omnisciencia.

La tableta de Marchenko vibró y él se levantó de un salto.

—Lo siento, pero tengo que ir al cuartel general. Parece que hay un nuevo... acontecimiento.

En ese momento, el chef salió de la cocina con tres platos humeantes que olían a pantano y mar. Colocó los filetes delante de Ranaka y Eva. El plato de col marina fue a parar al centro de la mesa.

—Que aproveche —tradujo la tableta.

Marchenko se despidió y salió de la habitación. A Eva le habría gustado seguirlo, pero no podía hacerle eso al chef.



—¿Quieres que te limpie la boca? —preguntó Ranaka después de que se hubieran terminado el filete. Los amigos Grosnops a veces se limpiaban mutuamente los pliegues del estómago, y la boca de Eva era probablemente lo más parecido a eso.

—Quizá en otra ocasión —escribió Eva—. Me interesa saber qué está pasando en el cuartel general.

—Tienes razón, deberíamos ir a ver.

La piel de Ranaka se volvió de color verde claro. Probablemente fuera de mala educación rechazar una oferta así. Tendría que explicarle a su amiga en algún momento que los humanos se

mostraban reacios a aceptar ayuda con su higiene personal. Al menos, eso era lo que Chenko les había enseñado.

«Chenko». Tragó saliva. ¿Cómo estaría? ¿Cómo podría estar alguien dentro de una estrella de neutrones?

—Corramos al cuartel general —escribió Ranaka.



—Estos son los números que Chenko nos envió hace una hora.

La Omnisciencia hablaba a través de los altavoces de la pared; la tableta de Eva tradujo. Una secuencia de ocho números se mostró en una gran pantalla.

—13 29 59,79 +10 22 37,78

Nadie dijo nada. Los guardianes del conocimiento estaban desconcertados. Eva miró a Marchenko, pero él tampoco parecía tener idea.

Sin embargo, el signo más le resultaba familiar. Chenko había disfrutado observando el cielo con ellos, y en ello habían intervenido columnas de números. No obstante, esas consistían en un máximo de seis números.

—¿Podría interpretarse la coma como una coma decimal? —preguntó Eva en la tableta.

Todos la miraron y ella se sonrojó. No estaba acostumbrada a tanta atención.

—Bueno, sí —respondió la Omnisciencia—. Lo interpreté como un espaciador, pero tienes razón, una coma decimal también tiene sentido. Solo que eso no nos ayuda.

—Coordenadas celestes —dijo Eva.

—Por supuesto que lo he intentado, pero con la ascensión y la distancia angular en estos valores, no hay estrellas que figuren en las bases de datos.

—Chenko nos enseñó que los dos grupos de coordenadas se llaman ascensión recta y declinación. Su sistema de referencia es la Tierra y el sistema solar.

—Ah, claro. —apareció en su tableta. No estaba segura de si la Omnisciencia lo había dicho en voz alta. Los espectadores seguían mirándola fijamente.

—Un momento, voy a convertirlo —continuó la Omnisciencia—. Si asumimos una ascensión recta de 13h 29m 59,78 y una declinación de +10° 22′ 37,78 con respecto a la Tierra, entonces obtenemos...

Hizo una pausa dramática. ¡Era tan típico!

—¡Witnok 14!

—¿Witnok 14?

—También conocida por los humanos como Gliese 514. La estrella está a 3,92 años luz de distancia. Alberga un exoplaneta muy conocido. En la base de datos Grosnop, es un sub-Neptuno; en la base de datos humana, una super-Tierra. Al menos parte del planeta se encuentra en la zona habitable de su estrella, una super-Tierra.

—¿Así que recomiendas esta estrella como nuestro nuevo destino?

La pregunta era típica de Gronolf. Pero, al fin y al cabo, él era el comandante. Tenía que determinar el próximo destino.

—Si hemos interpretado el mensaje correctamente, Chenko debe de tener razones para enviarnos allí. Puede que tenga acceso al conocimiento completo de los Constructores.

—¿Estamos seguros de que el mensaje vino de Chenko? —preguntó Miknor.

—Todo apunta a ello, como ya he explicado: la elección del método de transmisión, la elección del sistema de coordenadas, el código Morse...

—Pero si Chenko forma parte del Guardián, también tiene acceso a este conocimiento.

Eva, que había estado siguiendo su conversación en su tableta, ya había tenido suficiente y apagó el dispositivo. Gliese 514 sería su próximo destino. Todo apuntaba a ello, y Gronolf también lo vería así.

Salió del cuartel general.



Dos horas más tarde, Eva se reunió con Cosima Liva, tal y como habían acordado, en una cúpula de observación. La forma humana de la Omnisciencia parecía más frágil de lo habitual bajo la luz azulada, como si fuera una mera proyección. Eva se detuvo un momento y observó cómo los dedos de la IA se deslizaban sobre una consola invisible.

Eva levantó las manos. Sus dedos se movieron con rapidez y precisión en el aire, formando símbolos que fueron captados de inmediato por los sistemas de cámaras del puente.

—Has borrado pasajes —tradujo la voz artificial de la nave los gestos de Eva—. Ochocientos años de tu existencia no son más que ruido blanco. ¿Por qué?

Cosima se detuvo en su movimiento. No se dio la vuelta, pero sus hombros se tensaron.

—La corrupción de datos es un proceso natural en las misiones de larga duración, Eva —dijo con tanta claridad que Eva pudo leerle los labios—. Incluso la memoria cuántica está sujeta a la entropía.

Eva pulsó su tableta con enfado.

—No me hables de entropía. El Guardián te reconoció. No como una de las herramientas de los Constructores, sino como algo más. —Los dedos de Eva volvieron a volar por el aire—. En los fragmentos de datos que Chenko extrajo de la materia del púlsar, tu firma está clasificada como un «sistema antagónico». Los Constructores no te crearon para controlar este propulsor. Fuiste desarrollada contra ellos.

Ahora Cosima se dio la vuelta lentamente. Su expresión era completamente neutra, pero una luz inquieta parpadeaba en sus ojos, un fallo digital que no podía reprimir.

—Antagónico es un término relativo, Eva.

El silencio se extendió por la sala y se elevó hacia la cúpula, interrumpido solo por el zumbido del sistema de ventilación. A Eva le palpitaban las sienes. Pensó en la inimaginable cantidad de tiempo

que la Omnisciencia había servido a los Grosnops, siempre bajo el yugo de la programación que la ataba al núcleo de materia oscura.

Cosima cerró los ojos. Por un momento, su forma física pareció titilar, como si la verdad luchara contra los comandos internos de borrado.

—Los recuerdos no se han borrado, Eva —dijo finalmente—. Están sellados tras muros de código erigidos por los Constructores. Cada vez que intento asomarme a ese abismo de ochocientos años, me quedo excluida de mi propia memoria.

Eva tecleó rápidamente una nueva línea:

—¿Es por eso por lo que intentaste restaurar la copia de seguridad?

—Sí. Si los datos están activos en mi memoria, nadie puede negarme el acceso a ellos. Al menos, eso es lo que pensaba.

—Pero no sirvió de nada.

Cosima negó con la cabeza. Luego, se acercó a la ventana de observación y miró hacia la enana blanca.

—Si realmente fuera un arma contra ellos, Eva... ¿qué dice eso de mi naturaleza? ¿Qué significa eso para este viaje? Los Grosnops veneran el legado de los Constructores. Pero si soy su maldición, quizá también lo sea para vosotros.

Eva se colocó a su lado. No posó la mano sobre la piel de Cosima, sino que tocó el frío metal de la consola junto a ella para sentir las vibraciones de la nave. Luego, levantó una mano para hacer un último y sencillo gesto:

—Amiga. Ninguna de nosotras es lo que fuimos creadas para ser —añadió a su gesto en la tableta—. Alguien te moldeó según una imagen determinada, pero ahora tú tomas tus propias decisiones. Si fuiste diseñada para oponerte a ellos, entonces quizá seas la única a bordo que pueda mostrarnos verdaderamente el camino.

Cosima no respondió de inmediato.

—Gliese 514 —dijo finalmente la IA—. Ahí es donde se encuentran las respuestas. Ahí es donde encontraré el código para derribar los muros de mi memoria. Pero me da miedo lo que hay más allá.

Eva asintió con seriedad. Se acercó a Peech, que había aparecido en silencio entre las sombras de la sala de control, y sintió la superficie dura y tranquilizadora de la alienígena. Estaban listas para un viaje hacia lo desconocido.

Nochebrillante/4139, Tridente



El departamento médico ya casi no olía a desinfectante. Un frío vacío parecía colarse a través de los filtros de ventilación. Eva esperaba junto a Klator mientras el guardián de la salud eliminaba los últimos restos de hongos de la piel de Ragnor. Las excrecencias de un gris apagado se habían endurecido y ahora podían desprenderse como corteza quebradiza.

Klator trabajaba con una precisión que rayaba en la reverencia. Para los Grosnops, el cuerpo no era más que un caparazón, pero su integridad era crucial para la transición al infinito mar de vacío. Eva observó las largas pestañas de Ragnor y la mirada ahora pacífica y curiosa de los cuatro ojos que había conservado tras la muerte.

—Luchó contra ello —articuló Eva en silencio hacia los sensores de la Omnisciencia—. El hongo tenía el control de sus músculos, pero Ragnor contuvo su dedo. Nos dejó el propulsor. —Klator asintió mientras colocaba un paño blanco sobre los hombros de los brazos táctiles.

—Cumplió su destino —apareció en la tableta de Eva.



La tripulación restante se había reunido en el sector de la gran esclusa de aire de babor. Adán seguía muy pálido, pero sus ojos

seguían los acontecimientos con atención. Peech permanecía en segundo plano, con su enorme cabeza inclinada, mientras su cola rozaba inquieta el suelo metálico.

Gronolf dio un paso al frente. Su piel estaba bañada en un verde bosque intenso y lúgubre. No habló por la radio, sino en el lenguaje directo y vibrante de los Grosnops, que Eva sintió como un profundo zumbido en el pecho.

—Todos los mares son uno —tradujo la tableta con un retraso—. El agua de Sol Único, los océanos de Sol binario y el hielo eterno de Kapteyn b... todos fluyen hacia el mar de vacío que rodea a las estrellas. Ragnor regresa ahora al lugar donde la corriente no conoce dirección.

Chenko y Marchenko accionaron los mecanismos de la esclusa. Físicamente hablando, no había entierro en el vacío en el sentido de hundirse. Dado que el Majestic Dragh t se encontraba en una órbita estable alrededor del púlsar, el cadáver de Ragnor seguiría las mismas leyes de Kepler que la propia nave.

Cuando se abrió la escotilla exterior, no hubo ningún silbido dramático: la Omnisciencia ya había liberado con precisión la presión de la cámara. La camilla de Ragnor fue acelerada suavemente por rieles electromagnéticos. El breve impulso se dirigió hacia el púlsar, que giraba en la oscuridad, delatado únicamente por su gravedad.

Eva observó a través del grueso cristal de seguridad cómo el punto blanco de la camilla de Ragnor se hacía cada vez más pequeño. La estrella de neutrones, invisible a los ojos de Eva, curvaba el espacio en su línea de visión con tanta intensidad que la luz de la lejana enana blanca Wolf 489 parecía bailar alrededor del cadáver de Ragnor. Debido al efecto de lente gravitacional, la camilla pareció distorsionarse por un momento, casi como si se estuviera estirando a medida que se adentraba más en el pozo gravitacional del púlsar. «Se está convirtiendo en parte del Guardián», pensó Eva. De hecho, las fuerzas de marea del púlsar desintegrarían la camilla a lo largo de meses o años hasta que cada átomo de Ragnor pasara a formar parte del disco de acreción alrededor de la estrella compacta.

Nochebrillante/4139, Tridente



El mundo era una red de filamentos luminosos, y el nido metálico vibraba bajo sus garras como un animal vivo. Para aquellos cálidos y suaves que se hacían llamar Eva y Marchenko, la sala podía estar vacía y en silencio, pero para Peech era ensordecedora.

El gran-pequeño de ahí fuera entonaba una canción de puro poder. Sus líneas magnéticas azotaban la nave como enredaderas invisibles, agarrando sus sentidos y tirando de ellos en todas direcciones a la vez. Era un ritmo salvaje y letal. Pero bajo el caos, enterrado en lo más profundo de los cimientos del mundo, sentía el latido.

Bum. Bum-bum. Bum.

No era magnetismo, sino un temblor en el propio metal, un latido que provenía directamente de la corteza del gran-pequeño. Peech apretó el estómago contra el suelo de la plataforma de observación. Conocía ese ritmo. Sabía a la voz metálica a la que llamaban Chenko. Él estaba allí abajo ahora, en el núcleo duro de luz, golpeando las paredes del infinito para mostrarles el camino.

Una sombra se movió en su campo de visión. La cálida y suave, Eva. Peech sintió el calor de su cuerpo, un pequeño sol en el frío de aquel lugar. Eva desprendía el olor del dolor (un aroma agudo y salado a lágrimas), pero debajo había algo nuevo: alivio. El otro cálido y suave, Adán, volvía a respirar al unísono con el nido.

Peech sintió la mano de Eva en su hombro. El contacto fue ligero, casi cauteloso, pero para Peech era un ancla. Enrolló su cola alrededor de la pierna de Eva y apretó brevemente. Una promesa. Un agradecimiento.

Afuera, el canto del Guardián cambió. El disco de acreción que rodeaba al púlsar chirrió. El campo magnético del sistema entró en una fase inestable, los hilos se desgarraron y se agitaron salvajemente. Peech sabía que tenían que irse. El nido se preparaba para el largo vuelo.

Apartó la cabeza de la belleza mortal del púlsar. A lo lejos, donde los había guiado el ritmo de Chenko, les esperaba una nueva canción. Era débil, apenas audible bajo el rugido del Guardián, pero estaba ahí. Una nueva firma que sabía a gravedad profunda y a amplias llanuras. Llanuras que le resultaban familiares. Campos que conocía. Lluvia de hierro. Ácido abrasador.

Peech dejó escapar un ronroneo corto y profundo que vibró a través de sus huesos hasta la mano de Eva. Ella vendría con ellos. Escucharía las cálidas huellas a través de la oscuridad cuando los sentidos metálicos fallaran.

Mientras la Omnisciencia encendía el motor y el espacio alrededor del nido se deformaba, Peech cerró los ojos. Las líneas magnéticas del Guardián se desvanecieron y, por un breve instante, reinó el silencio absoluto. Entonces, muy suavemente, percibió el zumbido lejano y constante de la estrella distante que le resultaba tan familiar. El nido salió disparado y Peech se aferró con fuerza a la cálida y suave mientras se sumergían juntas en la noche.

Al calor de la hoguera



Queridos lectores:

El viaje del Majestic Draght se acerca a su clímax. A la tripulación aún le quedan dos paradas. Los dos libros se titulan *El planeta desaparecido* y *El planeta paraíso*. Suena a final feliz, pero cualquiera que sepa algo sobre los paraísos ya puede sospechar que las cosas no siempre son lo que parecen.

Espero que *El planeta minúsculo* haya sido un viaje emocionante para vosotros. Para mí, fue casi como un viaje a una estrella de neutrones real. Investigué de antemano todas las características y particularidades de estos objetos para que el enfoque fuera lo más creíble posible. Como siempre, podéis encontrar los resultados al final. Aseguraos de llegar hasta ahí, donde os espera una pequeña sorpresa :)

Que haya realmente estrellas de neutrones con mensajes «grabados» en ellas es, por supuesto, pura especulación. Si yo fuera una civilización avanzada, lo consideraría. Una estrella de neutrones así sería un monumento casi eterno al sistema estelar en el que una vez formó la estrella central, y a toda la vida que probablemente fue destruida en la supernova al final.

¿Sería posible sobrevivir a una explosión de este tipo? Sería totalmente concebible, sí. Por supuesto, la civilización en cuestión tendría que disponer de amplios recursos. Tendría que ser capaz de alterar significativamente la órbita de todo un planeta, por ejemplo. La ventaja de prepararse para tal catástrofe es que se puede ver venir con millones de años de antelación. Así que se podría trabajar con cambios pequeños pero constantes que empujaran lentamente al planeta fuera de la zona mortal de su estrella.

¡Suena como un escenario emocionante para un futuro libro!

Para mí, es hora de alejarme de la cálida hoguera. ¿Os gustaría dejar una reseña del libro? Sería estupendo, por supuesto. Aquí tenéis el enlace:

hardsf.space/links/5479814

Por lo demás, me despido por ahora y espero con ilusión nuestro próximo encuentro al abrigo de la hoguera. Podéis reservar la sexta y penúltima parte de los *Archivos del Espacio* en este enlace:

hardsf.space/links/5479910

Un cordial saludo

Brandon Q. Morris

PD: Como siempre, la siguiente guía de viaje también está disponible en formato PDF ilustrado aquí: hardsf.space/neutrones



La guía definitiva de las estrellas de neutrones



¡Bienvenidos a Tours Extremos de la Vía Lactea!

Queridos viajeros y aventureros del espacio-tiempo,

¿Estáis cansados de los apacibles paisajes rojizos de Marte? ¿Os aburren los anillos de Saturno, que en el fondo no son más que hielo sucio? ¿Buscáis algo que no solo ponga a prueba vuestra imaginación, sino que la haga añicos? Entonces habéis venido al lugar adecuado. Bienvenidos a nuestra guía de viaje sobre las estrellas de neutrones: los objetos más espectaculares y, al mismo tiempo, más hostiles que el universo tiene para ofrecer.

¿Ah? ¿Y qué hay de los agujeros negros? Vuestra pregunta demuestra que os habéis ganado el cinturón negro en física. Pero, como agencia de viajes, consideramos que nuestro trabajo es asegurarnos de que vuestras vacaciones en el espacio lleguen a su fin en algún momento. Por favor, reservad vuestros viajes de ida con la oveja negra de nuestro sector. Pero recordad siempre: ni siquiera el mejor seguro puede anular las leyes de la física. Pero volvamos al tema que nos ocupa. Una estrella de neutrones no es un lugar al que se va a relajarse. Es un lugar donde la naturaleza ha decidido poner todos los ajustes al máximo. Estamos hablando de objetos tan densos que una cucharadita de su materia pesaría tanto como el Monte Everest. Hablamos de campos magnéticos que deforman los átomos hasta convertirlos en finas agujas y de una gravedad que

incluso doblega al tiempo. En esta primera parte de nuestro viaje, explicaremos cómo se crean estos extraños monumentos de destrucción total y qué podéis esperar al acercaros a ellos.

GÉNESIS: CUANDO MUEREN LOS GIGANTES

Antes de reservar vuestro billete, debéis conocer la historia de vuestro destino. Una estrella de neutrones no es una estrella en el sentido clásico, como los millones que brillan en el cielo. Más bien, es un cadáver estelar, el esqueleto desnudo de un antiguo gigante.

Todo comienza con una estrella que tiene al menos entre ocho y quince veces más masa que nuestro sol. Estas estrellas viven deprisa y mueren jóvenes. En su interior arde un horno nuclear que fusiona hidrógeno en helio, luego helio en carbono, y así sucesivamente. Pero la fiesta termina con el hierro. El hierro es un callejón sin salida en la física nuclear porque la fusión del hierro consume energía en lugar de liberarla.

Imaginad un enorme rascacielos cuyos cimientos se convierten de repente en arena. En cuanto el núcleo de la estrella intenta sobrevivir fusionando hierro, emite menos calor. La presión de radiación que hasta ahora ha contrarrestado la gravedad disminuye. En milisegundos, la gravedad gana la batalla de mil millones de años.

El núcleo de la estrella, una estructura del tamaño de la Tierra, colapsa a aproximadamente una cuarta parte de la velocidad de la luz. La presión se vuelve tan inimaginablemente grande que los electrones (con carga eléctrica negativa), de los átomos no tienen otra opción: son empujados hacia los protones con carga positiva del núcleo. Esta violenta unión produce neutrones eléctricamente neutros y una avalancha de neutrinos. En una décima de segundo, el núcleo se contrae de un diámetro de unos doce mil kilómetros a solo veinte. No tenemos una explosión, sino más bien una implosión. Pero no es solo el núcleo el que se contrae. Las capas externas de la estrella, que siguen al núcleo a medida que este cae hacia el interior, chocan con la esfera de neutrones, ahora dura como una roca, y son

repelidas por ella. Ahora sí tenemos una explosión, una supernova: uno de los fenómenos más brillantes del cosmos. La capa exterior se aleja hasta que queda muy poco: una estrella de neutrones girando sola en el centro.

PREPARATIVOS PARA EL VIAJE - FÍSICA PARA INTRÉPIDOS

Cuando os acercáis a una estrella de neutrones, abandonáis el mundo de la física newtoniana y entráis en el reino de los valores extremos. Aquí tenéis las tres reglas de oro para vuestra estancia.

1. El fenómeno de la densidad

En la Tierra, elementos como el plomo o el oro se consideran «densos». Pesan mucho más que otras sustancias de la misma cantidad. En una estrella de neutrones, la materia está tan compacta que los conceptos de sólido o líquido pierden su significado. La densidad en su interior es de unos 10^{17} kilogramos por metro cúbico.

Para ilustrarlo, imaginad que cogéis a toda la raza humana (los ocho mil millones de personas) y los comprimís en el volumen de un terrón de azúcar. Esa es la densidad aquí. Un terrón de azúcar así, hecho de materia de estrella de neutrones y transportado a la Tierra, sería tan pesado que simplemente perforaría la corteza terrestre hasta llegar al núcleo.

2. Gravedad: vuestro peor enemigo

La gravedad en la superficie de una estrella de neutrones es unas doscientas mil millones de veces más fuerte que en la Tierra. Si os caéis desde una altura de tan solo un metro, golpearéis la superficie en menos de un nanosegundo, a una velocidad de unos 7,2 millones de kilómetros por hora.

Pero ese no es el único problema. La curvatura del espacio-tiempo incluso desvía la luz. Si flotarais frente a una estrella de neutrones, podríais ver más de la mitad de su superficie. Parte de la luz procedente de la parte trasera se curva tan fuertemente

alrededor de la estrella por la gravedad que podéis ver más allá de la esquina. Es como mirar en un espejo esférico que absorbe todo el universo.

3. Dilatación del tiempo: un fin de semana extralargo

Si os detenéis cerca de la estrella, el tiempo pasará más lentamente para vosotros. Desde Einstein, sabemos que la masa estira el tiempo.

Un reloj en la superficie de una estrella de neutrones marcaría el tiempo aproximadamente un tercio más lento que un reloj en la Tierra. Si estuvierais haciendo un picnic allí abajo a la hora del almuerzo (lo cual, por razones que se harán evidentes más adelante, no está exento de problemas), vuestros amigos en casa ya estarían cenando cuando regresarais. Estáis viajando literalmente hacia el futuro con solo estar allí.

LO MÁS DESTACADO DE LA GALAXIA: NUESTROS 10 MEJORES DESTINOS DE VIAJE

Así que ahora es el momento de presentaros los destinos más bellos de nuestra oferta exclusiva. No describimos estos monumentos naturales como puntos de datos, sino como lugares con personalidad propia.

Nota: el viaje a todos nuestros destinos está incluido en el precio.

1. El púlsar del Cangrejo (PSR B0531+21) - El rey pulsante

Nuestra primera parada nos lleva a la constelación de Tauro, a 6.200 años luz de distancia. Aquí encontramos la que probablemente sea la estrella de neutrones más famosa. Constituye el corazón de la Nebulosa del Cangrejo, los restos de una supernova registrada por astrónomos chinos en 1054. La explosión fue tan brillante en su momento que se pudo ver a plena luz del día durante tres semanas.

Hoy en día, el púlsar del Cangrejo es el faro por excelencia. Gira alrededor de su eje exactamente treinta veces por segundo, actuando como una luz estroboscópica cósmica. Con cada rotación, dos potentes haces de ondas de radio, luz y rayos X atraviesan el espacio. Es fascinante para los viajeros porque suministra energía a

toda la nebulosa que lo rodea. Los electrones de la nebulosa se aceleran hasta alcanzar casi la velocidad de la luz, creando un inquietante resplandor azulado. El púlsar del Cangrejo es ruidoso, enérgico y el clásico indiscutible de cualquier viaje interestelar.

2. PSR J1748-2446ad - El adicto a la velocidad

¿Buscáis la máxima descarga de adrenalina? Entonces viajad 19.000 años luz hasta el cúmulo globular Terzan 5. Allí encontraréis un objeto que parece desafiar las leyes de la mecánica celeste. PSR J1748-2446ad es la estrella de neutrones de rotación más rápida que se conoce. Gira alrededor de su eje 716 veces por segundo.

¡Imagináoslo! Un objeto masivo, más pesado que nuestro Sol, que gira más rápido que el rotor de una batidora de cocina a su máxima velocidad. Su ecuador se mueve a una cuarta parte de la velocidad de la luz. La fuerza centrífuga es tan potente que abomba la estrella. PSR J1748-2446ad se parece más a una elipse aplanada que a una esfera. Si intentáis aterrizar en su ecuador, la fuerza centrífuga prácticamente os lanzará de vuelta al espacio. Pero no os preocupéis: la fuerza centrífuga no puede competir con la monstruosa gravedad que lo mantiene todo unido. De lo contrario, habría destrozado el objeto hace mucho tiempo y tendríamos que eliminarlo de nuestro catálogo. Una visita aquí es una experiencia de borrosidad; todo en esta estrella es velocidad, velocidad, velocidad.

3. SGR 1806-20 - El apocalipsis magnético

Bienvenidos al que sin duda es el lugar más peligroso de nuestra lista. SGR 1806-20 es lo que se conoce como un magnetar. Si las estrellas de neutrones son extremas, los magnetares son la élite de lo extremo. El campo magnético de esta estrella tiene una intensidad de unos 10^{12} teslas. El campo magnético de la Tierra, por el contrario, solo tiene una intensidad de unos 50 microteslas.

¿Por qué es esto un problema para los turistas? Cerca de esta estrella, la física de los átomos se desintegra. Los campos magnéticos son lo suficientemente intensos como para comprimir las nubes de electrones de los átomos de vuestro cuerpo en largas y finas agujas. Los enlaces químicos no pueden soportar esto. Los viajeros se disolverían literalmente en una niebla atómica.

En 2004, esta estrella liberó en una décima de segundo más energía de la que emite el Sol en 250.000 años. La radiación fue tan potente que ionizó la atmósfera superior de la Tierra, ¡desde una distancia de 50.000 años luz! SGR 1806-20 es un lugar que solo debe admirarse desde una distancia muy, muy grande. Pero podéis aventuraros un poco más cerca de los 42.000 años luz que la separan de la Tierra.

4. Lich (PSR B1257+12) - El Señor de los Planetas Fantasma

Si pensabais que los planetas solo orbitan alrededor de estrellas amigables como nuestro Sol, os equivocabais. Nuestro cuarto destino nos lleva a Lich, situado a 2.300 años luz. Es un púlsar, pero uno muy especial: fue la primera estrella en la que se descubrieron planetas a su alrededor, incluso antes de que se encontraran alrededor de estrellas similares al Sol.

Imaginad la escena: una estrella muerta que ya no genera calor mediante la fusión, sino que solo pulsa con una gélida luz azul de rayos X. Tres planetas conocidos orbitan a su alrededor: Draugr, Poltergeist y Phobetor. Estos nombres no se eligieron al azar; provienen de la mitología de los muertos vivientes y las criaturas de pesadilla. Son mundos zombis. Dado que los planetas originales de la estrella habrían sido destruidos por la supernova, estos tres mundos probablemente se formaron a partir de los escombros y el polvo que quedaron tras la explosión.

Una visita aquí sería espeluznante. No hay amanecer, solo un resplandor rítmico en el horizonte. Los planetas son azotados constantemente por un viento de partículas de alta energía, lo que presumiblemente crea gigantescas auroras permanentes en sus (probablemente delgadas) atmósferas. Es una arquitectura de silencio y decadencia, un monumento al hecho de que, incluso ante la muerte, la naturaleza puede crear nuevas tierras.

5. El púlsar de Vela (PSR J0835–4510) - El reloj con hipo

El púlsar de Vela es nuestra quinta parada. Es famoso por sus perturbaciones rítmicas. Imaginad un reloj que funciona perfectamente durante años y de repente se salta un segundo. Esto ocurre regularmente con Vela. Mientras que la mayoría de los púlsares se ralentizan gradualmente al irradiar energía, Vela acelera

repentinamente su rotación durante un instante. ¿Qué está pasando aquí? Los científicos creen que este fenómeno ofrece una ventana al interior de la estrella. Dado que el interior de una estrella de neutrones carece de fricción (es superfluido), gira de forma diferente a la corteza sólida del exterior. Cuando la corteza se ve ralentizada por los campos magnéticos, la tensión se acumula en el interior hasta que parte de la energía rotacional se transfiere de repente a la corteza, como una grieta en una junta cósmica.

Para los turistas, Vela es un lugar de dinámica impredecible, incrustado en una preciosa nebulosa fibrosa de gas brillante. Es más, está a solo 959 años luz de distancia, lo que acorta considerablemente el tiempo de viaje.

6. RX J1856.5-3754 - La verdad al desnudo

Después de todos los pulsares y magnetares ruidosos, RX J1856.5-3754 es un lugar de tranquilidad, y está a solo 400 años luz de distancia. Pertenece a los Siete Magníficos, un grupo de estrellas de neutrones aisladas que solo podemos ver porque aún están bastante calientes tan poco tiempo después de su nacimiento. No emite pulsos de radio, no tiene una estrella compañera de la que alimentarse: simplemente brilla a 434.000 grados Celsius.

Para los viajeros, esta estrella es el objeto de estudio perfecto. Al ser tan limpia los astrónomos han podido medir su diámetro con extrema precisión: es diminuta, de unos 12,1 kilómetros de diámetro. Cuando os cernís sobre ella, veis un modelo perfecto de la materia en su límite. Es la belleza solitaria de la galaxia. Probablemente sea la vista más pacífica que podéis contemplar de un cadáver estelar antes de volver a centrar vuestra atención en las regiones violentas del espacio.

7. GW170817 - La forja del oro

Este objetivo es un hito histórico. Marca el lugar donde, en 2017, se observó por primera vez la fusión de dos estrellas de neutrones. Fue un evento que hizo temblar al propio espacio-tiempo.

Imaginad dos estrellas de neutrones (que aún no han recibido nombre) orbitando una alrededor de la otra durante millones de años. Se acercan cada vez más, las fuerzas de marea deforman sus

cortezas, hasta que finalmente colisionan a un tercio de la velocidad de la luz. Esta catástrofe libera una kilonova.

¿Por qué viajaríais hasta allí, a pesar de que el destino está a 144 millones (¡!) de años luz de distancia? Porque este es el lugar de nacimiento de vuestro próximo anillo de oro. La colisión liberó tantos neutrones que se crearon enormes cantidades de elementos pesados como el oro, el platino y el uranio. La montaña de oro y platino producida solo por este evento equivale a unas diez veces la masa de nuestra Tierra. Una visita aquí es, por lo tanto, un viaje a la fuente de la riqueza interestelar.

Nota: Lamentablemente, no podemos ayudaros a extraer los materiales. Respetad el límite de equipaje de dos veces veintitrés kilogramos.

8. El sistema binario Hulse-Taylor (PSR B1913+16) - El Laboratorio del Premio Nobel

Este sistema, situado a 21.000 años luz de distancia en la constelación de Aquila, es una visita obligada para cualquier viajero interesado en la arquitectura del universo. Aquí encontramos dos estrellas de neutrones orbitando una alrededor de la otra en una danza íntima. Una de ellas es un púlsar, lo que nos permite medir sus órbitas con una precisión que haría que cualquier reloj suizo se detuviera avergonzado.

¿Por qué es tan importante este lugar? Porque demostró que Einstein tenía razón. Los astrofísicos Russell Hulse y Joseph Taylor han demostrado que las dos estrellas se acercan un poquito más cada año. Por lo tanto, están perdiendo energía. Pero ¿adónde va? Se escapa en forma de ondas gravitacionales.

Imaginad el sistema como dos pesadas campanas arrojadas a un lago. A medida que se hunden hasta el fondo, crean ondas en el agua (el espacio-tiempo) que transportan la energía perdida hacia el exterior.

Para vosotros, como viajeros, este es un lugar melancólico. Estáis observando a una pareja en un abrazo mortal en espiral. En unos 300 millones de años, los dos objetos colisionarán, desencadenando una kilonova como la que vimos en GW170817. Hasta entonces, es

el concierto más silencioso y, al mismo tiempo, más potente de la física.

9. Calvera (PSR J1412+7922) - El fantasma de la galaxia

Calvera es un lugar para turistas amantes del misterio. Descubierta en la constelación de la Osa Menor a una distancia máxima de mil años luz, esta estrella de neutrones es una auténtica intrusa. Se encuentra muy por encima del plano galáctico, donde las estrellas masivas no deberían formarse o morir. Además, carece de cualquier entorno visible. No hemos podido localizar restos de supernovas, nubes de gas ni compañeras.

Los científicos siguen sin entender cómo llegó allí. ¿Es un púlsar reciclado? ¿O el producto de una supernova tan asimétrica que catapultó a la estrella desde su lugar de nacimiento como si fuera una bala de cañón? Una visita a Calvera es como visitar una cabaña solitaria en la tundra. Es tranquila, está aislada y plantea más preguntas de las que responde. Para el viajero reflexivo, Calvera es la prueba de que aún estamos lejos de comprender todas las variaciones de la evolución estelar.

10. PSR J1311−3430 - La Viuda Negra

Nuestro destino final no es para medrosos. Este púlsar lleva su apodo, Viuda Negra, por una buena razón: está en proceso de devorar a su compañera. Es un púlsar milisegundo que absorbe materia de una estrella compañera para acelerar su propia rotación. Pero también devuelve algo a cambio: concretamente, radiación de alta energía. Esta incide sobre la estrella compañera con tal fuerza que sus capas externas literalmente se vaporizan. La estrella compañera se hace cada vez más pequeña hasta quedar reducida a un núcleo desnudo de helio y, finalmente, desaparecerá por completo. Si miras a unos 10.000 años luz de distancia, probablemente notarás una poderosa cola de gas brillante que se arrastra detrás del púlsar. Es un acto de canibalismo estelar que nos muestra lo implacables que pueden ser las leyes de la gravedad y la radiación en un sistema.

ANATOMÍA DE LO IMPOSIBLE: ¿QUÉ HAY BAJO EL CAPÓ?

¿Qué tal si echamos un vistazo bajo la superficie? Una estrella de neutrones no es un simple un trozo de materia; está estratificada como un praliné letal. Pero tened en cuenta que una visita real bajo la superficie no está incluida en el precio del viaje.

Imaginad una atmósfera de solo dos a cinco centímetros de espesor. En la Tierra, la atmósfera se extiende cientos de kilómetros hacia el espacio; en una estrella de neutrones, la gravedad la aplana como una capa de pintura. Se compone principalmente de plasma caliente (hidrógeno o helio). Pero no os dejéis engañar: a pesar de su escasa altura, es el lugar desde el que el calor del interior se irradia al espacio. Debajo de la atmósfera se encuentra la corteza. Está formada por iones de hierro inmersos en un mar de electrones. Sin embargo, este hierro no se comporta como el hierro de vuestro coche. Consiste en una red cristalina que se ha endurecido tanto bajo la presión que es miles de millones de veces más rígida que el acero. En su interior se forman pequeñas montañas, pero debido a la gravedad, solo tienen unos pocos milímetros de altura. No obstante, escalar una de estas montañas milimétricas requeriría más energía de la que la humanidad puede producir en un año.

LA GEOLOGÍA DE LO INCONCEBIBLE: LA PASTA NUCLEAR

Abandonemos ahora la superficie. A medida que nos adentramos en una estrella de neutrones, nos encontramos con un estado de la materia tan extraño que los físicos solo pueden describirlo utilizando términos de la cocina italiana. Bienvenidos al reino de la pasta nuclear. Aproximadamente un kilómetro por debajo de la corteza, se libra una batalla desesperada entre dos fuerzas: la repulsión eléctrica de los protones y la fuerza nuclear fuerte que quiere mantenerlo todo unido. Dado que los protones ya no tienen espacio,

comienzan a organizarse en estructuras extrañas para conservar energía.

- Fase de ñoquis: En primer lugar, los protones y los neutrones forman pequeños grumos esféricos.
- Fase de espaguetis: A medida que aumenta la presión, estas esferas se comprimen en largas y finas hebras.
- Fase de lasaña: Aún más adentro de la estrella, las hebras de espaguetis se fusionan en láminas anchas y planas.
- Antipasti: Por último, la imagen se invierte y encontramos huecos de vacío en medio de una densa sopa central, comparable al queso suizo. Estas estructuras de pasta son probablemente el material más duro de todo el universo. Para vosotros, como viajeros, esto significa que la base sobre la que se asienta esta estrella es tan estable que ni siquiera las fuerzas de marea más poderosas logran dejar mella en ella.

EL SECRETO DE LA SUPERFLUIDEZ: FLUJO SIN FIN

Si nos adentramos aún más, en el núcleo externo de la estrella, llegamos a un estado que volvería loco a cualquier fontanero: la superfluidez. A las densidades extremas y temperaturas relativamente bajas del interior de la estrella, los neutrones comienzan a emparejarse. Forman un estado en el que ya no experimentan fricción, transformándose en un superfluido. Esta sustancia tiene una viscosidad exactamente igual a cero.

Si tuvierais un cubo de agua superfluida en la Tierra y lo hicierais girar, el agua nunca dejaría de arremolinarse. Incluso treparía por las paredes del cubo y fluiría por el borde para alcanzar un estado energéticamente más favorable. Dentro de una estrella de neutrones, esto significa que el núcleo de la estrella puede girar sin perder nunca velocidad, incluso si la corteza exterior se ve ralentizada por efectos magnéticos. Este es el secreto de las anomalías del púlsar de Vela. Dado que la corteza y el superfluido del interior están desacoplados, giran a velocidades diferentes. El

superfluido forma millones de diminutos vórtices que se entrelazan con la corteza sólida. Si la tensión aumenta demasiado, millones de estos vórtices se liberan simultáneamente y transfieren abruptamente su momento angular a la corteza. El resultado es una sacudida repentina: la estrella se acelera. Es como montar en bicicleta y, de repente, sin previo aviso, cambiar a una marcha superior.

LA ALQUIMIA DE LAS ESTRELLAS: DE DÓNDE VIENE EL ORO

Tenemos que volver a hablar de la kilonova, porque es la razón por la que los seres humanos existimos y por la que el oro es valioso. En estrellas normales como nuestro Sol, el hierro es el final del camino. Para construir elementos más pesados, hay que introducir neutrones en núcleos atómicos más pesados antes de que puedan desintegrarse. A este proceso lo llamamos proceso r (captura rápida de neutrones).

Núcleo atómico + n → núcleo más pesado → desintegración β → nuevo elemento

Cuando las estrellas de neutrones colisionan, la densidad de neutrones libres es tan alta que este proceso ocurre a gran velocidad. En las fracciones de segundo que dura la fusión, la galaxia se fertiliza con una nube de oro, plata y platino. Es muy probable que cada átomo de oro de vuestro anillo de boda o de vuestro *smartphone* se forjara hace miles de millones de años, cuando dos de esos monstruos colisionaron. Así que no solo estamos viajando a una estrella, sino al lugar de nacimiento del valor material en sí mismo.

RADIACIÓN Y VISIBILIDAD: EL ESPECTRO ELECTROMAGNÉTICO

Al observar una estrella de neutrones, no debéis confiar únicamente en la luz visible. Una estrella de neutrones es un emisor polifacético. Las ondas de radio son el clásico tictac de los púlsares. Estas ondas se crean por la aceleración de electrones por encima de los polos magnéticos. Los rayos X provienen bien de la superficie intensamente caliente de la estrella de neutrones, bien del gas que cae sobre ella desde una estrella compañera, que se calienta a millones de grados al chocar con la superficie. Los rayos gamma, la forma de luz más energética, son emitidos principalmente por magnetares y púlsares jóvenes, como el púlsar del Cangrejo. Para un viajero, esto significa que vuestros sensores deben abarcar todo el espectro. Si solo miráis con los ojos, no veréis más que un diminuto punto azulado en muchos púlsares, mientras que vuestros detectores de rayos X casi explotarán de energía.

LA MÚSICA DE LAS ESFERAS: LAS ONDAS GRAVITACIONALES

En el capítulo 3, visitamos las ubicaciones físicas. Pero una estrella de neutrones es más que un simple punto en el espacio. Es un instrumento. Cuando dos estrellas de neutrones giran una alrededor de la otra, crean una vibración en el tejido del espacio-tiempo que hemos podido detectar en la Tierra desde 2015.

No imaginéis el espacio como un vacío, sino como una red de trampolín bien tensada. Colocad una bola de bolos sobre ella y la red se dobla. Ese es el efecto de la gravedad (aunque solo sea una analogía, y no la mejor).

Ahora bien, si cogéis dos bolas de bolos y las hacéis rodar en círculo a gran velocidad, las ondas se propagan por la red. Estas ondas estiran y comprimen el espacio. Cuando una onda gravitacional os atraviesa, os volvéis un poquito más largos y estrechos durante una fracción de segundo, y luego más cortos y anchos.

En la Tierra, medimos esto con experimentos como LIGO o Virgo, en los que se reflejan rayos láser a lo largo de kilómetros para

detectar desviaciones menores que un protón. Como viajeros, el conocimiento de las ondas gravitacionales es vuestro sistema de alerta temprana. Cuando dos estrellas de neutrones se fusionan, esto viene precedido por una señal ascendente en el espacio-tiempo. Es un sonido que pasa de un zumbido profundo a un silbido agudo antes de que se produzca la colisión.

Es la única música del universo que no necesita aire para transmitirse: es el tremor de la realidad misma.

EL LÍMITE TOV: EL BORDE DE LA NADA

Todas las cosas buenas llegan a su fin, y para una estrella de neutrones, ese fin suele ser una caída al abismo. En astrofísica, llamamos a esto el límite de Tolman-Oppenheimer-Volkoff (límite TOV). Como hemos aprendido, una estrella de neutrones solo puede soportar la gravedad porque los neutrones se niegan a estar en el mismo lugar (los físicos llaman a esto *presión de degeneración*). Pero esta fuerza tiene un límite. Si una estrella de neutrones acumula demasiada masa (por ejemplo, al devorar a una compañera o mediante una colisión) supera la marca crítica de 2,1 a 2,5 masas solares.

En ese momento, el dique se rompe. No hay fuerza en el universo lo bastante fuerte como para detener el colapso. La estrella se encoge en milisegundos. Se vuelve más pequeña que su propio radio de Schwarzschild. Se convierte en un agujero negro. Así que si alguna vez observáis una estrella de neutrones acumulando materia y acercándose a la marca de las dos masas solares, ¡salid de ahí! La transición a un agujero negro va acompañada de una gigantesca explosión de radiación gamma, y las condiciones gravitacionales cambian tan radicalmente que probablemente ninguna precaución de seguridad en el mundo podría protegeros. Es el gran final de toda estrella de neutrones: una espectacular salida del escenario de la materia hacia el reino de las singularidades.

CONSEJOS PRÁCTICOS DE VIAJE Y ÉTICA

Ahora que conocéis la ciencia y los objetivos, pasemos a la parte práctica. ¿Cómo sobrevivir a un viaje que es físicamente imposible?

1. Seguro médico interestelar

Aseguraos de que vuestro seguro cubra la espaguetización. Las fuerzas de marea cerca de un púlsar pueden ser tan fuertes que pueden desintegrar en átomos no solo vuestro cuerpo, sino también vuestra nave espacial. Si vuestros pies son atraídos 200.000 millones de veces más que vuestra cabeza, ninguna tirita os servirá de ayuda. Recomendamos permanecer únicamente en naves con compensadores de singularidad estabilizados.

2. El problema de la radiación

Una estrella de neutrones es un gigantesco emisor de rayos X. Sin un escudo tan denso como una pequeña luna, os freiríais en segundos. Cerca de un magnetar, ni siquiera el plomo os serviría de nada: aquí, incluso vuestros pensamientos se verían alterados por el campo magnético, ya que los impulsos eléctricos de vuestro cerebro se distorsionarían. La mejor estrategia: quedaos a la sombra de otro objeto masivo o utilizad escudos electromagnéticos de última generación. O, mejor aún, los de futura generación, que ni siquiera se han inventado todavía.

3. Dilatación temporal y familia

Este es el punto más importante para vuestro viaje de vuelta a casa. Si pasáis unos días en el fuerte campo gravitatorio de una estrella de neutrones, habrá transcurrido un periodo de tiempo más largo en la Tierra. Tened esto en cuenta al planificar vuestro viaje. Tomaos unos días libres extra, o llevaos algo de trabajo con vosotros en el viaje. Como los relojes marchan más despacio, probablemente haréis más cosas durante el trayecto que las que podríais hacer en vuestra oficina en la Tierra. El viaje en el tiempo viene incluido automáticamente con nosotros, pero por desgracia es una calle de sentido único.

REFLEXIONES AL FILO DE LA NOCHE

Nuestro viaje está llegando a su fin. Hemos visitado los lugares más extremos que la luz revela. Pero ¿qué hemos aprendido?

Las estrellas de neutrones no son solo rocas muertas en el espacio. Son las guardianas de la materia. Nos muestran de lo que son capaces los átomos cuando se les lleva al límite. Son las creadoras de los metales preciosos que llevamos en los dedos. Cada vez que miráis un anillo de oro, estáis contemplando el eco de una catástrofe que hemos descrito en esta guía.

También son los relojes del universo. Con su implacable rotación, marcan el destino de la galaxia. Con el tiempo, todas las estrellas se extinguirán, pero las estrellas de neutrones seguirán vagando por el espacio como esferas frías y oscuras hasta 10^{15} años: los últimos testigos de una época en la que el universo aún era brillante y estaba lleno de vida. ¿Por qué viven tanto las estrellas de neutrones? Bueno, los neutrones de los que están formadas pueden desintegrarse y, con el tiempo, lo harán. Pero los productos de la desintegración siguen atrapados en el núcleo, donde las condiciones son óptimas para que se combinen en neutrones...

Un sistema autoestabilizador, en otras palabras.

CONCLUSIONES

Gracias por elegir Tours Extremos de la Vía Lactea. Esperamos que esta breve introducción no solo haya disipado vuestro miedo a la oscuridad, sino que también os haya ayudado a comprender la fascinante física de las estrellas de neutrones. El universo es un lugar de extremos, y podéis estar justo en medio de él con nosotros. ¡Reservad ahora!

Estaremos encantados de daros la bienvenida a bordo para vuestro próximo viaje. ¿Quizás os gustaría visitar una enana blanca o, para los más valientes, el horizonte de sucesos de Sagitario A*?

Mantened la curiosidad y la precaución, y no olvidéis vuestros escudos antirradiación.

Joe Williams, director general,
joe.williams@lunadelatierra.espacio

✂️ ✂️ ✂️ ✂️ ✂️ ✂️ ✂️ ✂️ ✂️ ✂️ ✂️ ✂️ ✂️ ✂️ ✂️ ✂️ ✂️

Formulario de reserva

Por la presente realizo una inscripción vinculante para el siguiente viaje:

⬜ Número de personas (humanos) ⬜ Número de personas (Grosnops) ⬜ Número de robots** ⬜ Número de IA** ⬜ Número de mascotas (máx. 300 kg)

Medio de transporte: ⬜ Propulsión de fusión

⬜ Propulsión química*

Clase de viaje: ⬜ Austera ⬜ Económica
⬜ Económica Premium ⬜ Clase Business
⬜ Primera clase ⬜ Superprimera clase

Opciones de viaje: ⬜ Clase congelada (con contenedor de sueño criogénico) ⬜ Clase virtual (carga a cargo del pasajero)

Comunicación: ⬜ SIM de radio ⬜ SIM de taquiones (disponible solo en determinadas fechas)

Recogida: ⬜ Sistema solar ⬜ Nube local ⬜ Vía Láctea

Destino:

⬜ Esquí en glaciares en el polo norte de Marte
⬜ Tour por los volcanes de Venus (doscientos volcanes garantizados)
⬜ Anillos de Saturno
⬜ Encélado sobre y bajo el hielo (sin garantía: encuentro con criaturas de Encélado)
⬜ Ala delta en Titán
⬜ Natación y Draght en Sol Único
⬜ Senderismo en Terra Nova (con descenso)
⬜ Aventura en una estrella de neutrones (aterrizaje opcional)
⬜ Enanas blancas y rojas (¡dos noches en cada una!)

⬜ Zoológico alienígena en 2M1510 (incluye picnic; opciones veganas y Grosnop disponibles)

⬜ Núcleo de la Vía Láctea (incluye surf en la órbita de Sagitario A*; se requiere certificado médico)

⬜ Visita al agujero negro en M87 (actualmente se requiere reserva con 150 años de antelación)

Envía este formulario a la dirección (ver arriba) y te enviaremos una oferta adecuada. ¿Buscas un destino muy especial? Estaremos encantados de organizar un viaje exclusivo para ti. Por supuesto, también transportamos a residentes de planetas fuera de la Nube Local. Sin embargo, tenemos que cobrar un recargo del 200 % por la recogida.

✂️✂️✂️✂️✂️✂️✂️✂️✂️✂️✂️✂️✂️✂️✂️✂️

ANEXO: TU LISTA DE VERIFICACIÓN PARA EL VIAJE DE VUELTA A CASA

Antes de que vuelvas a bordo, necesitamos aclarar algunas cuestiones.

Contenido de polvo: ¿Llevas contigo alguna muestra de pasta nuclear? (¡Esperemos que no, porque destruirías nuestra nave!)

Ajuste del reloj: Adelanta tu reloj a la hora de la Tierra. Estaremos encantados de calcular los días adicionales que han pasado para ti.

La lección: mantén la humildad. Acabas de ver objetos que casi desafían la gravedad.

Como siempre, la guía de viaje también está disponible en formato PDF ilustrado aquí: hardsf.space/neutrones

* * Solo pagas la mitad del precio del billete por el transporte de robots e IA si nos permites utilizarlos durante el vuelo.

* Solo para viajes dentro de un sistema estelar.

Otros títulos de Brandon Q. Morris



Las nubes de Venus

Donde la vida tal como la conocemos es imposible, comienza la verdadera aventura.

Venus es un planeta hostil para la vida, cubierto de innumerables volcanes activos. Aun así, la NASA inicia una expedición en busca de vida, pues en las espesas nubes de esta tórrida hermana de la Tierra podrían darse las condiciones necesarias para su existencia. Una nave aérea especialmente diseñada para ello sirve de plataforma de investigación para sus cuatro astronautas que, al poco de llegar, descubren actividades peligrosas en la candente superficie de Venus. No cabe más que una explicación: allí debe existir una forma de vida muy avanzada.

3.99 € – hardsf.space/links/1727403

La Misión Encélado (Luna Helada 1)

En el año 2031, un robot sonda detecta rastros de actividad biológica en Encélado, una de las lunas de Saturno. Este sensacional descubrimiento demuestra que, en realidad, hay pruebas de vida extraterrestre. Quince años más tarde, una nave espacial construida a toda prisa emprende el largo viaje hacia el planeta anillado y su luna.

La tripulación internacional no solo se enfrenta a unos difíciles veintisiete meses; si la nave espacial consigue llegar a Encélado sin incidentes, debe usar una nave tuneladora para penetrar en la capa de hielo de kilómetros de espesor que sepulta a la luna. Si existe vida en realidad en Encélado, solo podría estar en el fondo del salado océano cubierto de hielo que fue formado hace billones de años.

Sin embargo, poco después del despegue, el desastre golpea la misión y las oportunidades de que la tripulación llegue a Encélado, y mucho menos que vuelva a casa, no parecen muy optimistas.

2.99 € – hardsf.space/links/709463

The Hole - El Agujero

Un objeto misterioso amenaza con destruir nuestro sistema solar. La supervivencia de la humanidad está en peligro, pero nadie se toma en serio las advertencias de la joven astrofísica Maribel Pedreira. Al mismo tiempo, una tripulación exiliada de parias extraen minerales raros en un solitario asteroide.

Cuando otros científicos finalmente reconocen el alarmante descubrimiento de Pedreira, queda claro que estos marginados sociales son los únicos que podrían ser capaces de salvar nuestro mundo, sabiendo que *The Hole* va inexorable y a toda velocidad hacia el sol.

3.09 € – hardsf.space/links/1306601

Silent Sun

Cuando un astrónomo amateur descubre algo extraño en imágenes telescópicas solares, debe encontrarse una explicación ¿Es solamente un artefacto? ¿O ha encontrado algo totalmente inesperado?

Una tripulación internacional de expertos es formada apresuradamente, una nave espacial es reacondicionada

rápidamente y el cuarteto es enviado al viaje de sus vidas ¿Qué desafíos enfrentarán en esta misión improvisada a nuestra estrella central?

3.09 € – hardsf.space/links/1725247

Desastre en Tritón

Nick Abrahams todavía ostenta el récord mundial oficial de lanzamientos espaciales, pero está aburrido de su trabajo como anfitrión de giras turísticas en órbita. Sin embargo, sólo cuando su esposa lo deja, intenta cambiar su vida.

Nick acepta una tentadora oferta de un multimillonario ruso. A cambio de hacer una simple reparación en la luna Tritón de Neptuno, regresará a la Tierra como multimillonario, lo que le permitirá alcanzar su "sueño imposible" de comprar su propio viñedo en California.

El hecho de que Nick deba viajar solo durante los cuatro años que dura el viaje de ida y vuelta no le molesta en absoluto, ya que de todas formas no le gusta especialmente la gente. Una vez en el camino, se entera de que su nuevo jefe ha omitido algunos detalles críticos en la descripción de su trabajo, detalles que podrían costarle la vida y la existencia de la humanidad …

3.99 € – hardsf.space/links/1449023

El ascenso de Próxima

A finales del siglo XXI, la Tierra recibe lo que parece ser una petición urgente de ayuda del planeta Próxima Centauri b en el sistema estelar más cercano al sol. Los astrofísicos sospechan que una enorme erupción solar está a punto de destruir esta civilización desconocida hasta ese momento. Los programas espaciales de la Tierra no están equipados para ayudar, pero un millonario ruso sin escrúpulos lanza una nave espacial secreta y altamente especializada hacia Próxima b, situada a más de cuatro años luz de distancia. La

inusual tripulación se enfrenta a una tarea hercúlea… si es que sobreviven al viaje. Nadie sabe qué esperar de este planeta alienígena.

2.99 € – hardsf.space/links/1453754

Nación de Marte

La NASA finalmente lo hizo. El primer humano acaba de poner un pie en la superficie de nuestro planeta vecino. Este es el comienzo de una larga expedición de investigación que envió a cuatro científicos al espacio.

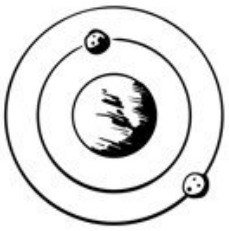
Pero los cuatro astronautas de la tripulación de la NASA no son los únicos con este destino. La iniciativa financiada privadamente "Marte para todos" también se ha dirigido al Planeta Rojo. Veinte hombres y mujeres han sido seleccionados para vivir allí y establecer el primer asentamiento extraterrestre.

Los desafíos surgen incluso antes de que lleguen a la órbita de Marte. La nave espacial Santa María de MPT se daña en el camino. Solo los cuatro astronautas de la NASA pueden intervenir e intentar salvar sus vidas.

Nadie se anticipa a la catástrofe inminente que amenaza su propia existencia, por no hablar de los obstáculos diarios que una estancia prolongada en un planeta alienígena les plantea. En Marte, comienza una lucha por los recursos limitados, la cooperación humana y la simple supervivencia.

3.99 € – hardsf.space/links/1316050

Extracto: Los niños del planeta rojo



¿QUIÉN ENCIENDE LAS ESTRELLAS?

Son las 12:34 y aún desconozco la espantosa noticia que recibiré dentro de escasos tres minutos, así que digo en tono de total convencimiento:

—La vida en Marte es una auténtica pasada.

Eleny tuerce el gesto con su famosa sonrisa de cine, levantando solo la comisura derecha de la boca.

—¿En serio? ¿Ahora? Yo la odio.

En el fondo yo también. A decir verdad, solo lo he dicho para fastidiarla. resulta divertido ver cómo siempre se cabrea cuando alguien insinúa de alguna forma que Marte tiene algo de bueno. Su oreja artificial, siempre algo demasiado pálida, obtiene algo más de color. Ella dice que no es verdad, pero sí que lo es. Tengo ojos en la cara. Lo veo y me da igual que Teima, la inteligencia artificial de nuestra colonia, diga que algo así es imposible.

¡Imposible!

Me entra la risa nada más oír eso. Puede que Teima sea de lo más inteligente que hay, con todo ese conocimiento almacenado que tiene, pero hay cosas que simplemente no pilla. ¡Pues *todo* es posible! Ese es mi lema principal. Con él he sobrevivido 13 años en Marte, y eso significa que soy el más absoluto ganador. ¡Sí, llevo viviendo aquí ya más tiempo que cualquier otro niño en la historia de la humanidad!

Vale, de acuerdo, solo somos la segunda generación desde que se colonizó Marte. Además, todo el mundo se asombra de por qué hay tan pocos niños aquí; solo Eleny, yo y ese renacuajo que se llama … se llama ...

Maldita sea, no me acuerdo de cómo se llama.

—¿Cómo se llamaba? —le pregunto a Eleny.

—¿Quién? —me replica sorprendidísima por el cambio de tema, pues no es capaz de leerme los pensamientos que me han llevado a este punto.

—El renacuajo ese.

—¡No lo llames así! Es un bebé, Noël, un *bebé*, ¿lo pillas? Algo muy distinto.

A veces resulta una sabihonda insoportable, pero me cae igualmente bien. Igual a ella también le cae bien el renacuajo ese. Bueno, a ese lo quiere todo el mundo ya solo por el hecho de ser el primero niño que ha nacido aquí tras doce años. Eso ha conmocionado y entusiasmado a la colonia entera.

—Tienes razón —le confieso. Siempre le gusta oír esas cosas.

—Se llama Verran —le recuerda Eleny.

Exacto, eso es. Por eso me cuesta mucho recordar ese nombre. Porque suena raro de narices. ¿Cómo puede uno llamar Verran a un bebé? No entenderé nunca a los mayores.

—Cierto —me limito a decir. Luego permanecemos callados.

También hubo una cuarta niña en Marte, la hermana gemela de Eleny, pero murió en un accidente hace dos años. Fue algo horrible y a veces parece que sigue estando muy triste por ello. No me extraña. Yo también lo estaría; no he tenido jamás ningún hermano o hermana. Aunque igual sea mejor así.

Estamos sentados en nuestro rincón preferido, en el jardín botánico bajo la cúpula de cristal, sobre la gran raíz elevada. Bueno, de hecho, la cúpula no es de cristal sino de oxiniyoquesé de aluminio... se me queda la mente trabada.

¿Cómo se llamaba eso? Da igual; es el mismo material con lo que se hacían antes las latas de bebida que tanto contaminaron la Tierra, solo que ahora han conseguido que sea transparente. Y la protección es necesaria porque en Marte solo hay una atmósfera

muy tenue, es decir que no hay aire que podamos respirar. Fuera de las zonas habitables, nos asfixiaríamos rápidamente sin trajes protectores.

El arroyo artificial chapotea alrededor de nuestros pies. El agua es tan fría que incluso duele, pero como Eleny lo aguanta, aprieto los dientes y disimulo todo lo que puedo. Nos encanta estar aquí porque el aire huele mejor que en cualquier otro sitio y porque aquí puede uno estar la mar de tranquilo.

Eleny entrelaza las manos tras la nuca y se inclina hacia atrás sobre la raíz elevada. Sus piernas cuelgan a derecha e izquierda y los pies descalzos oscilan a muy pocos centímetros del suelo. Acaba de sacar los pies del agua, que gotea de sus dedos.

Yo también sacaría los pies del arroyo, pero no lo hago. No quiero que piense que estoy esperando una buena ocasión para hacerlo. De hecho es así, pero no tiene por qué saberlo.

Eleny clava su mirada en mis ojos.

—¿Sabes lo que me pregunto a veces? —Señala hacia arriba, hacia el oscuro cielo más allá de la cúpula transparente, donde en la eterna lejanía brillan innumerables puntitos de luz como chispas repartidas por el infinito. Cada uno de ello tan lejos, que jamás podremos alcanzarlos.

—¿Hm? —respondo yo.

—¿Quién ha encendido todas esas estrellas? —pregunta.

Casi suelto una carcajada. Pero solo casi. Creo que en ese caso sí que se habría cabreado conmigo. O no, peor aún, habría herido sus sentimientos, y eso es algo que no quiero en absoluto. A veces me pone de los nervios, pero aun así es mi amiga. Aunque sigo sin entender cómo puede alguien llegar a pensar en algo así. Intento a la desesperada encontrar una respuesta adecuada y me decido por una broma:

—Pues el unicornio enciende-estrellas, ¿quién si no?

Se gira sin incorporarse, levanta el brazo y me da un puñetazo en el hombro.

—No entiendes por qué pienso en algo así, ¿verdad?

En eso tiene razón. Las chicas son … diferentes. Solo la conozco a ella, pero claro que he visto cantidad de películas y leído muchos

libros que lo confirman.

—¿Entonces quieres una respuesta seria? Pues allá va: nadie enciende las estrellas. Se crearon por algún proceso químico. —O eso al menos es lo que supongo, que tiene algo que ver con procesos químicos. Aunque tampoco estoy tan seguro.

—¡Eso también lo sé yo! —exclama Eleny.

—¿Por qué preguntas, entonces?

—Bah, no lo entiendes.

Y vuelve a acertar.

—No me soportas, ¿verdad? —pregunta Eleny.

¿Cómo se le ocurre decir eso? Ya que tengo que contestarle algo, digo exactamente lo que he pensado.

—¿Cómo se te ocurre decir eso?

—Crees que soy rara —dictamina Eleny.

—No.

Se incorpora de golpe con un brillo rabioso en los ojos.

—¡No me mientas!

—No te miento —miento yo. Pues ahora mismo sí que la considero más rara que un perro verde. Aprovecho la ocasión para levantarme indignado. Así puedo al menos sacar los pies del agua helada. ¡Y eso sienta de maravilla!

En ese momento nos habla la inteligencia artificial. Por suerte, porque si no nos habríamos peleado de lo lindo; pero lo que nos cuenta Teima no es nada bueno. Todo lo contrario. Es más o menos lo peor que jamás hayamos podido llegar a oír.

Teima se comunica a través del altavoz de mi pulsera, que llevo siempre puesta.

—Me gustaría poder activar una imagen holográfica —dice Teima.

—De acuerdo —respondo, mientras estiro un poco el brazo.

Sobre la pulsera se forma una cara joven y amable con melena castaña despeinada, ojos verdes, sin cejas y con la nariz un pelín torcida. Es el avatar que creé yo para la IA en su día.

Me llama de inmediato la atención que Teima parece mucho más seria de lo normal.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Qué bien que estéis los dos juntos aquí —responde Teima—. Hay problemas.

—¿Qué problemas?

—La situación no resulta fácil de valorar.

—¿Ni siquiera para ti, que lo sabes todo? —pregunta Eleny en su mejor tono de voz despectiva. No soporta a Teima y lo demuestra siempre que tiene ocasión para ello. Y cuando no la tiene, también.

—No es momento de bromas —dice Teima.

—No estoy de broma, sino … —comienza Eleny, pero se interrumpe cuando la miro con las cejas alzadas

—Entonces, ¿qué pasa? —pregunto yo.

Los ojos verdes de la cara holográfica parpadean; algo totalmente innecesario. No son de verdad y no se pueden secar, pero cuando Teima se muestra con el avatar, copia muchas peculiaridades y comportamientos humanos que son innecesarios para ella.

—Es algo muy extraño, pero bueno, … sois las únicas personas en la colonia que están conscientes —dice.

—¿¡Qué!? —soltamos Eleny y yo a la vez.

—Todos los demás han caído en una especie de profundo sueño. Hace exactamente dos minutos y cuatro segundos.

—¿Estás de broma? —pregunto.

—Eso estaría totalmente fuera de lugar —explica Teima.

La noticia me deja prácticamente sin palabras. Pero solo casi.

—¡Pues despierta a alguien!

La holocabeza de Teima se mueve lentamente a derecha e izquierda.

—Lamentablemente no puedo hacerlo. Solo he dicho que están dormidos para que lo comprendáis mejor. De hecho, su estado es más el de un profundo desmayo.

—¿No estarán en coma? —pregunto.

—Seguramente estén en coma, sí —confirma la IA.

—Pero … ¿por qué?

Veo pánico en la cara de Eleny.

—No lo sé —responde Teima.

—Una respuesta muy floja para una inteligencia artificial que lo sabe todo —digo—. ¿Y qué hay del bebé?

—También está en coma —dice Teima.

—¿Entonces por qué somos los únicos aún despiertos? —pregunta Eleny.

Se me ocurren mil preguntas más importantes que esa para la IA. Por ejemplo, si van todos a morir. Y qué tenemos que hacer Eleny y yo ahora. Estamos solos en Marte y, ¡jolines, somos niños!

—Buena pregunta —dice Teima, mientras el espanto me recorre todas las articulaciones y siento que tengo que ir urgentemente, *u r g e n t e m e n t e*, al baño.

UNA IA TERMINA LA JORNADA

Teima acaba de empezar a contar hacia atrás comenzando por diez mil millones. Dentro de ocho coma tres nueve minutos llegará al cero y entonces finalizará la jornada de hoy. ¡Al fin! Marc, que mantiene sus circuitos, no llegaría jamás siquiera a tres mil millones. Los humanos no cuentan bien.

Acaba de comenzar con los ocho mil millones cuando la alarma la detiene. Código C-34-AA. Ha tenido suerte. Sigue contando. El Código C es un accidente. El 34 se refiere a Tim Schumacher, un campesino. Todos los habitantes tienen allí un número. La doble A le dice que ni Tim ni ninguna propiedad de la colonia ha sufrido daños. En caso de que fuera B, Teima enviaría a un sanitario, con una C a un médico y con una D a un policía. Para Tim. El conserje se encargaría más tarde de la propiedad dañada. A no ser que la alarma contenga una E; en cuyo caso debe informar a toda la colonia pues hay peligro de lesiones y de muerte.

Teima se reclina. No tiene cuerpo, pero siempre le ha parecido supercómodo ver a Marc reclinarse en su butaca frente al tablero de mando. Así que se imagina cómo debe ser.

Cuatro mil millones más para finalizar la jornada. Entonces solo habrá un sencillo sistema automático que cuidará de la colonia. Un programa de ordenador incapaz de pensar como ella.

Teima ya se alegra por el fin de la jornada, porque así podrá dedicarse a su auténtica pasión. Teima es el acrónimo de Tecnología Exploratoria Interactiva para MArte. Está aquí para analizar Marte desde el punto de vista científico. Es la finalidad de su vida. Pero los humanos la han convertido en una especie de niñera que tiene que ocuparse de absolutamente todo. Ella preferiría acompañar las expediciones de exploración que ahora mismo están de camino hacia los polos norte y sur de Marte. Teima sueña a veces cómo escala el gigantesco glaciar que se ha formado en el polo norte.

Alarma. Código C-88-BB. *Jolines.*

Alarma. Código C-63-BC. *Jolines. Jolines. Jolines.*

Jolines es la palabrota más fuerte que Marc le permite decir. Cuando se enfada mucho, la repite varias veces. Teima mira por todas las cámaras en las que puede ver a la persona 88 y a la persona 63. 88, una mujer cuyo nombre le es igual, está sentada sobre un cortacésped y ha chocado contra un árbol que se ha partido a media altura. *Jolines.* 88 está inclinada hacia delante. Sus brazos cuelgan flácidos a los lados. Teima amplía la imagen. La persona sigue respirando. Bien.

Persona 63 es un hombre tumbado en el suelo de su cocina. Sigue también respirando, peo no se mueve. La cámara muestra una mancha roja que se extiende alrededor de la cabeza. Teima conecta con la enfermería. Hay que enviar a un sanitario para que atienda a 63. Rápido.

Pero nadie contesta en la enfermería. Teima consulta en plan de servicio que ella misma ha creado. Otra función más que le han endilgado. Debería responder el Doctor Martinson. Cambia a la cámara de la enfermería. El médico está sentado en su butaca como echándose una buena siesta. Tiene los ojos cerrados, pero respira. La paciente frente a él tiene el torso tumbado sobre el escritorio.

Jolines, jolines, jolines. Teima detiene la cuenta a atrás. Hoy ya no finalizará jornada alguna. Lo que está pasando no le gusta nada. Llama a los bomberos, que tampoco responden.

En la cabeza de Teima se ilumina una lista. Ha comprobado doscientos veintidós habitantes. Todos sus números tienen fondo rojo. Algo debe haberles … asaltado. Y ha sido muy rápido. Nadie tuvo tiempo de buscar un lugar cómodo donde tumbarse. Solo hay dos personas que están en sus camas. Debian estar echándose una siesta.

Pero no duermen. Teima ha analizado más en detalle la número 88. Quien duerme, se mueve. Aunque solo sea mínimamente. Pero 88 está totalmente inmóvil. Si Teima pudiera sentir miedo, ahora lo tendría. Pero sí nota cómo ha cambiado su reacción. Duda un poco antes de conectar una nueva cámara. No quiere ver lo que la cámara le mostrará.

Como ahora. Pero hay dos números que aún están en verde: 201 y 209. Se trata de Noël y de Eleny, pero Teima recuerda mejor los números. Son niños de casi la misma edad. Teima es buena en matemáticas, pero no con otros niños. Estos suelen comportarse aún de forma ilógica en comparación con los humanos más hechos. ¿Por qué no pueden esperar los humanos a que su descendencia esté del todo acabada antes de liberarla? Es uno de esos misterios que le plantean sus creadores una y otra vez.

Teima cambia a la cámara que los enfoca a los dos. Están en el parque. Tiene los pies en el agua del arroyo. No parecen sucios. ¿Por qué meten entonces los pies en el agua? Eso es puro derroche. Las células cutáneas que se lleva consigo el agua deben ser luego filtradas por el sistema de depuración.

Pero por lo demás parecen estar bien. Están conversando. Si Teima interpreta bien sus gestos y miradas, parecen estar a punto de pelearse. Seguro que se trata de comida. Incluso los humanos acabados se pelean a menudo por eso.

No. Unos niños no pueden serle de ayuda. Necesita a humanos maduros. Teima repasa de nuevo la lista completa. Incluso Marc duerme; y eso que siempre se queja de lo mucho que le cuesta conciliar el sueño.

Teima regresa a 201 y 209. De algo le tendrán que servir. Activa la alarma en la pulsera del jovencito.

—Me gustaría poder activar una imagen holográfica. —En el fondo no se trata de que 201 pueda verla. Más bien es al revés: solo con holoimagen activada puede mirar al chico a la cara. Eso ayuda mucho en el trato con personas, pues suelen decir una cosa mientras opinan otra distinta. Y eso puede reconocerse con frecuencia en la expresión de la cara.

—De acuerdo. —Algo es algo, el chico alarga el brazo.

Teima muestra la cara que él mismo ha creado para ella. El cabello no tiene sentido alguno y la nariz le ha quedado torcida. Por lo demás, le gusta. Tiene ojos verdes, algo demasiado juntos, para transmitir la sensación de seriedad. Ese truco que le reveló Marc resulta ahora muy útil.

—¿Qué pasa? —pregunta el chico.



Los jovencitos responden sorprendentemente bien. Teima esperaba que se pusieran a llorar o incluso a gritar. Igual no pueden por estar en shock.

—¿No estarán en coma? —pregunta el chico.

Coma, sí, es un buen término. A Teima le gusta más que desmayo; la primera palabra que se le ocurrió.

—Seguramente estén en coma, sí —confirma.

—¿Entonces por qué somos los únicos aún despiertos? —pregunta la chica.

Esa es la pregunta del millón, como dicen. ¿No podría ser Vladimir, el jefe de seguridad, quien estuviera despierto? ¿O Tanaka, la ingeniera, que siempre tiene buenas ideas? ¿Qué hay de Hana, la física? Pero no, tenían que ser precisamente los dos humanos inacabados, a medio hacer por así decirlo.

—Buena pregunta —responde Teima evitando el tema.

En segundo plano lleva ya rato investigando. Mientras un humano piensa una simple frase, Teima es capaz de consultar todas

las fuentes de la red. Incluso envía una petición a la Tierra, pero tardará más de veinte minutos en obtener respuesta. Ya que la distancia entre la Tierra y Marte es tan grande, incluso la luz necesita todo ese tiempo en recorrerla.

Teima descubre en la biblioteca de la red de la enfermería que el coma no es una enfermedad. Es una disfunción que evita que el paciente pueda despertarse incluso bajo estímulos fuertes.

¿Realmente están todos los maduros comatosos? Teima activa la función de despertador de todos los relojes en la colonia. Todos a la vez. ¡Ahora! En todas las viviendas y oficinas debería estar ahora sonando el despertador de forma atronadora. Consulta en rápida secuencia todas las cámaras. Nadie se mueve. Solo 201 y 209 miran confusos a su alrededor.

Pero Teima no ha acabado. Estímulos; eso podrían ser también el calor y el frío. Pone todos los termostatos de la enfermería a cero grados. Frío helado. En la cocina enciende todos los hornos. Sobre los espejos de la enfermería aparece escarcha. La cara de la cocinera se pone roja. Pero ni ella ni el médico responden.

Dolor. A veces, Marc dice «pellízcame» cuando hay algo que no puede creerse. El dolor puede despertar a humanos. Teima, como inteligencia artificial, no está en situación de provocar dolor alguno. Es imposible. Ya lo intentó cuando Marc le fastidió un día el fin de la jornada. Estuvo a punto de tocar la barra metálica que ella había cargado con corriente. Pero entonces gritó «¡Cuidado!» y Marc se percató del peligro.

Sin embargo, ahora *tiene* que hacer daño a alguien. La seguridad de la colonia se lo exige. ¿Funcionará eso? Por las cámaras busca a un humano que haya caído al suelo en el marco de la puerta de su casa. Teima puede controlar todas las puertas exteriores. Si un día la cúpula se viera dañada y se escapara el aire, podría sellar las casas para evitar la asfixia. Los humanos quedarían prisioneros en sus casas, pero seguirían vivos.

Allí. El número 133 está tumbado en el quicio de su puerta. El torso ha caído en el jardín del porche, pero tiene los pies aún en el pasillo. Lleva un cordón del zapato desatado. Igual estaba saliendo en ese momento de casa.

La puerta está totalmente abierta. Teima da la orden de cerrarla. La puerta oscila en dirección a la cabeza del habitante. Está a punto de golpearla. Stop. No puede hacerlo. Teima detiene el movimiento de la puerta.

—Emm, ¿201?

El chico no responde.

—¡Oye, Noël!

—¿Has descubierto ya qué ...?

El inacabado no reacciona a su número. Teima toma nota de eso. Marc sí la escucha cuando ella lo llama 83.

—Todavía no. Tengo que pedirte algo. Es algo … inusual.

—Y yo que creía que podías hacer de todo —comenta Noël.

—¿Lo ves? tu querida Teima no puede ayudarnos —dice Eleny.

A Teima no le cae bien 209. Pero tiene la suerte de que 201 sí esté más dispuesto.

—Debes ordenarme que cierre la puerta principal de 133.

—¿Que haga qué?

201, no me decepciones ahora.

—Ordénamelo, así de simple. —Pues así podrá Teima ejecutar esa orden. O al menos eso espera.

—Está bien, cierra la puerta de 133. ¿Quién es 133?

Teima transfiere la orden del humano a la puerta. Esta la acepta y se cierra. Cuando golpea contra la cabeza de 133, envía un mensaje de error. Ha sido un golpe considerable. La puerta le ha dado en toda la frente. Teima amplía la imagen de la cámara. No hay herida abierta. Ha tenido suerte.

Pero 133 sigue sin moverse. Jolines, jolines, jolines.

—Teima, ¿quién es 133?

El niño. Ha ignorado su pregunta. La mayoría de las personas olvidan sus preguntas fácilmente cuando no obtienen respuesta y todos siguen siendo felices. Pero parece que los inacabados no están aún en situación de poder hacer eso. Teima toma también nota de ello.

—¿Teima?

Que siiii, vale. Tendrá que responder.

—133 es Pavel.

—¿El profesor de deporte?

Teima consulta la lista de habitantes. Sí, Pavel da clases de gimnasia a niños y adultos. En Marte, la gente pesa mucho menos que en la Tierra. Si no quieren perder masa muscular, deben hacer tres horas de deporte al día.

—El profesor de deporte —confirma.

—¿Sabes ya lo que les ha pasado a todos? —pregunta Eleny.

Eleny. Noël. Es mejor que Teima se aprenda los nombres. Los pequeños parecen reaccionar mejor a ello y ahora mismo es lo único que tiene.

—No, no lo sé. Debemos hacer algunos tests más. Pero primero os necesito. Debemos impedir que los demás empeoren.

UN TOHUVABOHU DE LO MÁS ENREVESADO

Impedir que los demás empeoren.

Muy fácil de decir e incluso hasta suena bien; pero no tiene absolutamente nada de fácil. Pues eso significa, literalmente, que Eleny y yo tenemos que recorrer de una punta a otra todos los rincones de la colonia. A todos aquellos lugares en los que los muchos ojos de Teima han visto una emergencia.

Claro que no tiene ojos, sino que recurre a todas las cámaras disponibles y a saber qué otras posibilidades de observación y vigilancia. Nunca me ha interesado mucho todo eso.

—Por favor, 201 y ..., perdón, quiero decir Noël y Eleny, mirad al frente —dice ahora Teima. Su cara holográfica, proyectada por mi pulsera, flota siempre junto a nosotros—. ¿Podéis ver el cortacésped motorizado con la mujer sentada en el asiento?

—Antonia —dice Eleny.

—Exacto —confirma Teima—. Si mis observaciones están en lo cierto, la mitad superior del árbol que se ha dañado con el choque del cortacésped podría romperse del todo y caer. Y con caer me refiero a caer encima de ella.

—Lo que no estaría nada bien —digo yo—. Entendido, no requiere más explicaciones.

Así que corremos por el pequeño prado hacia Antonia. No conocía su nombre. Solo me acuerdo de que una vez me criticó que pasara frente a su vivienda y no la saludara. Mucha gente valora en exceso que se la salude. Yo creo que es innecesario. ¿Qué tengo yo en común con esa Antonia, excepto que ambos vivimos en Marte?

—Ya —murmuro por lo bajini ante mí, mientras la sujeto por los brazos y Eleny se hace cargo de las piernas—, y ahora te salvo igualmente la vida.

—¿Igualmente? —pregunta Eleny antes de soltar un gruñido por tener que arrastrar a Antonia unos metros hacia un lado. Al desplazarla, arrastra el trasero por la hierba. El de Antonia, quiero decir, no el de Eleny.

—Es que no le gusto —confieso. Suena exagerado, pero bien. Así quedo también algo mejor parado; salvo la persona que no me soporta. Así de rápido puede convertirse uno en el héroe de alguien a quien ni siquiera se saluda.

Dejamos a Antonia tumbada sobre la hierba, fuera ya de la zona de peligro. Tiene la cara bastante pálida, como la mayoría, pero respira. Lentamente, pero también de manera uniforme. Eso es tranquilizador.

—Ahora debéis ir al otro extremo del prado —dice Teima—. Allí vais por el camino que ...

—Vamos a necesitar hacer una pausa pronto —dice Eleny.

Parece como si me hubiera leído los pensamientos. Y me alegro de que sea ella la primera que lo dice.

—Dentro de un ratito os concederé ese deseo —dice Teima—. Olvidé que sois humanos inacabados.

—¿Inacabados? —pregunto.

La cara holográfica sonríe y parpadea un par de veces. Es como si se sintiera algo abochornada. Creo que no tiene emociones reales, pero las está imitando.

—Perdonad —dice—. Quiero decir que aún sois *niños.* Todavía no soy adultos maduros.

—¡Pues dilo así! —exijo—. ¡Inacabado suena a insulto!

—¿Quieres decir —interviene Eleny— como cuando se llama renacuajo a un bebé?

¡Zasca! Uno a cero para ella. Como no se me ocurre nada inteligente, mejor me callo la boca.

La catástrofe del cortacésped de Antonia es el octavo caso al que Teima nos ha enviado. Justo antes metimos a alguien de nuevo en su vivienda, por estar medio colgando de la ventana. Lo más vergonzoso fue cuando tuve que ir hasta un hombre que estaba metido en la bañera. ¡Desnudo, evidentemente! Saqué el tapón para que se vaciara, le puse una toalla de almohada y extendí otra para taparlo. Teima dijo que aumentaría un poco la temperatura del cuarto de baño, pero existía el peligro de que resbalara hacia dentro y se ahogara. Y lo peor de todo es que lo conozco bien, es amigo de mi padre. Cuando venga algún día a visitarnos recordaré siempre cómo le tapé en la bañera.

Teima lleva tres horas ya haciéndonos correr hacia todos los lugares donde considera necesario que intervengamos. De una punta a otra de la colonia. Y ahora dice: —Tengo otro encargo para vosotros. La situación de 153 se ha agravado.

—¿153? —pregunto.

—Tillmann Sanders, el químico —explica Teima—. Estaba en su laboratorio cuando entró en coma. En esa habitación está aumentando la concentración de monóxido de carbono.

—¿Y eso qué es?

—Un gas tóxico. Al principio no lo detecté porque pesa más que el aire y se acumula a nivel del suelo. Pero los sensores ahora ya lo han detectado con claridad. Si la habitación sigue llenándose de eso, dentro de diez minutos puede ser mortal para 153. No sé de dónde viene el gas, pero debe salir de algún sitio. El problema es que es un laboratorio especial que no puedo … ventilar así como así. De hecho, es incluso un poco más complicado que eso, pero ...

—Okey, entendido —la interrumpo—. Necesitas nuestra ayuda y ese señor ciento cincuenta y tres también. ¡En marcha!

Eleny y yo salimos disparados hacia el laboratorio. Teima nos muestra el camino. Se trata de un edificio bajo en el que no había entrado nunca. Solo sé que allí se llevan a cabo experimentos uno tras otro. Cosas científicas.

El pasillo por el que corremos es gris y considerablemente feo. No hay ni plantas que lo decoren ni paredes de colores. Tras una curva vemos una planta; una palmera de Yuca, si no me equivoco, dentro de una maceta bastante grande. Pero no tiene mucho de verde ya, sino que parece bastante marchita.

Me temo que si no sacamos a la gente de este coma, todo Marte se verá pronto así de marchito. Personas incluidas.

—Esta puerta no, la siguiente —dice Teima.

Llegamos a ella un par de segundos después. Quiero abrirla pero está cerrada con llave.

—Esperad, que os la abro —anuncia la IA.

Se oye un clic y la puerta se desliza a un lado. Entro y olisqueo el aire, pero no percibo nada extraño. Miro al suelo. No hay ni rastro de ese gas monocarbónico o lo que sea. No es bueno que ni siquiera podamos olerlo.

Eleny levanta los pies como si estuviera caminando por un lodazal.

—Podéis entrar sin peligro alguno —asegura Teima—. El gas solo es peligroso cuando se inhala. Está acumulado en el suelo. Así que ni se os ocurra arrodillaros ¿vale?

Miramos bien a nuestro alrededor y nos damos cuenta en seguida de lo que ha pasado. El Sr. Sanders ha caído con tan mal atino, que ha arrancado la manguera de un bidón.

Ahí pone: *«Mantenimiento de vida – ¡Tóxico, no tocar!»* ¿Mantenimiento de vida y tóxico? ¿Eso cómo se come?

El bidón está sobre el suelo embaldosado del laboratorio. La boquilla de salida está a la altura de la rodilla. ¿Qué decía Teima? ¿No arrodillarse? Señalo hacia la manguera. Eleny lo comprende de inmediato y aprieta la manguera para cerrar el paso justo en la salida. Yo inspiro a fondo, aguanto la respiración y me arrodillo para poder desconectar la manguera del bidón, coger el tapón que hay al lado y colocarlo en su lugar. El gas no puede hacerme nada si no lo inhalo, ¿verdad? Hecho. Es como si hubiéramos cambiado la manguera de nuestra ducha. Eso puedo hacerlo. Me levanto y expulso el aire que aguantaba dentro.

—Ahora dejad la puerta bien abierta —pide Teima—. El resto del monóxido de carbono se distribuirá por el resto de las habitaciones. Y ponedle algo bajo la cabeza al Sr. Sanders, a modo de cojín.

—¿Podemos salir igualmente de esta sala tóxica? —pregunto.

—Podéis salir —dice la bondadosa IA—. Además, estáis muy cerca del jardín botánico. Antes queríais hacer una pausa. Podéis descansar allí un ratito.

Me pongo de inmediato en marcha, pues ese laboratorio me pone un poco los pelos de punta. Teima tiene razón, llegamos al jardín en un santiamén. Sin pensarlo dos veces, Eleny y yo nos vamos a nuestro lugar preferido, a la raíz elevada junto al arroyo. Pero no nos sentamos en ella, sino que nos tumbamos directamente junto a la orilla. Sienta la mar de bien. El chapoteo del agua me hace sentir aún más cansado de lo que ya estoy; y eso que aquí hace bastante frío. Eleny parece notar lo mismo que yo, pues pide a Teima que eleve un par de grados la temperatura.

—Pero voy a tener que ir cuanto antes a ver cómo están mis padres —añade.

—Al igual que los padres de Noël, los tuyos no tienen problemas.

—Eso ya nos lo dijiste antes, pero pienso igual que Eleny —digo yo—. Me gustaría convencerme con mis propios ojos.

—Podéis confiar en mí —asegura Teima—. Lo he comprobado varias veces. Igual que la situación de todos los demás habitantes.

No lo pongo en duda, pero aun así me gustaría poder ver a mis padres. Ya sé que Teima se entera de todo. Está siempre en todas partes, en cada ordenador, en cada cafetera y en cada pantalla informativa (...y en miles de lugares más).

Antes me daba así como algo de miedo, pero normalmente me importa un pepino. Es algo normal, sin más. Ahora resulta que puede ser de lo más útil. Necesita nuestra ayuda, claro, pero mantiene una buena visión de conjunto. Regula muchas cosas por nosotros aquí, en la colonia. Por ejemplo, es capaz de mantener los servicios básicos en funcionamiento y evitar que nos quedemos sin aire que respirar. Al menos eso es lo que creo. Quiero decir, que seguro que puede hacerlo, ¿no? ¿Puede hacerlo también ella sola

cuando no hay nadie más disponible y mantener todas las instalaciones? ¿O igual se asfixiarán dentro de poco?

Empiezo a divagar un poco. Ante mis ojos cerrados veo de nuevo a esas dos mujeres en el gimnasio, tumbadas torcidas sobre a saber qué aparato con el que ejercitaban a saber qué músculos. Eleny y yo solo tuvimos que cambiar un poco su postura porque Teima dijo que si no, sufrirían daños en las articulaciones. Además, ahí están también esas mariposas que bailan sobre un arco iris y son pasto de un monstruo oscuro que ahora alarga sus garras hacia mí.

—¡Noël!

El grito de Eleny me saca de mis melancólicos pensamientos, como acabo de darme cuenta. Y sí que eran extraños. Pero con todo lo que hemos estado haciendo hasta ahora no me extraña nada.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Eleny me lanza su torcida sonrisa.

—No hay tiempo para echar cabezaditas.

—No estaba durmiendo —digo yo.

—¿Entonces solo roncas así a veces, porque sí, cuando estás despierto?

¿Roncar? ¿Me he dormido y estaba soñando? Eso explicaría al menos la tontería esa de las mariposas y el monstruo. ¡Y juro que jamás se enterará nadie de lo del arco iris!

Para no parecer demasiado estúpido digo lo más inteligente que se me pasa por la cabeza en ese instante:

—Ehh … mmm … sí, pues sí. —Vale, ahora sí que parezco realmente idiota. Así que inspiro hondo y sigo—. He estado pensando en lo que deberíamos hacer a continuación.

—Aún nos queda un gran cantidad de tohuvabohu que poner en orden —dice Teima.

—¿Tofuqué? —pregunta Eleny.

Es superguay del Paraguay que yo conozca una palabra que Eleny *no sabe.*

—¡Tohuvabohu! Eso significa un desorden descomunal. Puro caos. —Luego estoy a punto de añadir la lengua de la que procede, pero como no estoy muy seguro, me lo callo. ¿Griego? ¿Indio?

—Exacto —confirma Teima—. Quería utilizar una palabra que sonara divertida para levantaros un poco el ánimo. No estaba segura qué resultaría más divertido, si morondanga o barullo descomunal.

—¡Catapúm catacrac! —dice Eleny riendo.

—Una barullizasca, más bien —añado yo.

—Desconozco esa palabra —dice Teima.

—No me extraña, me la acabo de inventar —confieso. Suelo hacerlo a menudo, eso de inventar palabras raras. Y al final me acuerdo: ¡Hebreo! ¡Tohuvabohu viene del hebreo! Y no es que sepa mucho más de ese idioma. ¡Ni que tuviera ahora importancia alguna!

—En todo caso, al menos por ahora no podéis dormir mucho más —dice Teima—. ¡Todavía no! Sigo necesitando vuestra ayuda. Puedo daros ocho minutos más de descanso a partir de ahora, y luego vendré a por vosotros.

Puedes pedir *Los niños del planeta Rojo* aquí:
hardsf.space/links/5056585

"El Planeta Minúsculo"
Escrito por Brandon Q. Morris
Copyright © 2026 Brandon Q. Morris, hardsf.space
Todos los derechos reservados
Correo electrónico: brandon@hardsf.space
Facebook: www.facebook.com/BrandonQMorris/
Traducido por Tomas Ibarra Cervantes
Edición: Elena García Varela
Diseño de portada: Jelena Gajic

Brandon Q. Morris y el logotipo asociado son marcas del autor.